

**Vicente
Grez**



**El Ideal de
una Esposa**



BIBLIOTECA POPULAR NASCIMENTO

EL IDEAL DE UNA ESPOSA

22

VICENTE GREZ
EL IDEAL DE UNA
ESPOSA

Prólogo de
LUIS IÑIGO MADRIGAL

Edición al cuidado de
HERNAN LOYOLA

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO DE CHILE 1971

INTRODUCCION

1. VICENTE GREZ: VIDA Y OBRA

Vicente Grez nació en Santiago de Chile en 1847 y murió en la misma ciudad el 28 de mayo de 1909. Luego de cursar sus estudios secundarios en el Instituto Nacional ingresó a la Universidad de Chile para seguir la carrera de Derecho que no concluyó.

Sus primeras incursiones en el campo de las letras fueron colaboraciones en diversos periódicos de sátira política de su tiempo. Allí comenzó a hacer famosa la agudeza de su ingenio que le llevó a ser verdaderamente temido en la sociedad de la época por la oportunidad y mordacidad de su lengua.

En 1875 ingresó a la administración pública, en la que desempeñó varias funciones y puestos. Durante un breve período llegó, incluso, a ocupar un sillón parlamentario en el Congreso Nacional, en calidad de diputado. Su carrera política se vio interrumpida durante la revolución de 1891, ocasión en que el Presidente Balmaceda lo desterró al Perú.

De vuelta al país reinició su trabajo periodístico, colaborando en los principales diarios de la época. Sin embargo, su actividad propiamente literaria se interrumpe a partir de 1887; a pesar de lo cual la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile le incorpora

como miembro en 1899, en virtud de los méritos alcanzados por Grez en el campo de las letras.

El trabajo de Vicente Grez como escritor es ciertamente dilatado e importante. Se inicia en 1880, con la publicación de *El Combate Homérico*, afortunada recreación histórica de la gesta naval de Iquique; continúa con *Las Mujeres de la Independencia*, serie de esbozos biográficos. La aceptación que ambos textos han tenido entre los lectores está testificada por las reediciones de que han sido objeto: en 1910, 1920, 1970 el primero; en 1910 y 1946 el segundo.

La bibliografía de Grez no excluye la lírica: en 1882 publica un volumen: *Ráfagas*, en cuya poesía puede encontrarse los ecos de la sensibilidad romántica de G. A. Bécquer, junto a la influencia de la lectura del alemán H. Heine.

También en 1882 ve la luz el primer trabajo del autor sobre crítica de arte: se trata del estudio *Antonio Smith* en que se analiza la obra paisajística del famoso pintor y caricaturista político chileno del siglo pasado.

Emilia Reynals, publicada en 1883, marca la iniciación de la obra novelística de Grez. La continúan sucesivamente *La Dote de una Joven*, 1884 (se reedita en 1911); *Marianita*, 1885 (reeditada en 1899 y 1912), y por último *El Ideal de una Esposa*, 1887 (reeditada en 1911).

Una postrer novela del autor *Genio sin Alas*, que comienza a publicarse en la *Revista Nueva*, Santiago de Chile, 1900, queda inconclusa.

La última obra de Grez es, a la vez, el primer intento nacional para efectuar una obra general sobre la Historia del Arte en Chile: se trata de *Les Beaux Arts au Chili*, 1899.

2.. LAS NOVELAS DE VICENTE GREZ

Dentro de la dilatada labor literaria de Vicente Grez (de la que hemos excluido su abundante labor periodística,

en la que resaltan los artículos sobre la vida, personajes y costumbres santiaguinas y las de crítica de arte), es sin duda la novela el género en el que logra sus mayores aciertos.

Grez fue calificado, ya en su época, como el continuador más inmediato y afortunado de Alberto Blest Gana: en efecto, los asuntos y motivos dominantes de sus primeras novelas se asemejan a los preferidos por el autor de *Martín Rivas*: contraposición de la vida en las provincias y la capital en términos éticos; caracterización de la metrópoli como un centro dominado por la ambición y las pasiones, encubiertas por el resguardo de las apariencias (contradicción que condiciona la deformación de las relaciones humanas y la frustración de los seres), etc. Pero dentro de estas coincidencias, la obra de Grez se diferencia de la de su maestro, en cuanto la tendencia literaria a que se adscribe la generación de nuestro autor (iniciando una larga vigencia en nuestras letras) es el naturalismo, lo que determina, por una parte, una mayor acridad en la visión de los sectores sociales en sus novelas; un examen más agudo de la perversión de las pasiones humanas y una cuidadosa descripción, determinista, del temperamento de sus personajes, que aparecen privados de la libertad y sometidos al imperio de "sus nervios y su sangre" según la famosa expresión de Zola.

3. SU MEJOR NOVELA: "EL IDEAL DE UNA ESPOSA"

Justamente es la profundidad que las características señaladas alcanzan en *El Ideal de una Esposa* lo que ha hecho que esta obra sea considerada, generalmente, como la más representativa y de mayor calidad dentro de la producción novelística de Vicente Grez.

La obra narra el matrimonio entre dos jóvenes que representan distintos modos de vida (tradicional el de ella, modernizante el de él) que pronto hace crisis al descubrir

la esposa, Faustina, una infidelidad de su marido Enrique. El especial temperamento de la joven hace que el adulterio de su esposo se le aparezca como una falta irreparable, acrecentada por la pasión enfermiza de los celos que la aqueja y el propio carácter de su consorte, débil e irresoluto. El padre de Faustina trata infructuosamente de lograr la reconciliación del matrimonio en aras sobre todo del hijo de éste: Luchito, niño enfermizo y feble. Paradójicamente Guillermo, el médico que atiende al pequeño paciente, que despierta en Faustina un sentimiento amoroso que no llega a consumarse, pero que se contrapone a la moral férrea que pretende exhibir la joven. Sin embargo, a pesar de que tal experiencia pudo haberle mostrado la general debilidad humana, ni siquiera la muerte de Luchito logra hacer que Faustina perdone a su marido. El señor B, padre de la muchacha, piensa que en su lecho de muerte hará reconciliarse al matrimonio, pero el lector ha comprendido que tal reconciliación es imposible.

4. HISTORIA CRÍTICA DE LA NOVELA

La crítica, con escasas excepciones (como la de A. Zum Felde, en su *Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana*, para quien Grez "sigue apegado a la tradición del novelón romántico, llegando al colmo del anacronismo en *El Ideal de una Esposa*, típico folletín a la Montepin"), ha resaltado las virtudes de esta novela, insistiendo en algunos aspectos de ella pero ignorando otros.

Tal característica es advertible en dos comentarios de la obra, que aúnan a la condición de ser, cronológicamente, los dos extremos de la historia crítica de la novela, el hecho de constituir, fuera de la duda, los dos más completos análisis de ella: el de Luis Covarrubias (reproducido en *La Novela en Chile* de L. Ignacio Silva, Santiago, 1910, pp. 156-165) y el de Cedomil Goic (en *La Novela Chilena*, Santiago, 1968, pp. 50-70 y 188-192).

Covarrubias inicia su artículo diciendo: "Para hablar en justicia y con entera franqueza es necesario decir que la novela *El Ideal de una Esposa*, recién publicada, es una de las mejores que la literatura nacional ha producido en los últimos tiempos, pero que no alcanza al grado de perfección absoluta requerida en obras de este linaje que se le ha atribuido pública y privadamente". La carencia de perfección que achaca a la obra se debe en parte a "la propensión a la escuela naturalista" que el crítico considera "perniciosa al arte". Covarrubias se ocupa a continuación de resumir latamente el argumento de la novela, cuyo tema es "una lucha de pasiones y sentimientos". En ello reside a su juicio el real valor de la obra: "El mérito intrínseco de la novela —insiste Covarrubias— está, pues, en la lucha de las pasiones y de los sentimientos que el autor nos presenta, arrancada con mano firme del teatro de la vida, y desarrollada mediante la observación de los caracteres y de la lógica profunda del corazón humano. Este mérito, excusado parece manifestarlo, no es muy inferior, por cierto, al que tienen las mejores novelas de nuestros días que, inspirándose en las sanas ideas de la escuela realista, respiran el ambiente de su vida en el corazón de la sociedad".

Estas palabras, que podrán aparecer opuestas a la opinión del crítico sobre el naturalismo, son esclarecidas en cuanto se enumeran las fallas de la novela: allí Covarrubias demuestra no comprender el determinismo temperamental que rige a los personajes y que peralta la acción. Justamente es ese aspecto, inédito hasta entonces en la narrativa chilena, el que marca el verdadero "naturalismo" de Grez. Covarrubias no lo entiende así, y cae en el error común durante largo tiempo en la crítica literaria hispanoamericana de confundir la tendencia naturalista con la preferencia por las situaciones brutales o escabrosas.

El penúltimo párrafo de la reseña que comentamos es ejemplo de la actitud "Y no cuento como lunar, propiamente, de la novela, la propensión a la escuela naturalista

que indiqué al principio de estas líneas, porque, más que error del autor, es defecto del sistema. Esa propensión se manifiesta en la escena de la comida en la Quinta del Tamar, escena que el señor Grez ha dibujado con asaz de coloridos detalles que serán necesarios para palparla (si vale la palabra), pero que son inútiles para el efecto de conocer el alcance de la traición de Enrique a su esposa, y perjudiciales para alimentar con ellos la fantasía y el corazón de los lectores. Yo no pienso, como un crítico amigo mío, que sea una lástima que en este capítulo el autor "vacile en algunas ocasiones, no use la palabra propia, el colorido fuerte y brutal, pero más verdadero y que impresiona más", sino, por el contrario, que es sensible que el señor Grez se haya dejado llevar del sistema naturalista, y que lo sería más aún que, siguiendo advertencias poco saludables, llegase en obras posteriores a usar el *colorido brutal* con que se ufana el naturalista".

Justamente es en el naturalismo de la obra (pero ahora en sentido recto) donde Goic descubre su primera importancia. En su detallado análisis el crítico llama la atención en primer lugar sobre las características del narrador: su discreción, su sensibilidad pictórica (negada por otros) y, sobre todo, dos aspectos novedosos y fundamentales en la novela: el primero "La exhibición de una fundamental contradicción interna de la vida social en la cual dos tiempos diferentes (colonialismo y modernidad) coexisten irreduciblemente en la rigidez de sus términos contrapuestos". El segundo, que "La visión del espacio que tiene el narrador emerge, esencialmente, merced a un estrato ignorado hasta el momento de la realidad humana: el de la conciencia". Son los cambios en la conciencia moral de los personajes los que modifican el proceso narrativo. Esa conciencia es determinada, fundamentalmente por el medio y el momento histórico que reviste características ya señaladas; sin embargo, para Goic "En lo más significativo, el narrador, penetra sin embargo, en una dinámica dimensión psicológica que muestra a los personajes en una perspectiva evo-

lutiva, en transformación reveladora de su esencia oculta. Los personajes no tienen de esta manera una dimensión plana, sino que se ofrecerán en relieve, sorprendiendo con la manifestación repentina de aspectos desconocidos de su personalidad”.

Esta característica no invalida la organización de la obra de acuerdo a los esquemas de la novela experimental: observación, hipótesis, experimentación, tesis, comprobación y ley: “Se advierte que la novela —dice Goic— dividida en dos partes, dispone la primera para presentar los antecedentes causales de la historia que se va a contar en la segunda. Corresponde, la primera parte, a una cuidadosa observación del medio y de las circunstancias en que tienen su origen los personajes protagonistas de la novela. La segunda parte, dispone las cosas de tal manera que, observadas las características de los personajes y su extracción se explica la extraña unión que puede producirse entre dos caracteres diferentes. Al presentarse el primer conflicto matrimonial, comienza a ponerse de manifiesto la radical incompatibilidad de los caracteres contrapuestos y de los aspectos representados por los personajes”.

La visión del argumento que a continuación ofrece el crítico ilustra la disposición señalada, destacando además el papel que en ella corresponde a la patológica forma que los celos revisten en la protagonista, y la significación que el amor adúltero que en un momento concibe por el médico de su hijo (en flagrante contradicción con su actitud frente al marido) tiene en cuanto ratifica el principio, caro al naturalismo, según el cual ningún humano está libre del imperio de los instintos.

El artículo de Goic, luego de pormenorizar el carácter de novela de personaje que ostenta *El Ideal de una Esposa*, y de indicar la ley estructural que la preside (ilusión y desengaño o apariencia y realidad) concluye reafirmando su adscripción a “definidas normas de la novela naturalista” e indicando que “La función edificante que en *El Ideal de una Esposa* se pone de manifiesto tiende a proclamar una

actitud comprensiva frente a la realidad positiva del progreso y de los nuevos tiempos y a sancionar en su rigidez tanto como en su debilidad dos sectores sociales contrapuestos y dos morales que en ellos se muestran”.

5. LA NOVELA Y SU EPOCA

El apreciable comentario de Luis Covarrubias y el excelente estudio de Cedomil Goic tienen algunos puntos en común. Ambos (peyorativamente el primero, meyorativamente el segundo) señalan la tendencia naturalista de *El Ideal de una Esposa*; ambos, también, recalcan la importancia que las pasiones, singularmente los celos de la protagonista, tienen en la obra; ambos insisten en la presencia de dos caracteres (temperamentos) representativos de dos modos de existencia antagónicos; ambos, por último, muestran la importancia que un momento histórico concreto tiene para la cabal comprensión de la obra, pero no insisten en el punto: de alguna manera lo menosprecian.

Atengámonos, pues, a esta última cuestión. La acción de *El Ideal de una Esposa* transcurre en un tiempo indeterminado en la narración misma; pero algunos elementos aislados permiten discernir el asunto de ella.

Así, por ejemplo, las menciones de algunos adelantos que suponen algún avance tecnológico, verbigracia el alumbrado a gas, que se introduce en Hispanoamérica hacia mediados del siglo XIX y en el que se insiste en no menos de tres oportunidades (“la luz del gas” que alumbra el salón de Hortensia, “los faroles del gas” que iluminan la noche santiaguina en que Faustina va en busca de su esposo, y “los mecheros de gas” del Club a que pertenece Enrique). Así también la presencia de calles pavimentadas (“el suave pavimento macadamizado”, las aceras de asfalto) propias del ornato y ciudades urbanas que caracteriza a las ciudades de nuestro continente por la misma época.

Alguna aparición de personajes concretos, como el doc-

tor Allende Padín, (1) que integra la junta médica que examina a Luchito permite fijar el tiempo en que transcurre la acción como muy próximo a aquel desde que se narra: esto es, en el siglo pasado, en la década del 80.

Pues bien, esta especificación del asunto, que puede parecer evidente y por tanto ociosa, es importante en cuanto fija los términos temporales de lo narrado, en fechas de extrema importancia histórica, social, económica y política para Hispanomérica.

A mediados del siglo XIX comienza a surgir un nuevo orden latinoamericano: se trata de la instauración de un sistema neocolonial que se consolida "sobre todo desde que la relación con las zonas económicas metropolitanas comenzó a cambiar; este cambio es un aspecto del que a partir de mediados del siglo afecta a la entera economía metropolitana" (T. Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*) y que se manifiesta en un doble aspecto: por una parte en la ampliación del mercado para los productos de Latinoamérica, por otra en la oferta, desde las metrópolis de capitales necesarios para una modernización de la economía de nuestro continente.

Esta situación que se traduce en un auge económico en Hispanoamérica, trae aparejada una serie de progresos técnicos; la nueva riqueza y los nuevos contactos cultura-

(1) El Dr. Ramón Allende Padín, 1840-1884, conocido en su tiempo como el "Colorado Allende" (tanto por sus características físicas como por sus ideas laicas y progresistas), fue abuelo del actual Presidente de Chile, Dr. Salvador Allende. Del Dr. Allende Padín escribió Vicente Grez la siguiente descripción: "... parecía extranjero. Era de regular estatura, rubio y de fisonomía encendida. Usaba anteojos. Era uno de los médicos chilenos más ilustres, tan respetado y querido por su ciencia como por su filantropía. Los niños lo adoraban porque una bondad y una ternura infinitas parecía desprenderse de sus palabras y de todo su ser". (*El Ideal de una Esposa*, II, 16).

les acarrear también una serie de cambios en las costumbres, las artes, el vestuario, la arquitectura de nuestros países.

El nuevo pacto colonial que liga a Hispanoamérica a nuevas metrópolis (Gran Bretaña, Francia, EE. UU.) cobra pronto sus víctimas en los sectores medios y populares urbanos latinoamericanos y sobre todo en los sectores rurales. Surgen también una oposición entre los grupos dirigentes de tendencia liberal y la resistencia conservadora, representada a menudo por la Iglesia, que añoraba el antiguo orden.

“En 1880 —años más, años menos— el avance en casi toda Hispanoamérica de una economía primaria y exportadora significa la sustitución finalmente consumada del pacto colonial impuesto por las metrópolis ibéricas por uno nuevo. A partir de entonces se va a continuar la marcha por el camino ya decididamente tomado” (Halperin Donghi, op. cit.).

Dentro de este contexto histórico y social se pueden comprender diversos aspectos de *El Ideal de una Esposa* en niveles superficiales, como algunos ya anotados y otros (centralizados sobremanera en la rápida fortuna alcanzada por Enrique y el aparente deterioro económico que sufre el Sr. L. B., representante del nuevo y el antiguo orden respectivamente) que marcan una aprehensión inmediata de algunas características del auge económico reseñado.

Así al referirse a la mansión de Faustina y Enrique: “La fachada era de un estilo elegante y sencillo: un pórtico majestuoso sostenido por cuatro columnas, formaba el centro del edificio, y a cada costado había tres grandes ventanas cubiertas de rejas bronceadas. El segundo piso tenía la misma arquitectura, pero las proporciones eran más reducidas. Un fino estuco, imitando el mármol, cubría las murallas y envolvía las columnas”. Tal descripción marca el nuevo gusto arquitectónico de las clases altas de la época, que reemplaza a la tradicional casa de tres patios chilena.

Así también cuando describe el vestuario de Enrique: "Vistióse con su acostumbrada elegancia, con cierto refinamiento de mal gusto que "había adoptado desde que sus costumbres se habían hecho más fáciles y mundanas".

6. ESPECIFICIDAD AMERICANA DE LA OBRA

Pero también a niveles más profundos puede encontrarse relaciones entre la novela y la época. Aventuremos sólo una hipótesis que, ciertamente, requerirá mayor desarrollo. De alguna manera *El Ideal de una Esposa* constituye una especie de alegoría del proceso social hispanoamericano (y chileno) de la segunda mitad del siglo diecinueve. El papel de la protagonista, Faustina, corresponde al de una parte de la sociedad, la conservadora, cuya integración al nuevo orden surgido es problemática y dificultosa (la acendrada religiosidad de Faustina y su familia, las veladas críticas que el narrador esgrime en contra de la Iglesia e, incluso, la religión, no son ajenas a una interpretación de esta índole). Faustina siente la necesidad de incorporarse a "lo moderno" en dos instancias sucesivas: cede el encanto del lujo, de la despreocupación, del cinismo de Enrique; cede después a la sabiduría, el espíritu científico (rasgo también moderno) del médico Guillermo. En ambas oportunidades su particular axiología le impide la integración.

El tránsito de Faustina no deja de ser decidor: de la vida monacal que lleva en la casa paterna, al lujo y boato de la existencia de Enrique; del espíritu religioso en que se refugia al constatar la infidelidad de su esposo, a la actividad (pseudo) científica que la aproxima a Guillermo; de esto al anonadamiento y a la destrucción final.

Sin embargo, el camino que recorre Faustina, su búsqueda del "ideal", no hace sino repetir el camino de todo héroe novelesco. Los valores que busca no se encuentran en el mundo, fundamentalmente degradado con respecto a

ellos, pero tampoco se encuentran en su conciencia como una realidad plena y efectivamente vivida, sino como un *deber ser*. Es más: tales valores existen en la propia conciencia del narrador también de manera degradada. En este sentido, la función edificante propia de la novela moderna (que según Goic en *El Ideal de una Esposa* "tiende a proclamar una actitud comprensiva frente a la realidad positiva del progreso y de los nuevos tiempos y a sancionar en su rigidez tanto como en su debilidad dos sectores contrapuestos y dos morales que en ellos se muestran") no es tal, sino el reconocimiento del fracaso de la búsqueda, de la imposibilidad de ella: la asunción del mundo de la degradación. El señor B., representante de "los viejos tiempos" dice en el párrafo final de la obra y teniendo siempre en mente la posible reconciliación de Faustina y Enrique: "Sí; ese será el momento oportuno... en el instante de mi muerte... Ni ella ni Enrique resistirán a los ruegos del que les abandona para siempre. Se arrodillarán junto a mi lecho y los bendeciré. Será como la celebración de un nuevo matrimonio. Esperemos..." La espera y la esperanza son inútiles: el camino, según la expresión ya casi clásica, ha terminado sin que se haya iniciado jamás.

Esa estructura, común al género novelesco, alcanza características especiales en la Hispanoamérica decimonónica, cuyo desarrollo socio-económico difiere profundamente del europeo. La oposición de dos modos de existencia paralelos que provienen de ese peculiar desarrollo (modos de existencia relacionados el uno con el pasado colonial, la religión, el patriarcado y una economía primitiva; el otro con la modernidad, el libre pensamiento, cierta nueva moral y el surgimiento de formas capitalistas) se repite en novelas hispanoamericanas ya desde las postrimerías del romanticismo (piénsese en *María*), pero adquiere especial fuerza a partir del naturalismo (la dicotomía crítica "civilización y barbarie", aplicada frecuentemente a las llamadas novelas ejemplares americanas, es un tipo de aproximación al problema). Hemos señalado cómo el surgimiento de esa

tendencia literaria, el naturalismo, coincide en Hispanoamérica con la madurez del orden neocolonial.

Subrayemos ciertas claves de *El Ideal de una Esposa*: la contraposición de dos sectores de la sociedad chilena en un período bien determinado; el propio carácter de su protagonista, cuyas taras psíquicas, no sólo manifestadas en sus extremados celos sino en algunas apenas insinuadas deficiencias sexuales, le impiden la felicidad; el correlato que esta incapacidad encuentra en las distancias insalvables que separan, en la sociedad, el antiguo del nuevo orden. Por tales rasgos esta novela de Grez se presta admirablemente para un estudio que determine la ligazón que une a la novela hispanoamericana con el desarrollo económico del continente, y que dilucide, a partir de la posible homología que pueda establecerse entre el neocolonialismo de nuestros países y su narrativa, la especificidad de la épica hispanoamericana.

Si sumamos a esa posibilidad apasionante los abundantes méritos literarios en que *El Ideal de una Esposa* es rico (entre los cuales la acabada captación del lenguaje popular no es el menor) comprenderemos su importancia en el desarrollo de nuestras letras y la oportunidad de esta nueva edición que hoy se ofrece.

LUIS IÑIGO MADRIGAL

Departamento de Español

Universidad de Chile

BIBLIOGRAFIA BASICA

I. NOVELAS DE VICENTE GREZ

1. *Emilia Reynals*. Santiago, Imprenta de "La Epoca", 1883.
2. *La Dote de una Joven*. Santiago, Rafael Jover — editor, 1884.
— 2.^a edición: Santiago, Imprenta Artística Nacional, 1911.
3. *Marianita*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1885.
— 2.^a edición: Santiago, Imprenta de "La Tarde", 1899.
— 3.^a edición: Santiago, Imprenta Artística Nacional, 1912.
4. *El Ideal de una Esposa*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1887.
— 2.^a edición: Santiago, Imprenta Artística Nacional, 1911.

II. REFERENCIAS

1. GOIC, Cedomil: *La Novela Chilena. Los Mitos Degradados*. Santiago, Universitaria, 1968.
2. MELFI, Domingo: *El Viaje Literario*. Santiago, Nascimento, 1945.
3. SILVA, L. Ignacio: *La Novela en Chile*. Santiago, Imprenta y Encuadernación "Barcelona", 1910.
4. SILVA CASTRO, Raúl: *Panorama de la Novela Chilena (1843-1953)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
5. SILVA CASTRO, Raúl: "Evocación de Vicente Grez". *Atenea*, Concepción, 384 (1959): 79-94.

PRIMERA PARTE

1 Faustina era hija única de un antiguo abogado, el Sr. L. B., que después de hacer en el foro un brillante papel, se retiró con alguna fortuna y mucha honra, enfermo, cansado y, más que todo, escéptico, con ese escepticismo poco amable y tolerante que comunica a los demás su tristeza y sus brumas. Había enviudado cuando Faustina sólo tenía ocho años, y no había contraído nuevas nupcias porque su corazón estaba lleno con el amor de su hija. La amaba, más que eso, la adoraba, como que era la sola alegría que llenaba de luz y de sonrisas su hogar sombrío y solitario.

La joven creció al lado de este hombre frío, pero de un fondo tierno y benévolo, recibiendo una educación excepcional en nuestro mundo femenino. A los quince años era ya una mujer instruida y de carácter firme, decidido y valiente, capaz de desafiar impávida las más grandes pruebas de la vida. Nadie se imaginaba lo que había en el fondo de esa joven dulce y apasionada, de seductoras y casi ligeras exterioridades, caprichosa y acostumbrada a ser obedecida, como que desde su infancia gobernaba una casa en la que no

imperaba más ley que la de sus órdenes, y en la que un ligero fruncimiento de sus cejas hacía inclinar todas las frentes, así como una sonrisa suya iluminaba toda la mansión.

A esa edad, la vida de la joven era, sin embargo, muy triste. Viviendo al lado de un hombre casi sin relaciones, que no frecuentaba otra sociedad que la de algunas personas tan graves como él, jueces en ejercicio de sus funciones, senadores o ex ministros de Estado, que le visitaban generalmente los domingos en la tarde, o de noche, sin que la velada pasara jamás de las diez, principiaba a sentir la pesadumbre de esa existencia conventual. Ella veía pasar los domingos, desde la puerta de calle o las ventanas del salón, los elegantes carruajes que conducían a los paseos damas y niñas encantadoras, vestidas a la última moda, sentadas al lado o al frente de jóvenes que no la disgustaban, y sufría entonces toda la tristeza de su soledad. Había otra vida más expansiva que ella desconocía por completo y que le estaba vedada. En esos instantes sentía en el corazón un vacío inmenso, y sus miradas se fijaban en los alegres coches, hasta que su pensamiento se desvanecía con el ir y venir de las rápidas marchas. Sonaba la campanilla de todos los días, que la llamaban a la mesa; comía sin apetito, y su tristeza se acrecentaba a la vista del gran comedor silencioso y vacío, en que no veía jamás otras fisonomías que la de su padre y Rosalía, especie de mayordoma o de aya, que se sentaba a su lado, grave y severa como una dueña de casa.

La comida era rápida, las fuentes apenas eran to-

cadass; toda esa gente sobria vivía con muy poco. Algunas veces, Faustina daba con su padre un paseo higiénico; pero esto no era frecuente. Jamás concurría al teatro o a las tertulias; rarísima vez a una visita generalmente frecuentaba la casa de sus tías, en la que se encontraba con gente vieja y beata que sólo conversaba de las funciones de iglesia o de las molestias que sufrían con la mala servidumbre. La joven prefería la iglesia a estas desagradables visitas en que su juventud se envejecía y en que se le pintaba el mundo con los más siniestros colores, un mundo sin sol y sin amor, en que sólo vivían el pecado y la muerte. El sombrío horizonte de la vida de Faustina se oscurecía más en estas visitas lúgubres en que se agitaban palpitantes algunos restos del misticismo colonial.

Sólo en esos paseos de la calle podía ensancharse su corazón, cuando su belleza extraña despertaba la admiración de los transeúntes. Muchas veces escuchó a su paso un dulce murmullo, y la exclamación "¡Qué bella!" llegó a menudo hasta sus oídos. Entonces su instinto de mujer la hacía erguirse altiva; pero la frase seguía vibrando en su interior con timbre armonioso y simpático.

Una noche, en una de sus visitas a casa de sus tías, se encontró con una sociedad distinta: una señora viuda, acompañada de su hijo, un joven de veintitrés a veinticuatro años, recientemente instalados en la casa contigua, y que habían ido a pagar una visita de vecindad.

La señora, a pesar de sus cuarenta años, era bastante hermosa; tenía esa belleza fina y correcta, esa pa-

lidez limpia y suave que da a las personas un tinte de aristocrática distinción. El joven poseía las mismas líneas delicadas y correctas de su madre; pero en sus labios delgados y desdeñosos vagaba una sonrisa irónica, algo como una burla constante, que contrastaba con la inmovilidad de todas aquellas caras sin expresión que Faustina estaba acostumbrada a ver siempre a su alrededor.

Al principio no agradó a Faustina la baja estatura del joven y su expresión maliciosa y socarrona. Pero eran tan cultas sus maneras y tan dulce el timbre metálico de su voz, que terminó por fijarse en él con verdadero interés. Entonces descubrió muchas cosas que no había notado al principio: que sus ojos eran hermosos, que vestía con elegancia y que sus cabellos echados hacia atrás, con un poco de desorden, le daban un aire despreocupado que le sentaba muy bien. Notó igualmente que, cuando la miraba, su aire insolente tornábase tímido, quedando sumergido en un silencioso asombro. Esto gustó a Faustina, pues comprendió que había impresionado al joven.

En efecto, le había impresionado: su belleza rara y casi fantástica había producido en Enrique algo como un arrobamiento. Todo contribuía en ese instante a hacer más notable la hermosura de Faustina: la sala poco alumbrada, los muebles antiguos y cubiertos con ese tinte oscuro de los años, hasta las mujeres graves y místicas que la rodeaban hacían que la joven resplandeciera en medio de esas sombras, como algunas creaciones llenas de colorido y de luz que los pintores destacan de sus fondos sombríos.

La conversación, a pesar de ser más animada que de costumbre, versaba sobre el eterno tema de los defectos de nuestra servidumbre.

—Hay en casa —decía doña Trinidad, una de las tías de Faustina— una sirvienta de mano que come más que todas nosotras juntas. ¡Ah, es horroroso! Todo lo que sobra de la mesa, que es mucho, porque se llevan las fuentes casi intactas, se lo come ella. La misma cocinera se admira “¡Qué estómago, dice, si esta mujer no se llena jamás!” ¿Creerá usted que no deja nada para las gallinas? Y usted se imaginará que la Juana es una mujer gorda; pues al contrario, es flaca; yo no sé lo que se le hace la comida.

—Pero tiene sus méritos —interrumpía otra de las tías—, la Juana es una muchacha muy devota; aun cuando llueva o truene, ella va a misa todos los días.

—Sí, en verdad, la Juana tiene muchas cosas buenas —agregaba doña Trinidad— y lo mejor en ella es que se viste como le corresponde. ¿Ha visto usted nada más indecente que esas **chinas** que pretenden imitar a las señoras? Algunas se hacen también crespos sobre la frente... Lo que me admira es que sus patronas las toleren. Oh, a mí me da fiebre cuando veo una de esas indias remilgadas.

La mamá de Enrique sonreía al escuchar este diálogo; y, como persona bien educada, refería también sus chascarrillos sobre el mismo inagotable asunto, con el solo propósito de parecer amable ante las dueñas de casa.

El joven, silencioso, no tomaba parte en la conversación.

—¿Y qué piensa usted de nuestra servidumbre? —le preguntó doña Trinidad—. ¿No podrá el gobierno dictar un reglamento sobre el particular? Esto va de mal en peor. Ya no se encuentra una sirvienta buena.

—Pienso —dijo él— que entre nosotros es muy conveniente que la servidumbre sea mala.

—¿Por qué? —preguntó doña Trinidad.

—Porque si fuera buena, las señoras no tendrían de qué conversar en las visitas.

La mamá de Enrique se mordió los labios; las tías quedaron silenciosas y mohínas; el señor B. miró sonriendo al joven. Pero Faustina experimentó un placer intenso: habría aplaudido y hasta felicitado al que tan bien interpretaba sus sentimientos.

Sin saber por qué fue esa noche muy agradable para Faustina: le pareció como que había estado en un espectáculo; encontró hermosísima a la madre de Enrique, creyó ver a su padre más alegre y comunicativo, y hasta las momias de sus tías, que siempre la fastidiaban, le dejaron buena impresión. Durmió bien y soñó por primera vez: soñó que se encontraba en la misma tertulia, rodeada de los mismos personajes, sin exceptuar a nadie, ni aun a Enrique...

Transcurrieron muchos días sin que el señor B. llevara a su hija a casa de sus hermanas. Faustina tenía verdadera impaciencia por volver, creyendo encontrar otra vez la agradable compañía de aquella noche de recuerdos. Al fin, un domingo, después de comer, se dirigieron a la casa. Pero la vieja mansión habíase sumergido nuevamente en su antiguo tedio: no existían en ella sino sus moradores de siempre.

Faustina experimentó una vaga tristeza al encontrarse sola. Permaneció mucho rato silenciosa, y sólo después de vencer sus vacilaciones, preguntó por la dama que había conocido en su última visita.

Al oír esta pregunta, el señor B. miró a su hija con extrañeza.

Doña Trinidad contestó haciendo elogios de Hortensia: era una mujer encantadora y virtuosa. Se había hecho muy amiga por la circunstancia de que ambas tenían el mismo confesor. Se visitaban casi diariamente.

Faustina se retiró esa noche disgustada y bostezando. ¿Experimentaba los primeros síntomas de esa enfermedad del alma, mezcla de languidez y de tristeza que ataca a las mujeres cuando el corazón está desierto? Es verdad que ella amaba a su padre, que tenía por él un amor que era casi un culto, pero a su edad esto no la satisfacía. Las inquietudes de lo desconocido o de lo que ya se entrevé principiaban a asaltarla.

2 Las visitas de Faustina a casa de sus tías se hicieron muy frecuentes. Admirábase ella de que fuera su padre quien ahora la invitara, cuando poco antes se resistía a llevarla, diciendo con su expresión de supremo hastío:

—¿Qué vamos a hacer allá?

Pero en este último mes los hábitos de vida del señor B. habían experimentado un notable cambio. Sa-

lía de noche con mucha frecuencia, dejando a la pobre joven en la aburridora compañía de Rosalía que le refería, para entretenerla, historietas y cuentos extravagantes de duendes, de magos, de gigantes, de hadas y de amoríos inverosímiles, imaginándose que Faustina era siempre una niña crédula y cándida que en otros tiempos se adormecía al murmullo de antiguas baladas.

Faustina había notado también en su padre cierto contento, algo desconocido y hermoso que lo transformaba, como si una de esas hechiceras de los cuentos de Rosalía lo hubiera tocado con su pincel mágico, cubriéndole de un barniz de juventud. Se había hecho recortar los cabellos y su larga barba, vestía su mejor ropa, y, por primera vez después de muchos años, se quejó del poco cuidado que la lavandera ponía en sus camisas. Una mañana le oyó tararear una canción. Pero lo que la llenó de asombro fue ver llegar de la sastrería dos trajes nuevos. La tarde de ese día la joven sorprendió a su padre retorciéndose los bigotes frente al espejo de su tocador. Sin saber por qué Faustina comenzó a alarmarse de tan súbita transformación, sintiendo un misterioso desasosiego, como si algo desagradable la amenazara.

Después de comer, el señor B. dijo a su hija:

—Arréglate. Vamos a ir donde tus tías.

Pero la admiración de Faustina creció todavía cuando supo que su padre no sólo visitaba a sus hermanas las veces que a ella la llevaba, sino que iba casi todas las noches. Sin saber lo que había en el fondo de esta historia, no pudo menos de sonreír de tan súbita ternura.

No hacía mucho rato que el señor B. y su hija calentaban los viejos sillones de la sala de doña Trinidad, cuando Enrique se presentó.

Saludó con desenvoltura y, al parecer, con mucha confianza al caballero y estrechó la mano de Faustina con una expresión indefinible de ternura y de timidez.

Algo como una inundación de rubor y de alegría experimentó la joven en ese instante. Su mano suave y tibia palpitó en la de Enrique. ¿Por qué se estremecía? Lo ignoraba, pero en verdad que ella esperaba con impaciencia ese encuentro.

Enrique hizo presente que su madre estaba indispuesta, que no vendría esa noche y que los esperaba en su casa a tomar el té.

El señor B. no se hizo repetir la invitación, y, acompañado de doña Trinidad, que era la más joven de sus hermanas, de Faustina y de Enrique se dirigió a la casa vecina.

Faustina sintió una sensación de agrado al penetrar en el salón de Hortensia, adornado con muebles modernos; de colores vivos, en que la seda, los dorados y los espejos arrojaban como un resplandor de oro, que la luz del gas avivaba con sus destellos.

Hortensia estaba sentada en una poltrona, cerca de la mesa de centro, sobre la que veía un pequeño costurero. De sus faldas caía un abrigo de pieles, envolviéndola en una nube gris, suave y reluciente.

Al ver a sus convidados, Hortensia intentó levantarse de su asiento, pero el señor B. se lo impidió con galantería.

Desde las primeras palabras que se pronunciaron,

Faustina comprendió que su padre había estado otras veces en esa casa.

La aparición de Faustina alegró mucho a Hortensia: la atrajo hacia sí con ternura, como si las uniera una antigua amistad, pasó su brazo al rededor de su cintura y la acarició como a una hija.

Enrique sonreía satisfecho: miraba a Faustina con menos timidez, insinuándose con tanta delicadeza, que la joven se entregó confiada a la dulce caricia de aquella voz suave, que tenía a veces la armonía de una frase musical.

El señor B. parecía completamente feliz. Su sombrío aspecto había rejuvenecido, como esos paisajes de otoño, opacos y lúgubres, que el sol alegre y colora. conversaba íntimamente con Hortensia, hablaba a Enrique como a un amigo a quien se quiere, y sonreía a Faustina con amor, como si quisiera enlazar con un cariño único todos aquellos corazones.

Esa noche, las horas se deslizaron fugaces para Faustina, y cuando llegó el momento de partir, sintió abandonar tan pronto la amena y deliciosa compañía de aquella sala resplandeciente en que su corazón gozaba de un bienestar completo. Si esa noche se le hubiera dicho: —“No volverás más aquí”— ella habría sufrido mucho.

Cuando doña Trinidad entró a su casa, sus dos hermanas velaban todavía, a pesar de ser más de las once. Una de ellas reemplazaba por otros nuevos los usados galones y lentejuelas de una casulla. La otra preparaba un purgante de magnesia en agua de rosa que iba a tomar a la mañana siguiente.

—Y bien —dijo doña Jesús, la que componía la cassulla—, ¿qué has sacado en limpio? ¿Está ya resuelta la cuestión? ¿Era como yo decía?

—No se qué decirte —contestó doña Trinidad—, estoy desorientada y no quiero emitir juicios temerarios.

—¡Bah! En toda una noche no has podido descubrir la verdad

—¡Si lo que se me ocurre es muy grande!

—Dilo no más.

—Me parece que tendremos dos matrimonios: el de nuestro querido hermano, que ha sacado los pies del plato, y el de nuestra encantadora sobrina, que lo imita perfectamente.

—¡Oh! ¡Eso no puede ser!

—Es lo que me parece, y ya sabes que no me engaño. ¿Te acuerdas cuando te anuncié el casamiento de Isolina? Y eso que no la vi con su novio más que una sola vez, y por la calle.

—Si lo que dices fuera cierto, sería un escándalo.

—Escándalo no; desde que se casan...

—Sí, pero el padre y la hija, con la madre y el hijo. Es un escándalo. Y no se puede, no se puede. No lo permite la iglesia.

—Te engañas, es permitido. ¿Quieres que te cite muchos ejemplos? La Isidora B. se casó con Arturo U., hijo de su padrastro. No hay en esto nada que sea contrario a los cánones. Es cuestión de dispensa y nada más.

—Así será, niña —dijo doña Jesús, que jamás se daba por vencida—, pero lo que es yo no lo acepto.

Y doña Trinidad tenía razón: sus datos eran exactísimos. Con ese disimulo de beata, que todo lo observa indiferente, había penetrado con facilidad los secretos de la reunión. Es cierto que nadie se ocultaba, que aquel doble y naciente amor no tenía por qué recelar y se manifestaba sencillo y natural, como es siempre el verdadero.

El señor B. había sido sorprendido en su retiro por la varita de los encantos de Hortensia. El, tan serio y tan frío, había experimentado una conmoción violenta al ver a esa mujer linda y grave que llevaba con una gracia angelical el negro traje de su viudez. Se sintió atraído por una poderosa simpatía hacia esa mujer cuyo corazón estaba huérfano como el suyo. Al principio casi se avergonzó de amar a su edad y en su alta posición de hombre político y de ex juez. Pero las deliciosas emociones que esta pasión hacía nacer en su alma, el renacimiento juvenil que experimentaba lo sedujeron, y se dejó arrastrar dulcemente, se dejó vencer sin resistir.

Hízose entonces muy buenos argumentos para dar a su pasión un carácter de conveniencia doméstica. A su edad necesitaba de una compañera, no tanto por él como por Faustina: él podía pasarlo solo, pero su hija... ¡Ah, su pobre hija a quien había sacrificado, sometiéndola en su infancia al lado de un viejo excéntrico y de una sirvienta! Esto no podía durar eternamente. Había que colocar a Faustina en cierta posición. Su deber era preocuparse de su porvenir por medio de un enlace ventajoso, y esto no podía obtenerse sino abriendo su salón a la buena sociedad. Y un salón

que no preside mujer hermosa y culta es como un proscenio sin actrices. Un salón sin una mujer de verdadero mérito pronto se llena de todos esos parásitos de la fortuna, de la casualidad o de la suerte que visten bien y nada más; de esos politiquillos que dicen en la cámara vulgaridades aprendidas de memoria, y que a la noche se presentan en un corrillo estirando la mano con indolencia, así como soñolientos y fastidiados, porque para ellos la vida no tiene seducciones ni secretos y el mundo ya no da nada de sí. El señor B. se horrorizaba al imaginarse rodeado de esta invasión. Oh, él necesitaba a Hortensia para su dicha y para la de su hija. **A**

Decidido a dar el gran paso, el señor B. se propuso hablar a Hortensia de su proyecto. Por la noche fue resuelto a hacer su declaración, y aun cuando tuvo muchas oportunidades, una timidez infantil le detenía. No había sido él un Lovelace, y en los momentos en que su corazón, lleno de los efluvios de su amor, parecía querer estallar, dominábanle temores juveniles que no sabía vencer. Pensó entonces en escribir, y así lo hizo.

Hortensia leyó la carta con sorpresa: dudosa ella durante algún tiempo sobre los sentimientos del señor B., había llegado a atribuirles un carácter de pura amistad. Pensó después que proyectaba el enlace de su hija con Enrique, y esta alianza de familia que la halagaba y veía casi resuelta, en vista de la actitud amorosa de los dos jóvenes, la hizo considerar al señor B. como a una persona de la casa y aceptarle en su intimidad. Pero se había engañado: los proyectos eran muy diferentes.

Por un momento su vanidad de mujer se sintió satisfecha, pues nunca está de más una conquista, pero esta impresión fugaz se desvaneció ante el recuerdo de su hijo. ¡Qué diría él! Y Hortensia se ruborizó, pareciéndole que veía dibujarse en los finos labios de Enrique la burlona sonrisa que le arrancaba este enlace ridículo.

A la noche siguiente, cuando el señor B. se presentó acompañado de Faustina, recibíoles con su amabilidad de siempre, aunque se notaba cierto azoramiento en sus maneras. No hubo nada de confidencial en esta visita, ni era posible que ella decidiera tan grave asunto en el término de veinticuatro horas. El hecho de que el señor B. se presentara acompañado de su hija manifestaba también que no esperaba tan pronto una respuesta. Pero tres noches después se presentó solo, y como Hortensia lo estuviera también, él tomó bríos. Al estrechar su mano la retuvo suavemente entre las suyas, diciéndole:

—He esperado la respuesta de usted. A los condenados a muerte no se les tiene en capilla por más de tres días, ¡y eso es demasiado!

Ella inclinó la cabeza y retiró su mano.

El insistió suavemente.

—He prometido a alguien que ya no existe permanecer siempre viuda— dijo.

—Cuando las promesas no son razonables —replicó él— no hay el deber de cumplirlas.

—Lo he jurado también —agregó con tono serio— y además, no puedo olvidar que tengo un hijo

que es ya un hombre, y al que no agradará ver a su madre casada otra vez.

El señor B. tomó esta declaración, que era más bien una confidencia, como una táctica mujeril, como uno de esos excitantes que emplean las mujeres de mundo para impacientar y enardecer a los que las aman.

Aceptó su desgracia con una tranquilidad que era casi resignación, creyendo que así desarmaba a su adversario. Se hizo el indiferente y el frío.

Por su parte, Hortensia continuó siendo siempre amable.

Después de algunas semanas, el señor B. emprendió de nuevo su ataque.

Era una tarde de primavera. Hortensia estaba sentada en el sofá de junco que había hecho colocar bajo el corredor del segundo patio, desde donde gozaba de la vista completa del jardín, en cuyo centro se ostentaba una pequeña fuente de bronce. Los árboles, que no habían sido podados ese año, extendían sus ramas confundiendo los unos con los otros el variado color verde de sus hojas; las hiedras y las enredaderas, cubiertas de flores, tapizaban las murallas trepándose sobre los tejados, exuberantes y curiosas. El follaje era tan espeso que sólo permitía ver algunos pedazos de cielo azul. Reinaba allí una dulce claridad, tibia y discreta, como la de una alcoba cuyos cortinajes están caídos.

Faustina y Enrique se paseaban en el fondo de este hermoso jardín, entretenidos en examinar las flores y arrancar las hojas secas y marchitas, demostrando, sin saberlo, esa hostilidad innata de la juventud a todo lo que es vejez.

El señor B. experimentaba cierta voluptuosidad al ver a Hortensia con su sencillo traje de casa, con su bata cubierta de encajes y sus cabellos anudados sobre la nuca, que dejaban descubierto por completo su blanco cuello. Un poco excitado también por el olor de las flores, sintió renacer con fuerza su pasión. Se acercó a Hortensia, y con voz conmovida y casi suplicante, le dijo:

—Y bien. ¿Todavía insiste usted? ¿Esto no tendrá fin jamás?

—Oh no, no es posible —dijo ella con dulzura—, lo he reflexionado mucho...

Y mirando al jardín, donde se paseaba Enrique con Faustina, agregó:

—Eso está bueno para ellos. Que ellos se amen. El porvenir es de la juventud. Nosotros... nosotros ya no tenemos papel en la comedia del amor.

El señor B. miró al jardín y vio a Enrique y a su hija tomados del brazo, felices en su juventud y en su ilusión, circundados de esa aureola que parece flotar como una luz propia alrededor de los que se aman.

Bajo aquella verde y movable techumbre, los dos enamorados creían tal vez encontrarse en un salón, un poco a cubierto de la contemplación indiscreta de los demás.

Entonces, de una sola mirada, todo lo comprendió el señor B.

El hombre experimentado, el hombre de mundo, embelesado en su propia pasión, no había visto lo que pasaba a su alrededor durante tanto tiempo. Buscando

para sí la dicha, había dado a otros lo que él no había podido alcanzar. Por fortuna, la que obtenía el beneficio era su hija.

3 Lo que el señor B. no había notado, lo había visto Hortensia desde el primer día. ¿Puede el amor pasar cerca de una mujer sin que ella lo sienta? Imposible. Hortensia había gozado viendo esta pasión desde su primera chispa. Sentía cierta embriaguez voluptuosa cuando espiaba los menores movimientos de Enrique y de Faustina. ¡Cómo las mejillas se teñían de rosa y los ojos relampagueaban de dicha, cómo al estrecharse las manos se chocaban las miradas, cómo parecía pasar el alma del uno a la de la otra, cómo se asimilaban las ideas más altas y los gustos más frívolos! Oh, y Hortensia no necesitaba de mucha perspicacia para observar cuánto hay de sublime en ese misterioso mundo del amor.

Cuando el señor B. conoció el amor de los dos jóvenes experimentó una impresión de temor y de disgusto. Cómo Faustina podía permitirse... sin que él lo supiera... ¿Le convenía acaso el partido que se le presentaba y que ella parecía haber aceptado resueltamente? Ese joven, que él apenas había tratado, ¿era digno de su hija? Un sentimiento más profundo y egoísta que su propia pasión se alzó en su pecho, debilitando y casi extinguiendo el amor que sentía por Hortensia. Quedóse silencioso y preocupado durante algunos instantes, pero luego la reflexión fue desvane-

ciendo sus temores. En verdad, no había nada de grave en el asunto. Enrique parecía un joven de mucho mérito, y su posición y fortuna no eran en nada inferiores a las de Faustina. Es cierto que ella era demasiado joven y podía esperar otro enlace más ventajoso, pero ¿y si ya se amaban? Si Hortensia proyectaba este matrimonio, ¿podía él contrariarla? De ninguna manera. No tendría una razón seria que dar, a no ser ese empecinado **no quiero** de los viejos egoístas e imbéciles que sacrifican la felicidad de sus hijos a una preocupación o un capricho, y él, hombre ilustrado y de mundo, no pertenecía a esa ralea.

A medida que el señor B. se tranquilizaba por este lado, renacían sus temores respecto a su propia pasión. Principiaba a invadirse el amargo convencimiento de que no era amado por Hortensia, y alzábase en su espíritu algo como el perfil de una máscara burlesca que le señalaba el contraste de amar él, a los cincuenta y nueve años, al mismo tiempo que su hija a los diecisiete. Que ridículo no caería sobre su nombre si esto se supiera. Estaba en competencia con Faustina. Y la implacable máscara sonriente persistía en señalarle como un objeto digno de la burla social. Todo esto molestaba al señor B., pero no le hacía desistir de sus propósitos.

Pensó entonces que la salvación de su decoro estaba en anticiparse a su hija. Casándose él antes que ella, todo el mundo encontraría natural este segundo enlace. Pero Hortensia ¿se decidiría al fin? Y la resistencia de esta mujer tomaba ya a sus ojos un carácter odioso que ofendía a su amor propio.

Un suceso, cuya realización no esperaba tan pronto, vino a contrariarle en su reciente propósito. Enrique solicitó de él la mano de Faustina. El señor B. contestó lo que la mayor parte de los padres, esto es, que consultaría a su hija. Enrique no pudo menos de sonreír, pues conocía mejor que nadie la inutilidad de esta consulta.

Las pretensiones del joven fueron inmediatamente transmitidas a Faustina.

—Y tú ¿qué le has contestado? —preguntó la hermosa niña llena de ansiedad.

—Que te consultaría...

Una sonrisa muy semejante a la de Enrique se dibujó en los labios de la joven.

—Pero ¿cuál es tu deseo?...

—El tuyo —contestó el señor B., dejándose arrastrar por la seductora influencia de Faustina.

—Yo no quiero —dijo ella, posando con dulzura su mano acariciadora sobre el hombro de su padre.

—¡Cómo! ¡Rehúsas! ¿Me había yo entonces engañado?

—¡Ah! —exclamó alegremente la pícara— ¿lo sabías? ¡Pues cómo aparentabas tanta indiferencia!

El señor B. sonrió a su vez.

Un goce infinito inundaba su corazón. La dicha de su hija lo rejuvenecía y el recuerdo de su esposa, de la bella y tierna madre de Faustina, le conmovía profundamente.

—Veo que te has entristecido con mi negativa —dijo la joven con su graciosa burla—. Pues bien, acepto.

El señor B., llorando y riendo al mismo tiempo, la estrechaba entre sus brazos.

—Acepto —repitió Faustina, interrumpiendo el idilio—, pero con una condición: que viviré a tu lado y que no me separaré jamás de ti.

Y al decir esto ya no bromeaba ni reía, sino que las lágrimas rodaban por sus mejillas, como el rocío sobre las hojas de las rosas.

Enrique aceptó estas condiciones y, además, la de un plazo de seis meses, pues el señor B. quería poner un poco a prueba su amor. Cerrado este pacto, la casa del señor B. se abrió para Hortensia y su hijo.

El amor de los jóvenes fue creciendo día a día. Podían ahora repetirse a cada momento, y aun estaban autorizados para ello, los temores y júbilos secretos de sus corazones. Eran prometidos, iban a atravesar la vida juntos, y por consiguiente ya se consideraban dueños el uno del otro. La feliz pareja estaba unida por los lazos de ese matrimonio ideal del primer amor que no destruyen jamás los nuevos afectos de la existencia, ni las más recias tempestades de la desgracia, ni los más grandes goces de la dicha.

El señor B. parecía feliz, y tanto, que no volvió a hablar a Hortensia de su amor. Estaba satisfecho con la felicidad que le rodeaba, con la dicha de los otros. Su casa, alegre y embellecida con el amor, le había curado de esa terrible y absorbente enfermedad del ánimo, que había vuelto a renacer cuando su pasión rechazada lo obligó a reconcentrarse otra vez en su hastío, en su negro y anonadador fastidio. Contentábase con ver a Hortensia entrar segura y tranquila en su casa,

preocupada como él de la dicha de los dos novios. Sus pensamientos se unían en este punto, y entonces ambos se felicitaban interiormente de haber depuesto toda idea personal y egoísta en obsequio de ese puro amor que iba a consagrarse para siempre sobre las gradas del blanco altar de los desposados.

El tiempo de los dichosos corre veloz; los seis meses de espera habíanse reducido a uno; los preparativos de las bodas estaban hechos; el gran día se acercaba. Faustina palidecía al pensar en él. Pero una inmensa desgracia, la muerte casi repentina de Hortensia, vino a llenar de luto los corazones y a cubrir con un velo fúnebre las flores, las sedas y las gasas acumuladas para la fiesta.

La muerte de Hortensia contribuyó también a engrandecer el amor de Faustina. Su espíritu tierno y soñador se conmovió profundamente en presencia de ese féretro frío y terrible que encerraba el gran secreto de la vida. Amó más a Enrique en su desgracia y en su orfandad. Se encontró más sola en el mundo, y se estrechó a su amante, no sólo para consolarlo, sino para cobijarse ella misma bajo las alas de aquel amor que la iba a proteger en la adversidad. Creía tener para con él nuevos deberes, puros y santos como los de una madre. La explosión del dolor había sido tan inmenso en el joven, que a veces gritos desesperados, salidos de lo íntimo del pecho, obligaban a Faustina a estrecharle contra su corazón, y fue entonces cuando la joven posó por primera vez sus labios sobre la frente y sobre los párpados de Enrique. Este gran consuelo lo aliviaba. Confundíase tan completamente con su amor, que los

besos tenían a veces el sabor amargo y salado de las lágrimas.

En tres meses se amortiguó el pesar. Ya no se lloraba. Los recuerdos dolorosos eran menos punzantes y más tardíos, y sólo cuando Enrique encontraba alguno de los objetos más íntimos y queridos de Hortensia, que conservaban todavía el aroma de su vida, algo como la acerada punta de una flecha penetraba en su corazón. Después, el recuerdo se desvanecía y los deberes de su nueva vida lo arrojaban otra vez al realismo de su existencia.

A principios de invierno tuvo lugar el matrimonio. Fue una fiesta un poco lúgubre, como que Enrique estaba todavía de luto y la casa del señor B. no tenía ese fausto mundado y deslumbrador del gusto y la vida modernos. Los novios se ausentaron de Santiago durante una quincena y regresaron a ocupar el departamento arreglado para ellos en casa del señor B., donde vivieron tranquilos y amándose más cada día. Antes de un año dio a luz Faustina su primer hijo, que bautizaron con el nombre de Luis, y un año después una niña, que murió de pocos días. En este tiempo falleció también la hermana mayor del señor B., y éste llevó a vivir a su lado a otras dos hermanas. La casa se hizo entonces estrecha, y como Enrique, que se había lanzado al comercio, poseía una fortuna considerable, compró la elegante casa en que los encontramos instalados, y donde se desarrollan los sucesos siguientes de esta historia.

SEGUNDA PARTE

1 Entre los elegantes carruajes que circulaban por el Parque Cousiño en la tarde de un domingo de octubre de hace cuatro o cinco años, llamaba la atención el cupé que conducía a una señora y un niño. La dama era muy hermosa y apenas representaba veintiséis años. El niño tenía un aire triste y su aspecto permitía adivinar que acababa de ser salvado de una grave enfermedad. A cada instante la interesante señora lo contemplaba sonriendo, con esa expresión amorosa de la madre que ve a su hijo débil y enfermizo; y cuando el carruaje penetraba por las calles solitarias del parque, lo acariciaba con ternura, pero después, cuando salía a las avenidas que circundan la laguna, asumía su actitud seria y preocupada.

El cupé pasó al lado de una fila de carruajes situados al poniente de la laguna, y en seguida se confundió entre otros que iban y venían arrojando de sus brillantes faroles, de sus arneses y cristales, chispeantes reflejos que iluminaban el césped y los árboles del bosque. Era tarde de gran concurrencia, y por todos lados veían-

se pasar, semejando el desfile de una inmensa y fantástica galería, bustos de mujeres de todas edades, tomadas de frente o de perfil, con todas las expresiones imaginables, risueñas, pensativas, picarescas, altivas o melancólicas. La joven, casi desvanecida con el ir y venir de aquella brillante multitud que pasaba y volvía a pasar como las comparsas de una ópera, no contestó al saludo de —“Adiós, Faustina”— que una amiga le dirigió al pasar desde un descubierta landó.

—Te han saludado, mamá —le dijo el niño—, y tú no contestaste.

Ella sonrió, sin apartar su mirada de los paseantes que se deslizaban al lado de su cupé.

—Yo sé a quien buscas —dijo el niño fijando en Faustina sus grandes ojos melancólicos.

—Veamos ¿a quién? —contestó ella con entusiasta curiosidad.

—A mi papá ¿no es cierto?

—Cierto —exclamó Faustina, con la expresión de una colegiala que juega con su amiguita— y como has adivinado, voy a recompensarte.

El chiquitín cerró sus ojos y ella lo besó sobre los suaves párpados y después sobre sus pálidas mejillas.

—Ya está, ya está —repetía el niño casi sofocado por las caricias de su madre. Y como Faustina insistiera, le dijo más serio—: Déjame, pues; me ahogas; no seas loquilla.

—¡Soy tan dichosa al verte sano y que paseas!

—Ya no me enfermaré más, para no afligirte.

Faustina tomó entre las suyas las manos del niño

como si fueran las de un pequeño amante y las llevó a sus labios.

Los carruajes principiaban a retirarse por la avenida que circunda el campo de las maniobras y de las revistas militares, y el cupé de Faustina siguió el rumbo de los demás. Era ya hora de la comida para toda aquella gente elegante y ociosa.

En ese momento la vista del parque y de toda la inmensa campiña era encantadora: las torres de la ciudad alzábanse por entre el oscuro follaje de los árboles y uno que otro edificio destacaba sus azoteas y pabellones. Hacia el oriente se veía el Santa Lucía solo, aislado, majestuoso como una inmensa pirámide sobre la que se hubiera construido una ciudad fantástica. Los últimos destellos del sol inundaban el valle con una luz rojiza, y sus reflejos llegaban hasta la inmensa cordillera, iluminándola con tintes de aurora. Una especie de blanco polvo de plata principiaba a descender del cielo y se detenía flotando sobre las siluetas y perfiles de la ciudad, como si fuera el sueño de la noche que esperara las sombras para penetrar en las alcobas. ✕

Parecía que la tibieza de la tarde y la belleza del paisaje hubieran esparcido en el cuerpo de Faustina una especie de languidez, de dulce desmayo. Se reclinó en un extremo del cupé y se abandonó muellemente al voluptuoso vaivén del carruaje, mientras éste se deslizaba sobre el suave pavimento macadamizado; pero cuando penetró por las calles adoquinadas, formando sus ruedas el estruendo de una cascada, la joven se irguió y volvió a tomar la actitud seria de una mujer elegante.

Al fin, el cupé se detuvo frente a la puerta de uno de esos suntuosos palacetes verdaderamente parisienses que el moderno Santiago ha visto levantarse en todos sus barrios centrales.

La fachada era de un estilo elegante y sencillo: un pórtico majestuoso sostenido por cuatro columnas, formaba el centro del edificio, y a cada costado había tres grandes ventanas cubiertas de rejas bronceadas. El segundo piso tenía la misma arquitectura, pero las proporciones eran más reducidas. Un fino estuco, imitando el mármol, cubría las murallas y envolvía las columnas.

Faustina atravesó ligera el elegante vestíbulo y entró en las primeras habitaciones de la derecha. Una débil claridad de crepúsculo las alumbraba apenas.

Un sirviente salió a su encuentro.

—Enciende el gas —le dijo ella.

Las lámparas descendieron rodando por sus cadenas de bronce, y luego la habitación se encontró brillantemente iluminada. Una serie de salones se sucedían rivalizando en la profusión de sus lujosos adornos. Todo era flamante, costoso y de buen gusto. Si algo había que reprochar era tal vez esta misma monotonía de lo nuevo. La vista fatigada, deslumbrada casi por el brillo de tanta sedería, bronce, porcelanas y mármoles, buscaba algún objeto antiguo que admirar, un cuadro o un mueble cualquiera; pero nada, todo era recién adquirido, llegado directamente de Europa, o transportado de los grandes almacenes de la capital. Se sospechaba que la fortuna que había dado para tanto tenía un origen reciente y rápido.

Faustina atravesó los salones hasta llegar al comedor, cuyos tupidos cortinajes y resplandecientes aparadores le daban la solemne apariencia de un templo.

Una mujer como de cuarenta años, que parecía pertenecer a la servidumbre distinguida de la casa, se ocupaba en colocar flores sobre las repletas fruteras.

Al ver a Faustina se volvió hacia ella, y con expresión y acento casi familiares, le dijo:

—¿Quiere comer ya?

Faustina no contestó.

Quitábase sus guantes con violencia. Notábase en ella cierta agitación nerviosa. Bajo la doble sombra de sus pestañas y de su sombrero, sus ojos arrojaban destellos que cegaban.

—¿No ha llegado Enrique? —preguntó esforzándose por dar a su acento la mayor serenidad.

—No —contestó secamente Rosalía.

—Pero esto es insoportable —dijo la joven estallando—, hace tres días que no come en casa.

—A mi papá ya no le gusta la comida de aquí —dijo el niño—. Mira, mamá, pregúntale si quiere que le hagan la comida del club.

—Tienes razón, Luchito —dijo Faustina sonriendo—, voy a tomar lecciones del cocinero del club.

—Y esta mañana me prometió que se venía a comer —añadió el niño—. “Si no vienes, no como”, le dije; y no como, mamá.

—Si te ha prometido vendrá —dijo Faustina—; esperemos.

Y se quitó su hermoso sombrero que arrojó indiferente sobre el sofá.

Una cabeza rubia, sobre la que arrojaba la luz del gas vívidos destellos, alegró aquella sala un tanto sombría.

Era una mujer encantadora; poseía esa belleza original, y que entre nosotros es bien rara, de los contrastes de colorido. Su tez blanca y ligeramente rosada en las mejillas parecía palidecer ante la nívea blancura de sus dientes, y su magnífica cabellera arrojaba reflejos de oro al fondo de sus ojos oscuros. Su nariz era fina y correcta. Sus labios un poco gruesos terminaban en ondas suaves y amorosas. Pero lo que poseía de más bello era su barba, una maravilla de contornos cincelados como los de una obra maestra de escultura. Era de estatura más que regular y tal vez un poco gruesa; pero la elegancia de su traje a la moda, ceñido al cuerpo, ponía de relieve formas tan graciosas, que lo exuberante de ellas se estimaba como un exceso de belleza. Lo que más agradaba en Faustina era el timbre dulce y tierno de su voz y sus maneras sencillas y naturales. No había en ella nada de artificioso o falso: su carácter serio al par que amable, rechazaba todo fingimiento. No podía aparentar lo que no sentía.

Luchito, que ya tenía seis años, era el vivo retrato de su madre: poseía sus mismos cabellos rubios y sus grandes y expresivos ojos pardos. Algo de triste, sin embargo, vagaba en esta fisonomía angélica, y su expresión melancólica parecía acentuarse todavía más cuando sonreía, pues entonces dibujábanse junto a sus labios dos arruguitas formadas por el sufrimiento... Esta mezcla de inocencia, de encantos y desventuras despertaba en todos los corazones la simpatía. Se le

quería con ese amor profundo y compasivo que inspiran los niños enfermizos, cuya vida vacilante se teme ver desaparecer de improviso. Cuando sólo tenía dos años una horrible tos convulsiva le mantuvo a las puertas de la muerte, de la que escapó gracias a las más tiernas atenciones; pero ¡cómo había salvado el pobrecito! con los pulmones casi despedazados; el menor descuido, un cambio de temperamento del que no se ponía a cubierto oportunamente, lo enfermaban de nuevo. Así, viviendo en medio de esta lucha continua, de este sobresalto de todas las horas, se le había rodeado de todas las ternuras y cuidados. Luchito era lo que se llama un niño regalón, pero Faustina, tal vez por disculpar su tolerancia, sostenía que sólo muy rara vez abusaba de él de su situación de niño idolatrado y consentido; además, sus caprichos eran siempre tan amorosos y dulces que era imposible no acceder a ellos. El amaba a los suyos con toda su alma y exigía que se le pagara con la misma moneda. Sobre todo, no quería que lo engañaran jamás.

Esa noche Luchito estaba disgustado y había decidido asumir una actitud seria y enérgica; había sido engañado por Enrique tres veces consecutivas y su corazón se rebelaba contra este abuso de la fuerza.

Faustina, contrariada por la inutilidad de su espera y viendo que el sirviente llegaba a cada momento hasta la puerta del comedor como esperando la orden de servir la comida, exclamó, al fin, levantándose de su asiento:

—Es inútil esperar: trae la sopa.

—Yo no como —dijo el niño.

Faustina se acercó a él sonriendo.

—¿Entonces yo no soy nada para ti? ¿Sólo estás contento al lado de Enrique?

El niño la miró con ternura y con una señal de sus ojos la atrajo a su lado.

—Es necesario —le dijo al oído— para que mi papá no me engañe otra vez.

Faustina suplicó, prometió muchas cosas —ella que no engañaba, que sabía cumplir.

—Es necesario que tomes, por lo menos, la sopa y el asado —le decía.

El niño, impasible, meneaba su cabecita, repitiendo:

—No, no, mamá.

—Pero ¿qué quieres? —exclamó Faustina disgustada—. ¿Quieres enfermarte?

—Oye... —contestó él dulcemente.

La rubia cabeza de la madre se acercó a la del niño. Era aquella una escena simpática y conmovedora. Faustina restregaba su sedosa mejilla en la de su hijo. Luchito, arrepentido de lo que iba a decir, quedó silencioso.

—Pero, habla —le dijo Faustina.

—Oh no, tú no querías...

—Sí quiero, ¡dímelo!

Entonces, bajando el tono, como quien duda y no se atreve, le dijo:

—Vamos al club, vamos a buscar a mi papá y volvemos a comer con él.

—¡Qué ocurrencia! —exclamó Faustina riendo contenta a la idea de semejante sorpresa.

El niño, alentado con esta alegría, repitió:

—¡Sí, sí! vamos, vamos.

—¿Qué quiere? —preguntó Rosalía.

—Quiere que vamos al club, a traer a Enrique.

—¡Oh, eso sería una locura!

Faustina, que estaba indecisa, pareció decidirse al oír esta observación.

—¿Por qué será una locura? —dijo—; al contrario, Enrique se alegraría mucho de la sorpresa.

Y recordando sus días de mujer regalona en que sus caprichos eran leyes, agregó rejuvenecida y sonriente:

—Sí, sí, es una buena idea. ¡Vamos!

Luchito se arrojó de un salto del sofá, palmoteando alegremente. Sus pálidas mejillas se habían sonrosado.

Faustina, dichosa también, dominada por una especie de sobrecitación singular, dijo a José le trajera un carruaje de posta. Corrió después a su dormitorio, un lindo aposento cuyos muebles y cortinajes celestes parecían como animados ante la sonrisa de la joven. Cubrióse con un amplio mantón, y tomando a Luchito de la mano, le dijo con la alegría de una colegiada que se escapa:

—¡Vamos, vamos! ¡Qué va a decir Enrique!

2 El carruaje que conducía a Faustina y a su hijo hacia el primer club de Santiago, marchaba rápidamente. El cochero azotaba con crueldad los pobres ani-

males, que hacían esfuerzos inauditos por recorrer la distancia en el menor tiempo posible.

La noche descendía lentamente, las estrellas brillaban en un cielo sin nubes, arrojando destellos cuyos resplandores se perdían en la inmensidad sin llegar a la tierra. Los faroles del gas estaban encendidos. Reinaba en las calles ese silencio misterioso de las primeras horas de la noche, en que la animación y la alegría están reconcentradas en el hogar, alrededor de la mesa de familia. Sólo uno que otro paseante, de esos que no comen o comen muy temprano, transitaba por las aceras haciendo resonar sus pasos sobre el asfalto.

Faustina, desorientada, miraba los edificios y no los reconocía. No sabía por qué calles pasaba.

El carruaje penetró en una especie de ancha avenida, y ella, reconociendo el sitio, fijó sus miradas en las altas columnas del palacio legislativo y después en el bronce colosal de la **Desesperación**, que conmemoraba la espantosa catástrofe de 1863, y que ha sido reemplazado por una **Virgen**, a fin de disculpar la responsabilidad humana con la gran irresponsabilidad divina. La actitud de la estatua, con sus brazos levantados al cielo, la hizo recordar la noche horrible en cuya hoguera pereció la única hermana de su madre, y un ligero estremecimiento de espanto la conmovió.

Las lúgubres ideas que este recuerdo trajo a su espíritu se desvanecieron tan pronto como el carruaje se detuvo frente al gran club. A esa hora el edificio ofrecía un aspecto semisombrío: veíanse a través de los cristales de las altas ventanas los mecheros de gas que alumbraban a medias los salones de conversación y de

lectura, arrojando un opaco resplandor sobre los marcos dorados de los grandes cuadros al óleo, cuyas composiciones aparecían borradas, destacándose sólo una que otra cabeza, alguna malla de acero, algún seno turgente cuya carne sonrosada resaltaba de entre el oscuro fondo. Se conocía que esos salones estaban desiertos y que toda la vida del club se reconcentraba en el interior. Tal vez algún aburrido u ocioso descansaba su pereza tendido en los grandes sillones, con el diario caído a sus pies; pero esto no se veía desde el coche de Faustina.

Algunos carruajes de posta, un gran **break** y dos faetones estaban estacionados en la misma calle, esperando las órdenes de sus dueños o pasajeros.

Faustina asomó la cabeza por la portezuela buscando algún sirviente con quien hacer llamar a Enrique; pero no viendo a nadie, hizo bajar a su cochero.

—Los caballos ¿no se moverán?

—Oh, no —contestó él, seguro del poco brío de sus corceles.

Pero Faustina vacilaba recelosa, hasta que otro cochero se ofreció a tener las riendas.

Pronto volvió el mensajero diciendo que el señor no estaba en el club.

Faustina, disgustaba por el fracaso de su aventura, iba a regresar a su casa, cuando el otro cochero se acercó a la joven diciéndole:

—Señorita, yo sé donde está el señor don Enrique; si quiere la conduzco allá. ¿No es usted de la partida?

La joven no comprendió el significado de la últi-

ma frase, y entusiasmada con la idea de encontrar al que buscaba, replicó con viveza.

—¿Sabes tú dónde está?

—En el jardín, en la quinta del Tajamar.

—¿En la quinta del Tajamar? —repitió ella—. No la conozco. ¿Y qué ha ido a hacer ahí?

El bribón miró a Faustina fijamente, y una sonrisa llena de malicia vagó por su rostro.

—Habrá ido a hacer algo, pues.

—Pero a estas horas ya no estará. Habrá vuelto a comer.

—¡Cómo no! Va a volver, cuando iba a comer allá...

Faustina notó que su cochero daba al otro disimuladamente con el pie, tratando impaciente de que no continuara hablando y de que se retirara.

Algo que ella no había sentido nunca oprimió su corazón y subió hasta su garganta. Fue como una ola ardiente que avanzó desgarrándole el alma.

Un instante permaneció inmóvil en su angustia, hasta que un suspiro pareció desvanecer su pesar. Dominóse, y casi tranquila murmuró:

—Oh no es posible... Enrique no. Será un paseo de amigos, un paseo de locos, de esos que hace siempre cuando regresa trayéndome flores.

Y dirigiéndose al cochero le dijo con voz segura:

—Condúceme a casa.

Los caballos, haciendo un nuevo esfuerzo, partieron con gran rapidez.

Pero no habían andado mucho cuando la duda

principió a mortificar a Faustina. Recordó más de una historia cruel que había oído referir, más de un engaño terrible e inesperado acontecido a sus amigas, y algo mortal y helado volvió a oprimir su corazón.

Se imaginó muchas cosas que en su inexperiencia creía terribles. Comprendió que bien podía dejar de ser amada ¡como tantas otras! recordó que más de una vez le había hecho sufrir la frialdad de Enrique, que se alejaba de su lado, que se escabullía de entre sus brazos por asuntos de negocios, y llegó a convencerse de que su esposo no era ahora el mismo de antes. ¡Ah, la diferencia era muy grande! Y a medida que pensaba en esto se hacía más inmenso y se ahondaba más y más el abismo de sus dudas y de sus celos.

Un deseo vehemente de ver a Enrique la agitó. Le parecía que su presencia disiparía al instante la angustia, tal vez inmotivada, que la dominaba. Iba impaciente por llegar a su casa, pues creía que su esposo había regresado, que la esperaba a la mesa riendo del fracaso de su aventura, y que todos los fantasmas que su imaginación había evocado se evaporarían como por encanto, y volvía a entregarse a su vida tranquila y feliz.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la elegante fachada de la casa de Faustina, el sirviente que esperaba a la puerta, avanzó presuroso para abrir la portezuela; pero ella no descendió; con la voz trémula por secreta emoción, preguntó si Enrique había llegado.

A la respuesta negativa del sirviente, la joven que-

dó un momento silenciosa; después dirigiéndose al cochero le dijo:

—¿Conoces tú esa quinta del Tajamar?

—Sí, señorita —dijo él.

—Llévame allá.

Pero el carruaje no se movió.

Faustina repitió su orden.

—Los caballos están muy cansados. No alcanzarían a llegar.

La joven pareció comprender el motivo de la excusa, y aumentadas sus sospechas por esta resistencia, le dijo con imperioso acento:

—No tengas cuidado. Te pagaré lo que quieras. Necesito ver a ese caballero.

Indeciso todavía el cochero, levantó su látigo con indolencia. Los caballos apenas se movieron.

—¡Anda! —repitió ella— te digo que no tengas cuidado. Tu carruaje ¿no es para que sirva a quien lo paga?

—Es que los caballos...

Y sin decir más, torció las riendas.

3 Eran las nueve de la noche cuando el carruaje de Faustina llegó frente a la gran quinta y se confundió con otros estacionados en la ancha avenida. Los cocheros, cansados de esperar, dormían en los pescantes, y sólo dos que se habían situado más lejos, charlaban fumando sus cigarros. Un claro rumor de agua, como el que produce una enorme y torrentosa acequia,

llegaba hasta ahí: era el Mapocho, con su escaso caudal de verano, que se deslizaba al pie del viejo Tajamar.

La puerta enrejada de la quinta estaba abierta, y desde sus umbrales veíase el boscoso jardín cuyos árboles confundían sus sombras con las de la noche. Un angosto camino, limitado a sus costados por cercas de rosas, conducía al interior.

La entrada estaba desierta, y Faustina no tuvo a quién preguntar por la persona que buscaba.

El cochero silbó varias veces, nadie se presentó. Entonces la joven descendió del carruaje, después de recomendar a Luchito que no se moviera y penetró recelosa pero resuelta por el estrecho sendero de las rosas.

Un silencio triste vagaba en el jardín: era de creer que estaba desierto. Pero de improvviso un murmullo lejano llegó hasta ella, como arrastrado por el viento. Este ruido pareció servirle de guía. Aligeró el paso y como esquivando un encuentro, abandonó el angosto camino, perdiéndose en medio de los árboles. Su corazón palpitaba con tanta violencia que más de una vez se detuvo para respirar y reponerse de su emoción. El vago y confuso murmullo llegaba ahora hasta ella más claro y vibrante, escuchándose voces, risas y palabras que herían como flechas su corazón.

Deslizándose junto a los troncos de los árboles, hundiendo sus pies en el húmedo sembrado, desenredando su traje que se prendía entre los espinos y malezas, llegó al borde de un ancho camino, donde se presentó a su vista, perfectamente clara y alumbrada, la escena de la gran comida.

Era aquella una fiesta campestre. La mesa estaba

colocada en el centro de una península que avanzaba más allá de la mitad de la laguna. Su forma era elíptica. Se había construido alrededor de un grupo de higueras, que extendían sus ásperas y verdes ramas formando una espesa techumbre, bajo la que se apiñaban los más friolentos, resguardándose del débil rocío de las noches de primavera.

Rodeaba el lago una exuberante vegetación, toda esa flora acuática de grandes hojas, de verdes penachos, de extrañas malezas, de raíces y fibras cuyos tupidos hilos, semejando flotantes enredaderas, se perdían en el fondo de las aguas. De trecho en trecho alzábanse algunos tallos gigantescos, de hojas caracoleadas, y como para variar la oscura monotomía del follaje, ostentábase el *cyperus* cual inmenso ramillete de suaves plumillas más rubias que la caña. Algunos bajos y coposos pinos, verdaderos enanos sin cuerpo pero de abultada cabeza, yacían diseminados en grupos simétricos en el camino exterior que rodeaba la laguna, alternando con los grandes olmos, con los naranjos cubiertos de doradas frutas y las acacias ya floridas. De vez en cuando una ligera brisa arrastraba consigo los olores de esta rica vegetación y rizaba la superficie del lago silencioso y desierto. Los patos y cisnes que lo poblaban se habían retirado al sitio más oculto, refugiándose entre las grietas de una cascada en miniatura, recelosos de esa invasión de sus dominios, que bien podía serles hostil.

Faustina no estaba para gozar de la hermosura del sitio. Su atención se fijaba en un grupo numeroso de hombres y de mujeres que charlaban y reían confun-

didos en la mayor confianza. A la luz de los faroles chinoscos, que caían prendidos de las ramas de los árboles, pudo reconocer algunas fisonomías; las demás se ocultaban tras de otros grupos o se perdían en las sombras. La mayor parte de esos personajes eran amigos de Enrique, constituían su sociedad íntima y predilecta; pero él no estaba ahí, por lo menos, Faustina no lo descubría todavía, y su corazón renació por un momento a la esperanza.

Al principio no comprendió toda la significación de la vasta escena que tenía ante su vista, aunque le chocaron desde luego el tipo y las maneras de las damas, cuyos trajes originales y cuyo humor y alegría no había visto jamás.

Un caballero de alguna edad, y que ella conocía mucho, galanteaba a una muchacha, casi una niña, que servía a la mesa.

—Oh, esto es muy bueno —decía—, esto es muy bueno.

Las mujeres que estaban sentadas a su lado miraban y sonreían.

Pero él tuvo que interrumpirse para hablar con un joven que se le había acercado.

—Te felicito, Luciano —le dijo—, por tu discurso de hoy. Estuviste magnífico. Lo único que no me gustó fue que comenzaras como todo el mundo: “Señores, el debate está agotado”. Cuando un debate está agotado no se habla, o, por lo menos, no se le agota más con un discurso de dos horas, y sobre todo cuando se declara que “no se pensaba tomar parte en la discusión”.

El orador se interrumpió otra vez. La muchacha que fijaba su atención se había acercado a retirar las botellas vacías y reemplazarlas.

—Dime —dijo el orador tomando del brazo al mayordomo de la quinta —¿de dónde diablos ha salido esta muchacha?

—Las buenas minas las descubren los pobres— replicó éste sonriendo maliciosamente, mientras Luciano agregaba con acento socarrón:

—A su edad, señor, eso le hace mal: le indigesta.

—Más me indigesta un discurso de dos horas cuando el debate está agotado.

Una muchacha explicaba el amor a su manera: según ella al principio era un sentimiento tonto; después con la experiencia, se podía sacar mucho provecho, y entonces era un sentimiento que valía la pena de ser cultivado.

Mientras tanto, Faustina se había deslizado por el borde del camino hacia el otro extremo del lago, a fin de reconocer a los que se ocultaban tras los grupos de pie o de los grandes maceteros que adornaban la mesa. Gracias a esta maniobra pudo descubrir a Enrique que con la cabeza inclinada sobre el hombro de una mujer le hablaba al oído. Ella sonreía y se inclinaba también, y tanto, que los crespos de su frente a veces rozaban el bigote de su vecino. El rostro de Enrique tenía tal expresión de idiota apasionamiento, que Faustina llegó a imaginar que se había engañado, que ese hombre no era su esposo. Pero esta ilusión se desvaneció muy pronto.

Una muchacha alta, de facciones graciosas aunque

un tanto toscas, se acercó al grupo con una copa en la mano, e interrumpió el idilio diciendo con expresión insolente:

—Aseguran que no me atreveré a beber con ustedes, y yo quiero probar a esos imbéciles —y señaló con desdén a dos o tres jóvenes que desde sus asientos la contemplaban— que soy capaz de esto y mucho más.

Enrique irguió su cabeza y tratando de separar a la joven, le dijo con disgusto:

—¡Oh, no fastidies!

—¿Te fastidio? ¿Desde cuándo? No se te olvide lo que me has dicho.

El la miró con despreciativa compasión.

—En fin —dijo ella— yo no quiero hacer cuestión de palabras; lo que quiero hacer es beber con ustedes y ganar mi apuesta.

Enrique parecía dispuesto a resistir; su compañera lo decidió, tomando la copa que tenía al frente y exclamando:

—Es muy justo. Bebamos con Amalia.

Y chocaron las copas derramando el licor, que cayó sobre el vestido de la joven.

—¡Importi nada a mí! —dijo ella mirando las manchas—. ¿Me darás otro, Enrique? El último... como recuerdo de esta noche de inconstancia...

—¡Oh, basta! Retírate; no fastidies.

Ella no se movió.

—Mira, Enrique —dijo Amalia haciendo un gesto de indiferencia—, **importi nada a mí** lo que tú haces.

—Si no te importa, retírate.

—¡No quiero! ¿No soy dueña de estar en donde a mí se me antoje?

—Eres una impertinente.

—¡Y tú un canalla!

A estas palabras hubo un intento de agresión. Muchos se levantaron de su asiento y se agruparon alrededor de Enrique como para evitar un escándalo.

—¡Oh, no, no es posible! —decían.

—¡Al orden, al orden!

—Paz, caballeros, no haya duelos ni quebrantos.

—**¡Importi nada a mí!**

—Tú estás impresionada —le decía un joven tratando de tranquilizarla—, tienes razón; donde fuego ha habido, cenizas quedan.

—Cenizas, tal vez; pero lo que es amor ¡ni esto!
—y llevó a su boca una uña larga, blanca, afilada, y haciendo una graciosa mueca arrancó de sus dientes un sonido vibrante.

Los que presenciaron esta acción cómica aplaudieron.

Estaba, en efecto muy interesante con su rostro encendido y animado por la comida y, más que todo, por la indignación.

En ese momento dejáronse oír algunas exclamaciones.

—¡Atención, atención! —repetían.

—¿Qué hay? —preguntaban otros.

—¡Mirad, ya sale...!

Todos miraron al cielo, por el lado del oriente.

La luna principiaba a lanzar sobre el perfil de la nevada cordillera el suave destello de su disco lumi-

noso. Hombres y mujeres se pusieron de pie para esperar la salida del astro. Al fin apareció el borde resplandeciente, y la diosa continuó ascendiendo majestuosamente hasta que se destacó por completo de las cimas, como si resucitara de entre un sepulcro de nieve.

El parque se iluminó como por encanto, los faroles perdieron su luz ante esta irradiación blanca y suave que lo bañaba todo con una ráfaga de amor, de misterio y de poesía.

Mientras algunos entonaban la célebre *casta Diva*, de la ópera *Norma*, Amalia entusiasmada, arrancó uno de los faroles chinescos que pendían de las ramas de las higueras, diciendo:

—¡Ya esto es inútil!

Y arrojó al lago el farol despedazado.

En medio de los aplausos de sus admiradores arrancó el segundo farol, después el tercero, el cuarto, el quinto... y los fue arrojando despedazados al lago, sobre cuya brillante superficie flotaban como ramilletes de ajadas flores, conservando el último bajo su brazo, tal vez como un recuerdo de esa noche.

La conducta de Amalia indignó a todas aquellas mujeres, que calificaron de *impropia* la acción de su compañera. Otras, más ofendidas, decían que eso era *indecente*. La joven no daba la menor importancia a semejantes protestas, que oía indiferente y risueña, contentándose con repetir su estribillo: —¡Importa nada a mí!

Los vinos de los postres habían hecho su efecto, mareando con sus perfumes y encendiendo con sus llamas los cerebros, y a medida que los pies se entor-

pecían y el brillo de los ojos se apagaba, una verbosidad delirante parecía desatar todas las lenguas. Se pronunciaban discursos académicos. Se hacían promesas más bombásticas que las que se leen en los programas políticos. Un murmullo de quejas, de excusas, de secretos, envolvía la mesa y subía hasta el follaje de los árboles como un incienso embriagador.

Una joven bastante simpática le decía al compañero que tenía al lado:

—Todo está bien, pero tienes que ponerle la dedicatoria al retrato que me has dado. De lo contrario parecerá una fotografía comprada.

—Cuando tú quieras, no tengo inconveniente.

Otra juraba falsamente con lágrimas en los ojos que era verdad lo que decía; otra se quejaba de sus amigos porque no la saludaban en la calle; otra decía que ella no había podido rehabilitarse porque carecía de fortuna.

—¡Ah! las ricas —decía— pueden hacer lo que quieren sin que ninguna puerta se les cierre. Pero a nosotras, apenas damos una caída se nos marca para siempre. Sólo las pobres tenemos obligación de ser honradas.

Y como su compañero la contradijera, se puso furiosa, asegurando que era verdad lo que decía, porque conocía muchas historias y podía nombrar muchas personas que no eran más morales que ella y que, sin embargo, disfrutaban del respeto general.

Un viejo que la escuchaba y que parecía enamorado de ella, se hacía el enternecido y aseguraba que tenía razón.

Esto la alentó, y lanzó al viento un nombre de mujer.

Entonces el joven que momentos antes la contradecía, le tapó suavemente la boca con su mano, diciéndole muy alarmado:

—¡Cállate, por Dios! ¿No ves que vas a levantar una tempestad?

Ella, colérica por aquella mano que se había posado sobre su boca, se puso de pie diciendo en alta voz:

—¡Sí, es cierto, es cierto!

Y repitió el mismo nombre de mujer.

Por fortuna la persona interesada estaba distante y no le oyó; pero los hombres que estaban más serenos, temerosos de que siguiera adelante el escándalo, se pusieron de pie repitiendo que ya era hora de retirarse. Otros que se habían fastidiado apoyaron la indicación iniciando al momento los preparativos de marcha.

En efecto, parecía que todo había concluido. No quedaban sobre la mesa botellas ni copas: Amalia las había arrojado al lago. Oíase a lo lejos, como perdido entre los árboles, el rumor de las risas y cantos de los que se retiraban.

Faustina, al ver el desbande, huyó presurosa. Pero al llegar a la reja se detuvo y se ocultó en las sombras. Había reconocido a su esposo que pasaba confundido en medio de un grupo.

Al llegar a la puerta, Enrique preguntó en alta voz:

—¿Quién tiene mi ramo?

—¡Yo! —exclamó Amalia—. ¡Tómalo y obséquialo en mi nombre a tu mujer!

Y lo pasó a Enrique después de besarlo y de aspirar su aroma.

Cuando el grupo en que iba Enrique se hubo retirado, Faustina corrió en dirección a su carruaje y subió a él con precipitación.

No lloraba. Sus ojos y sus labios estaban secos y ardientes. Sólo al ver a su hijo que dormía, reclinada la cabeza sobre uno de sus bracitos, estuvo a punto de estallar en desesperados sollozos; pero las lágrimas habían huido de sus ojos, como el sueño en las noches de insomnio.

La salida precipitada de Faustina llamó la atención de Enrique y de sus amigos.

—Es una mujer que va huyendo —dijo uno.

Entonces Enrique se acercó al carruaje.

—¿Quién va aquí? —preguntó balbuciente.

—¡Yo! —exclamó Faustina, asomando su rubia cabeza por la portezuela.

Y el carruaje partió con extraordinaria velocidad.

4 Por un momento Enrique quedó como aturdido ante la aparición de su mujer. Le parecía que el cielo se había desplomado de súbito sobre su cabeza. La felicidad presente, el porvenir, la gloria y la dicha de su espléndido hogar, su fortuna, su honra, su hijo a quien amaba más que a su propia vida, y su esposa que constituía su único amor puro y serio desaparecían para siempre, y sentía en su corazón el inmenso vacío de la pérdida de todos estos afectos.

Permanecía como petrificado en el mismo sitio, siguiendo con la vista desvanecida el carruaje que se perdía a lo lejos, cuando sus amigos le rodearon, preguntándole con interés quién iba en el carruaje y si era Amalia.

El no contestó: la pregunta lo hería profundamente. Esa confusión de Faustina y de Amalia ofendía la dignidad de su esposa y la suya propia.

Sentía toda la bajeza de su situación y se juzgaba arruinado y perdido.

Siempre silencioso, tomó el brazo de su mejor amigo y se alejó de los demás.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó éste con acento confidencial.

—La persona que acaba de subir al carruaje es Faustina.

—¡Cómo! ¿Tu mujer?

—Sí —murmuró Enrique desfallecido.

—Pero eso no es posible. Será una ilusión...

—¿Puedo yo confundir a mi mujer con otra? Ella ha salido de la quinta y subido precipitadamente al carruaje. ¿Recuerdas que nos llamó la atención una mujer que se escapaba? Cuando me acerqué a preguntar quién era, Faustina asomó su cabeza por la portezuela y me dijo: "Soy yo".

—Insisto en creer, amigo mío, que te has engañado, confundiendo su rostro por otro. Piensa que has bebido algunas copas y que tu vista no está muy clara.

—Oh, no me engaño: ¡era ella!

Siguió un largo silencio, uno de esos silencios som-

bríos que prolongan indefinidamente el dolor y el abatimiento.

El otro grupo esperaba el resultado de esta confianza. Se hacían curiosos comentarios: se suponía que Enrique no quería irse con su compañera; que la persona que se había ido en el carruaje era Amalia; que esto lo había tal vez impresionado avivando su capricho o haciendo renacer su antigua pasión por ella.

—Pero no es posible que esperemos aquí eternamente —dijo uno de los del corrillo—, voy a ver qué hay.

Y se dirigió hacia los dos amigos.

—¿Qué sucede, Enrique? ¿Te has indispuerto? —preguntó con interés.

Nadie contestó.

Disgustado por este frío recibimiento, iba a retirarse, cuando Enrique le detuvo diciéndole:

—Oye, pero reserva lo que voy a decirte: la persona que salió del jardín y que acaba de partir en el carruaje, es mi mujer.

—¿De suerte que todo lo ha visto?

—Indudablemente.

—Pero eso es terrible.

—Para mí —dijo Enrique.

—Para todos, amigo mío, para todos.

Hubo nuevo silencio.

—¿Qué me aconsejas hacer? —dijo al fin Enrique a su amigo.

—Vámonos. Es preciso reflexionar... ver más claro... tengo todavía la esperanza de que puedas estar engañado. Subamos a este carruaje.

Y abrió la puerta del que estaba más cerca.

Enrique subió abatido como un enfermo a quien se conduce a su lecho. El otro se unió a sus compañeros.

—¿Qué ha pasado? —le preguntaron con ansiedad.

—Nada; me han recomendado reserva.

—Déjate de bromas.

—No puedo.

—¿Es grave?

—Gravísimo.

—Vamos, cuenta, ya ves que todos nos interesamos. Nosotros hacemos aquí causa común. ¿Qué ha pasado?

—Voy a decirles, pero bajo el compromiso de guardar la más estricta reserva.

El grupo se estrechó alrededor del joven.

—Lo que ha pasado —dijo éste— es que Enrique ha sido sorprendido por su mujer. La dama que subió al carruaje era ella.

—¡Diablo!

—¡Pobre Enrique!

—¡Y tanto como la quiere!

—Pero no puede ser —dijo otro con seguridad—, la que se fue en el primer carruaje era Amalia.

—Pues él ha creído que era Faustina.

—Son los espejismos de la borrachera.

—Y de la conciencia —dijo un moralista.

—Fácil es averiguar la verdad —agregó un estadístico—. ¿Dónde está Amalia?

—Está adentro: la vi volver del brazo con Luciano.

—¿Cuántos eran los carruajes?

—Cuatro.

—Bien, aquí hay tres y con el coche en que se fue Enrique son cuatro. Hay uno de más, que es en el que partió la dama.

—El asunto se pone grave.

En ese momento se dejaron oír ruidos de risas, de conversaciones y de cantos. Todas las personas que estaban en el jardín llegaron a la puerta.

—¡En marcha, en marcha! —decían los que llegaban.

—¿Está ahí Amalia?

—Sí. ¿Quién me necesita?

—Nadie.

—Gracias.

—Era para aclarar una duda.

—Silencio —gritó el estadístico—. Hay aquí un asunto grave. ¿Cuántas son nuestras amigas?

—Seis.

—¿Están todas?

Las mujeres se contaron y formaron un grupo aparte.

—Estamos las seis.

—Entonces la cosa es seria, y Enrique puede tener razón.

Las mujeres querían saber lo que ocurría, pero los hombres no les daban en el gusto; guardaban reserva todavía.

—¿Y Enrique? —preguntó una de las damas—
Es él quien falta, ¿qué se ha hecho?

—Se fue a dejar el ramo.

Y una explosión de risas, ruidosas unas y otras comprimidas, puso fin a la escena.

Aquellos buenos amigos compadecían a Enrique, indudablemente, pero al mismo tiempo no podían menos de reír de la situación cómica en que se encontraba.

Al día siguiente todo Santiago conocía la aventura, con sus más mínimos detalles, a pesar de que ninguno de los del círculo lo había referido a persona extraña.

5 Tanto le habían asegurado a Enrique que era imposible pudiera ser Faustina la misteriosa dama del carruaje, que después de desvanecido su estupor llegó a aceptar como probable que bien podía haberse engañado. Para robustecer su ilusión recordaba las fisonomías de todas las mujeres que esa noche estaban en la quinta, y llegó a descubrir cierta vaga semejanza entre su esposa y Amalia, semejanza que en medio de las sombras que borran o debilitan los detalles, podía dar lugar a un equívoco, mucho más posible en la situación en que él se encontraba, dominado de la exaltación nerviosa que produce un festín con todo su cortejo de espirituosos excitantes.

Bajo la zozobra de esta incertidumbre llegó a su casa, preparando una tonta historia que debía servirle de excusa para con Faustina; pero él mismo encontraba la disculpa tan poco razonable que temía ponerse en ridículo sin alcanzar la deseada reconciliación. Prin-

cupiaba por declararse completamente inocente, y por creer que su solo pecado consistía en su condescendencia en aceptar un convite de esa naturaleza. Pero él no lo sabía. Se imaginó que sería una comida como otras que habían tenido lugar en la misma quinta, sólo entre amigos: pero desgraciadamente esta vez se le ocurrió a uno de los convidados, que ni siquiera era su amigo, invitar a esas damas. Todos, al llegar, se sorprendieron de encontrarse con ellas, y especialmente él. Se iba a retirar pero sus amigos le retuvieron, diciéndole que aquello nada significaba desde que estaba libre de observar la conducta que él quisiera. El insistió en retirarse, y como entonces le dijeran que iba a aguar la fiesta, resolvió quedarse.

Si le preguntaba Faustina quién era el amigo que había arreglado la fiesta así, él nombraría a cualquiera: la cuestión consistía en salir del pantano de la mejor manera. ¡Qué importaba el sacrificio de un amigo ante su propia salvación!

Pero después comprendía que estas excusas, tontas o no, de nada servirían si Faustina le había visto a la mesa y contemplado la escena con Amalia y oído su insolente respuesta cuando él pidió el ramillete. Si Faustina había sido testigo de todo esto, valía más no disculparse con estúpidas mentiras, sino inclinarse sumiso ante su negra suerte.

Cuando Enrique penetró en su casa eran más de las doce de la noche. Las habitaciones de Faustina estaban cerradas, pero se veía luz a través de los cristales. Se dirigió al comedor deseoso de encontrar a Rosalía y pedirle informes; pero la gran sala estaba de-

sierta y sólo uno de los quemadores de gas arrojaba una débil llama. Reinaba ese silencio revelador que precede a los grandes dramas y que a Enrique le pareció una confirmación de todos sus presentimientos. Se paseó un instante mudo y abatido. Pronto se abrió una puerta que comunicaba con el departamento de Faustina y se vio aparecer a Rosalía. Un fuerte olor a éter se escapó de esas habitaciones, como un anuncio cierto de su desgracia.

Rosalía se acercó al aparador y tomó una taza del servicio de té preparado que había sobre la bandeja de plaqué.

Miró a Enrique, pero no hizo la menor señal de querer hablarle. Estaba pálida y conmovida.

Cuando ya se retiraba, él la detuvo suavemente diciéndole:

—Oye, Rosalía, ¿y Faustina?

—Casi se ha muerto...

—Cuéntame... ¿Qué ha tenido?

—De la impresión, del desengaño. ¿Le parece poco lo que ha visto?

—¿Qué te ha dicho?

—Todo lo que ha pasado.

—Oh, Dios mío —exclamó él desesperado.

Después, tomando una de las manos de Rosalía, le dijo:

—¿Qué te parece... le hablaré? ¿Le diré que yo no tengo la culpa?

—Ahora no; está un poco más tranquila, y sería renovar lo que ha pasado —y como él se callara, Rosalía añadió—: Buenos los amigos que tiene, don En-

rique. ¿Para qué se junta con esa gente? Yo le decía que no fuera a buscarlo, pero el niño tuvo la culpa. Bueno el golpe para ella que lo creía un santo. Si esto hacen los mejores qué no harán los otros... Ay, Dios mío, lo que son los hombres...

Y Rosalía, que también era casada y a quien su marido había abandonado tres años después de sus bodas, terminó su discurso con una ligera sonrisa, que hizo en el corazón de Enrique el efecto de un rayo de sol en un cielo sombrío.

Alentado con esta sonrisa, exigió nuevamente de Rosalía le refiriera con todos sus detalles lo que le había dicho Faustina. Pero ella se excusó diciendo que iba a confeccionar una tizana para la enferma, que nada había comido y se encontraba muy afiebrada.

El la dejó partir.

Estaba más tranquilo. Parecíale que tal vez no era tan difícil como se había imaginado el convencer a Faustina de su inocencia. Por momentos apoderábase de su ánimo cierta audacia que llegaba hasta el cinismo, y otra vez volvía a encontrar aceptables las inverosímiles disculpas que fraguara poco antes. Estaba resuelto a todo y no se ruborizaba de confesar, si era necesario, que lo sucedido era obra de la borrachera. Al fin, no era un crimen beber, desde que todos lo hacen, y un hombre en esta condición no es responsable de nada. Enamorado de tan magnífica salida, llegó a convencerse de que era esta la explicación más sencilla. El, en su sano juicio, jamás había hecho una indecencia.

Mientras así reflexionaba habíase acercado a la

puerta que daba entrada a las habitaciones de Faustina a fin de escuchar lo que se conversara, pero sólo llegó hasta él el ruido de un inmenso suspiro. La herida estaba palpitante y manaba sangre. Entonces pensó que el tiempo, que es el gran cicatrizador, la sanaría, e interiormente concedió el plazo de un mes para verla restablecida. Recordaba haber leído en no sé qué observador profundo del corazón humano que no había dolor que pasara de cuarenta días. ¿Por qué Faustina había de ser una excepción? Pensó también que su situación no era única ni excepcional, y que casi todos los maridos habían pasado alguna vez bajo estas horcas caudinas del matrimonio, y los que habían escapado a ellas no lo debían a su virtud sino a su fortuna. Ah, qué se le podía contar a él que los conocía a todos, uno a uno.

Cuando Rosalía volvió al comedor, Enrique estaba tranquilo, su voz ya no temblaba, y no exigió sino como satisfacción de su curiosidad que se le refiriera lo sucedido.

Así lo hizo Rosalía, narrando palabra por palabra, tal como se la había contado Faustina, la historia de la terrible aventura.

Enrique se indignó sobre manera al saber que Faustina, para espiarlo, había llevado consigo a su hijo. Jamás la hubiera creído capaz de semejante indignidad.

Oh, la conducta de su esposa no tenía nombre.

Había corrido toda la noche en un carruaje de posta, con su hijo recién convaleciente de una grave enfermedad, exponiéndolo a una recaída, para infor-

marse de su paradero en los clubes y pedir a los cocheros datos sobre su vida. Esto era indecoroso. No había oído decir jamás que una mujer educada y de sociedad cometiera semejantes extravíos. Y luego ¿qué motivos había dado él para que se le espicara de tal manera? ¿No era un marido modelo?

Ante estas reflexiones, la indignación de Enrique subía de punto y sus propias faltas se desvanecían en presencia de esa gran criminal que había puesto en peligro hasta la inocencia de su hijo y su propia reputación. ¿Qué podían pensar de ella los que la vieron sola, a altas horas de la noche y en un carruaje de posta? ¿A quién se le ocurriría decir que andaba espiciando a su marido? Por mucho menos que eso había visto arrojar sombras sospechosas sobre mujeres honorables.

Y en esos momentos estaba tan agitado y colérico, que Rosalía tuvo que tranquilizarle.

—Ah, no soy yo —decía— quien debe dar explicaciones sino quien debe pedir las.

Y a pesar de su sincera indignación, al pensar así, sentía que se aliviaba de una gran responsabilidad.

Inútil era que Rosalía le explicara cómo del modo más natural e inocente había llegado Faustina al desgraciado descubrimiento de esa noche. El no aceptaba ninguna de esas razones y a medida que las combatía alzaba el tono y se exaltaba, confirmándose más y más en la justicia de su causa, en su derecho e inocencia. El bullicio de su conversación llegaba hasta la alcoba de Faustina, pero Enrique no se preocupaba de ello: al contrario, parecía querer imponer con su tono altiso-

nante. Estaba inconocible: nunca Rosalía le había visto en semejante estado de agitación y de violencia.

La pobre mujer, alarmada, trataba de tranquilizarlo, llegando su condescendencia hasta el punto de confesar que efectivamente Faustina había estado poco cuerda.

La situación de Enrique había cambiado a sus propios ojos, y más sereno y satisfecho se dirigió a sus habitaciones y se acostó en su lecho. Pero estuvo desvelado, y cuando la realidad de su situación se presentaba desnuda y terrible ante su conciencia, se desesperaba de haber caído del alto y bello pedestal en que su esposa lo creía colocado, y sobre el cual ya no volvería a ascender en el puro y noble amor de Faustina. Y pensando en esta felicidad perdida tal vez para siempre, de un modo tan imprevisto y torpe, la fiebre del desvelo aumentaba en él por momentos. Al fin el cansancio lo venció, y al día siguiente, cuando le llevaron a la cama los diarios de la mañana, dormía con ese sueño tranquilo y poderoso que se atribuye a los justos.

—En verdad —dijo al despertar— tiene razón el filósofo: no hay ni puede haber dolor que dure cuarenta días.

Vistióse con su acostumbrada elegancia, con cierto refinamiento de mal gusto que había adoptado desde que sus costumbres se habían hecho más fáciles y mundanas. Cuando el sirviente entró en su dormitorio, preguntóle por Faustina, y éste contestó que no se había levantado, y que le parecía que la señora continuaba enferma.

A pesar de su aparente tranquilidad, le mortifica-

ba la idea de que aún no había visto a su esposa ni tenido con ella la explicación a que naturalmente iba a dar lugar la sorpresa de la noche anterior. Lleno de un malestar indefinible, meditaba sobre la actitud que debía asumir. ¿Abordaría desde luego todas las dificultades, viendo a Faustina y provocando una explicación? Tal vez era esto lo mejor, porque se libertaba del peso que le oprimía, pero no tenía valor para iniciar valientemente esta solución. Su espíritu era presa en esos momentos de una extraña mezcla de audacia, de vacilaciones y cobardías.

Un ruido de rápidas carreras lo distrajo, trayendo a sus labios una sonrisa y a sus ojos el brillo de una súbita alegría. La puerta de su dormitorio se abrió con estruendo, y apareció en el umbral una figura que para Enrique pareció iluminar el aposento: era Luchito con su aspecto endeble, con su belleza marchita, pero que en esos momentos y gracias al buen estado de su salud, tenía un aire varonil, como esos arbolillos raquíuticos que, sin embargo, crecen rectos y echan sus brotecitos.

Al verle, Enrique le tendió sus brazos, diciéndole: —¿Qué dice el hombre? ¿Está bueno?

—Sí, estoy bueno; pero mira, dime ¿dónde comiste ayer?

—¿Ayer? —repitió Enrique como pensando la respuesta—. Comí con unos amigos.

—Pero dónde —insistió él.

—Allá muy lejos, en una casa.

—En una casaquinta ¿no es cierto? Pero mira, yo vi el río.

—¿Y qué te pareció?

—Mi mamá dijo que era muy chico.

—¿Entonces tú no lo viste?

—No, sentí que pasaba no más.

Por un momento el niño se distrajo formando dibujos con los cigarros que encontró esparcidos sobre el velador; pero pronto se aburrió de esta ocupación, deshizo lo hecho y volvió a dirigir la palabra a su padre:

—Mira, es necesario que no vayas a comer más a esa quinta. Mamá ha llorado mucho por eso... Dime ¿por qué es malo comer en quintas?

Ante este nuevo apuro, Enrique volvió a hacerse el distraído, pero Luchito no era el que dejaba pasar sin respuesta una pregunta, y repitió otra vez la que acababa de hacer.

—No es malo comer en quintas —dijo Enrique— pero es mejor comer en su casa.

Esta vaga respuesta desorientó al niño que volvió a entregarse a sus juegos silenciosos, aparentando haber comprendido lo que no había podido entender.

La situación de Enrique era de lo más desagradable: creía conveniente ver a Faustina y arribar de una vez a una reconciliación, pero no podía decidirse a dar este paso. Toda la vergüenza que en él había, todos los sentimientos delicados que aún le quedaban, subían a su rostro a la sola idea de encontrarse cara a cara con su esposa. No, no buscaría él la oportunidad de esta entrevista terrible. Si ella se presentaba naturalmente, la aceptaría con valor, pero mientras tanto no quería hacer alarde de cinismo y de descaro.

Y, más tranquilo, desde que había acordado postergar indefinidamente este asunto, tomó su sombrero, sus guantes y su bastón, y acariciando al niño que le veía partir con su carita llena de asombro, le dijo:

—Yo no almuerzo aquí ahora... tengo que hacer.

El niño, que siempre lo detenía, no contestó esta vez.

Enrique, al parecer muy contrariado porque lo dejaba partir sin hacerle ninguna observación, le preguntó:

—¿Qué quieres que te traiga de regalo?

—Nada —contestó él con toda la seriedad de un hombre grave.

6 Como casi todas las mujeres enamoradas y felices que atraviesan la vida ignorando los abismos que encierra, Faustina creyó morir al sentirse herida en medio del corazón. Su fe sincera y profunda en el amor de Enrique, sus ideales juveniles, que la esposa honrada había elevado hasta la altura de una creencia religiosa, se desvanecieron en presencia de aquella traición. El golpe se hizo más terrible por lo inesperado: no lo había precedido ni la sombra de la más leve sospecha. Acostumbrada a ser querida hasta la adoración, jamás le preocupó la idea de ser engañada, y a pesar de sus veintiséis años conservaba todo el candor y toda la ignorancia virginal de la niña que no ha visto el mundo sino a través de los cristales de su ventana. A la edad en que otras mujeres están hastiadas y es-

cépticas, ella creía aún en la pureza de los sentimientos y en la honradez de todas las gentes, como que carecía de la experiencia que dan las desgracias. Por eso cuando se describió ante sus ojos el telón que le ocultaba la falsedad de sus creencias, su dolor fue tan grande como su indignación, y el recuerdo de esa escena asquerosa manchaba sus besos de amor, su castidad de esposa y todo lo que había de puro y delicado en sus ternezas. Se creyó no sólo engañada en su amor, sino, lo que le parecía más terrible, profanada y manchada en su hogar, y una fuerza poderosa, que nacía de la moral y de su corazón, abría un abismo inmenso entre el pasado y el presente de su vida.

Cuando se levantó del lecho, supo por Rosalía la actitud asumida por Enrique y su descaro para buscar faltas en ella a fin de disculpar las propias. En vez de caer de rodillas a sus pies implorando perdón, se erguía altivo haciendo el cómico papel de indignado y de ofendido. La táctica era de lo más cobarde. Se pretendía ahogar su dolor e indignación viendo en su conducta inocente, en los actos casuales que la habían conducido al descubrimiento de su desgracia, todo un sistema de espionaje puesto en planta por una mujer torpe y celosa. Era esta actitud innoble y desleal la que en semejantes casos asumían los maridos que ya no amaban a sus esposas, según había oído decir Faustina a mujeres de más experiencia, a fin de sofocar los cargos que se hicieran a sus traiciones y de conservar la independencia necesaria para sus vicios. Pero ella no se dejaría dominar por falsos cargos: sabía ya el partido que debía tomar. Estaba decidida, y nada en el

mundo podría obligarla a volver sobre sus pasos y a aceptar una vida humillante y degradada.

Y al hacer esta solemne promesa, todo su ser se estremecía, recordando su reciente dicha cambiada de súbito en eterna desventura.

Inmediatamente, como para no volver atrás en su resolución, se dirigió a casa de su padre.

Nunca había dejado Faustina de visitar con frecuencia al señor B. A pesar del gran cambio experimentado en su vida durante los últimos tres años, debido al aumento considerable de la fortuna de Enrique, a su instalación en la lujosa casa que habitaba, a las nuevas y numerosas relaciones contraídas, jamás habían transcurrido tres días sin que ella viera a su padre.

Esta fidelidad siempre solícita, que no se quebrantaba ni desvanecía ante el encumbramiento de su posición que más bien se acrecentaba cada día, aumentó, si es posible, el amor del señor B. para con su única hija. La amaba con una ternura tan inmensa que siempre, al recordarla, sus ojos se humedecían. El único pensamiento del pobre viejo era ahora la felicidad de su hija, y se estremecía y anonadaba al pensar que pudiera ser desgraciada.

Cuando el señor B. vio entrar a Faustina en el escritorio y biblioteca, en que pasaba la mayor parte del día, su corazón se oprimió por terrible presentimiento. Bastó una sola y rápida mirada al rostro de su hija para que comprendiese que algo fatal acontecía.

Quiso levantarse del sillón para recibirla con su acostumbrado cariño, que no estaba exento de galante-

ría, y a pesar de que todavía era ágil, una especie de fatiga que descoyuntaba su cuerpo se lo impidió. Apenas tuvo fuerzas para tenderle sus manos y decirle:

—Hija mía.

Faustina iba preparada para mostrarse severa a fin de no afligir demasiado a su padre; pero, al ver este recibimiento doloroso, supuso que todo lo sabía, cuando el corazón del padre sólo adivinaba.

—Padre mío —dijo Faustina esforzándose por que las lágrimas no brotaran de sus ojos—, vengo a pedirte hospitalidad. ¿Quieres tenerme otra vez a tu lado como cuando era niña y feliz?

—Pero ¿qué sucede? —dijo el señor B. con voz tranquila, pues ya se había dominado y alzado de su asiento con toda la gravedad y nobleza que lo distinguían—. ¿Has tenido algún disgusto con tu esposo?

La serena y orgullosa actitud del señor B. comunicó valor a la joven. Las lágrimas que titilaban alrededor de sus pestañas retrocedieron, y con la expresión de una amargura cruel, contestó:

—Más que eso, padre mío, he descubierto que no me ama ni es digno de mi amor.

—¿Ha sucedido ya lo de siempre, lo de todos los matrimonios? —dijo el señor B. procurando no dar importancia a lo que bien comprendía.

—¿Lo de todos los matrimonios? —repitió la joven con el disgusto de una persona a quien se desarma.

—Sí, lo de todos los matrimonios.

—Te engañas, padre mío; lo que ha pasado no es un disgusto, una disputa, ni una contrariedad; es un

hecho de esos que jamás se olvidan, que nos hieren de muerte y que una mujer como yo, una hija tuya, no perdona en toda su vida.

El señor B. se sorprendió. Acercóse a Faustina frunciendo el ceño y fijó su mirada en su rostro pálido y casi demacrado.

—¿Qué sucede, entonces, qué sucede? Dímelo todo, hija mía.

Y el señor B., perdida otra vez su calma, dominado por una especie de terror, acercó a Faustina uno de los anchos sillones, diciéndole:

—Siéntate, hija mía.

El momento era tan angustioso y solemne, que hasta los grandes retratos de la madre de Faustina, del señor B. y de otros viejos parientes, parecían haber tomado la actitud cómoda de personas que desean oír bien una narración.

Faustina refirió con todos sus detalles la historia de la sorpresa desde su ida al club, llena de confianza hasta su salida de la quinta, y la actitud asumida por Enrique que pretendía disculpar sus faltas inventando cargos contra ella.

Al terminar Faustina su narración, el señor B. había vuelto a su tranquilidad. Todos sus temores parecían haberse disipado, estaba casi alegre.

—En verdad —dijo gravemente la joven al notar este cambio— no comprendo, padre mío...

—Es natural: tu falta de mundo te extravía... imaginas que ya no eres amada, y yo te aseguro que Enrique te idolatra como el primer día. Entre los

hombres, entre los jóvenes principalmente, semejantes aventuras son como una partida de juego, como una carrera de caballos. ¿Crees que el corazón se mezcla en eso, que queda algo para el día siguiente?

—Pero eso es inmoral..

—Es la moral corriente. ¿Quieres tú rehacer el mundo, a los hombres, a la naturaleza? El gran inconveniente del matrimonio es que en general las mujeres no van a él un poco prevenidas contra estos lances...

—Ninguna mujer digna se casaría entonces.

—Se casarían lo mismo. Cada una iría con la esperanza de ser la excepción a la regla, pero si la excepción no le tocaba, su sorpresa no llegaría hasta el punto de hacerla desdichada para siempre.

Hubo un instante de silencio; el señor B. creyó tal vez que iba demasiado lejos en su explicación; pero estaba resuelto y continuó:

—Por esto, hija mía, no se puede romper un matrimonio, separar a un hijo de su padre dándole a conocer sus faltas y haciéndole perder su respeto y su amor. Eso sí que sería inmoral. Mientras Enrique te guarde todas las consideraciones que mereces...

—Eso es demasiado, padre mío.

—En diez años más —continuó el señor B.— tú no serás ya una joven, tendrás más experiencia del mundo, sabrás que es imposible encontrar hombres perfectos y que la pureza y la castidad son tan bellas para nosotros porque son ustedes únicamente quienes la poseen.

—Eso es imposible —exclamó Faustina con actitud

desesperada y casi trágica—, todos los hombres no pueden ser lo mismo. Lo dices por atenuar su falta.

—Todos, todos —repitió el señor B.

—No lo crees, lo dices sólo por consolarme.

Hubo un largo silencio, que el señor B. rompió diciendo:

—Pero esa separación es imposible. Yo espero que desistas, que seas razonable...

—¿Tú lo exiges?

—Te lo suplico —contestó él con tono casi humilde.

—Haré lo que desees —dijo la joven con resignación.

El señor B., alegre con su triunfo, tomó la mano de su hija y con tono persuasivo le dijo:

—Haces bien, hija mía, perdona: es lo más bello en la esposa y en la madre perdonar y olvidar.

—Eso no —exclamó Faustina irguiéndose de nuevo—, olvidar y perdonar..., jamás.

—Sí, sí —repitió el señor B.— perdonarás cuando pase la violencia de tus primeras impresiones. El tiempo calma todos los pesares y cicatriza todas las heridas.

—Las del amor nunca, padre mío

7 Después de su entrevista con el señor B., Faustina regresó a su casa. Estaba, al parecer, más tranquila. Lo que su padre le había revelado sobre la moral de los hombres la indignaba; pero al mismo tiempo la idea de esa ley universal que pesa sobre las mujeres ca-

sadas la obligaba a resignarse, como la humanidad se somete a morir porque es lo inevitable.

—Ah —exclamaba con el corazón lleno de angustia— ¿éste es el matrimonio? Vergüenza, vergüenza para él.

Y se sumergía de nuevo en la amargura de su situación de mujer burlada, herida en lo más vivo de sus ilusiones y de sus creencias. Le parecía que jamás podría someterse a esa ley infame, ni olvidar la ofensa recibida. El consuelo de esa ley pareja, de ese código igual para todas las mujeres que por un momento pareció aliviarla, estimábalo ahora indigno. ¿Qué le importaba la conducta de los demás hombres? Podían hacer lo que quisieran; pero Enrique no. Enrique era para ella el único que había engañado a una mujer. Por lo menos ella no conocía a otro. La actitud alegre, satisfecha, feliz de todas las mujeres casadas que conocía, la afirmaba en su original creencia. ¿Podrían vivir indiferentes y dichosas sabiendo que eran engañadas? O probablemente lo ignoraban... como lo ignoraba ella hasta hacía algunos días... Y el recuerdo de su dicha perdida inundaba otra vez de lágrimas su corazón. Le parecía escuchar una voz secreta que repetía los cargos hechos por Enrique. —“¿No eras feliz así, ignorándolo todo? ¿A qué fuiste a buscar tu propia desventura?” Y contestando a ese reproche misterioso se erguía altiva murmurando: —“Prefiero mil veces mi desdicha presente a vivir engañada”.

No existía, pues, ni en las desgracias de las otras, ni en la altivez de su orgullo herido, ni en las conveniencias sociales que obligan a ocultar estos hechos, na-

da que la consolara. Se creía viuda para siempre. El golpe recibido era de esos que no sólo cambian en desgraciado un destino feliz, sino que modifican por completo nuestra naturaleza. Ella no sería nunca la misma de antes, ni volvería a esa intimidad del matrimonio que llega hasta hacer común un mismo lecho. Oh, no, jamás, jamás, jamás: preferiría morir mil veces antes que consentirlo. Si se sometía a vivir en la misma casa con Enrique; a no hacer público el escándalo por medio de una separación, era sólo por su hijo y por su padre, sobre todo por su padre, cuya angustia la desesperaba y a quien mataría el estruendo de una pública campanada.

Durante estos días de vivo dolor para Faustina, Enrique sufría también todo el desagrado de su situación, pero estaba más tranquilo por haber escapado a la vergüenza de una explicación personal con su esposa. Faustina no le había dirigido una palabra a este respecto. Cuando se encontraban solos permanecían silenciosos y graves: él casi tímido y ruboroso, y ella fría, muda, altiva.

Este prolongado silencio tuvo que romperse al fin, pues el señor B., que visitaba poco la casa de su hija en los días que era feliz, ahora en su desgracia, la veía con frecuencia y en esos momentos la conversación se hacía general. Cuando se encontraban en presencia de otras personas, Enrique se esforzaba por aparecer tranquilo, amable y hasta galante con Faustina, a fin no sólo de desvanecer las sospechas de las gentes respecto al estado de su matrimonio, sino, y esto era lo principal, de ir obteniendo poco a poco el perdón y el cariño

de su esposa. Pero cuando quedaban solos enmudecían como por un tácito acuerdo.

Transcurrieron así algunos meses en esta lucha de dos personas que se aman, pero que un agravio recíproco aleja. Muchas veces Enrique hubiera caído de rodillas a los pies de Faustina implorando su perdón y el olvido de lo pasado, jurando que jamás volvería a delinquir y asegurando que no era tan culpable como ella imaginaba en su inocencia y su candor. Pero el conocimiento que tenía del carácter de su esposa le hacía desistir de estos propósitos y encontrar inútil una humillación.

Sin embargo, le agradecía su silencio y discreción para no hablarle jamás de aquella noche terrible, y este silencio doloroso elevaba moralmente a Faustina ante sus ojos. Creyóse obligado a evitarle todo disgusto y hasta las sombras de nuevas sospechas, modificando por completo su género de vida. Se retiró del club y hasta de sus amigos, reduciendo su número a los más serios, a los que podían inspirar más confianza a Faustina. Almorzó y comió en su casa todos los días y de noche se recogía a la hora del té. Se hizo más atento, más tierno, más obsequioso que nunca, pero sin abandonar la timidez y reserva en que lo había colocado su situación. En esta vida de privaciones y de esfuerzos, gozó de una satisfacción noble y pura. Se imaginaba haber andado mucho en el camino de una reconciliación.

Desgraciadamente, Enrique se hacía ilusiones respecto de su situación. Estimando en mucho sus sacrificios, juzgando que su vida de casado era de lo más

correcto, llegaba a impacientarse porque no se admiraba y agradecía su irreprochable conducta. Sofocó, sin embargo, su despecho, temiendo que la menor imprudencia le hiciera perder las ventajas que suponía adquiridas y provocar la tempestad que tanto le costaba evitar.

Y en verdad, Faustina no agradecía en lo menor todos estos esfuerzos por complacerla. La debilidad de Enrique le parecía un indicio de sus faltas. Era amable porque era falso. Hubiera querido ser subyugada por un carácter atrevido y firme, y no verse constantemente desarmada por aquella cobardía sumisa que ocultaba el engaño y la traición. A veces llegaba a creer que toda aquella ternura era una burla. La menor contrariedad, la más insignificante palabra la exaltaba, y si no hacía explosión era porque ante ella todas las lenguas enmudecían y todas las frentes se inclinaban. La idea del inmenso disgusto que daría a su padre una ruptura con Enrique, la obligaba también a calmar sus cóleras.

Durante esta primera época Rosalía había sido la sola confidente de los pesares de Faustina, pero a medida que su carácter se hacía más irascible ya no le bastaba la amarga satisfacción de ser compadecida por una sola persona. Poco a poco fue informando de su desgracia a sus más íntimas relaciones, y con la violencia de sus sentimientos exageraba su situación, a la vez que pintaba de una manera monstruosa los vicios y defectos de su marido. Como le observara Rosalía que esto no era propio y que si Enrique había cometido alguna falta su conducta presente era irreprocha-

ble, pues se recogía temprano todas las noches y muchas veces no salía de su casa, quiso tener pruebas evidentes de la falsedad de su arrepentimiento y le hizo espionar a toda hora y por todas partes. Al principio el espionaje no dio resultado alguno favorable para la causa de Faustina: Enrique iba de su casa a su escritorio; si salía de ahí era para dirigirse a un banco, a un almacén, a cualquier lugar público. Esto contrarió a Faustina. Seguramente sus agentes eran unos torpes o habían sido comprados por Enrique; a veces los reprendía y otras los exhortaba a servirla con celo, de lo contrario serían despedidos. Los pobres diablos comprendieron al fin su negocio y le referían inventadas sorpresas: ya era una carta que había recibido de manos de una mujer sospechosa; o una dama, muy cubierta, que le esperaba en sitio apartado y solitario, y con la cual había subido a un carruaje. Estas relaciones mantenían sangrando la herida de Faustina. Sus celos y su despecho llegaron a ser en ella una enfermedad endémica. Subió a tal grado su fiebre, y su locura, que de noche, después que Enrique se retiraba a sus habitaciones, ella velaba hasta una hora avanzada, esperando verle salir furtivamente; pero jamás se realizó este deseo de su demencia.

Mientras tanto, Enrique esperaba con impaciencia ver llegar el momento de una reconciliación; pero sus ilusiones se desvanecieron ante la frialdad inmutable de Faustina. Muchas veces le pareció encontrarse en el instante oportuno, cuando se enternecía por alguna ocurrencia de su hijo, cuando después de una visita del señor B. quedaba más comunicativa; pero a la primera

insinuación, ella se alzaba altanera fijando en su esposo una mirada orgullosa y despreciativa que lo detenía en su intento.

Un día, durante el almuerzo, Luchito, como un hombre que no puede guardar un secreto por más tiempo y con esa gravedad encantadora de los niños inteligentes y precoces, dijo a Faustina:

—Dime una cosa, mamá.

—¿Qué? —respondió ella con emoción y casi adivinando el objeto de la pregunta.

Enrique, en suspenso, esperaba la palabra del niño, creyendo que tal vez iba a procurar la ocasión de reconquistar a su esposa.

—¿Por qué no eres la misma con mi papá? ¿Por qué están disgustados tanto tiempo?

Al oír estas inocentes quejas, todos los amargos recuerdos de Faustina renacieron al instante y recobraron súbito vigor.

—¿Por qué? —repitió la joven— porque tu padre ya no es el mismo, porque ya no me ama... —y añadió—: ¡Si supieras lo que ha hecho!

Y como ahogada por la emoción que experimentaba al confesar a su hijo esa verdad terrible rompió en sollozos desgarradores.

El niño echó también a llorar.

Enrique, pálido, temblando, trataba de calmar aquel dolor que desgarraba su corazón; pero sus súplicas eran inútiles.

Madre e hijo, abrazados, confundían sus sollozos. Entonces él llegó a impacientarse al ver la impre-

sión que semejante escena había en la servidumbre. El sirviente que servía a la mesa permanecía de pie contemplando severo ese drama íntimo, y los demás se habían agrupado cerca de la gran ventana del comedor que daba al jardín del segundo patio, con el oído atento, listos para no perder la menor frase.

Enrique, indignado, los hizo retirarse.

Después fue necesario conducir a Faustina a su dormitorio.

El estado de su hijo la obligó a calmarse.

El niño parecía dominado por un terrible pesar. Los sollozos casi le ahogaban. Enrique, como un loco, lo paseaba entre sus brazos y lo tranquilizaba prometiéndole que todo se arreglaría... Faustina, muy asustada, lo hacía beber agua con azahar.

El niño se tranquilizó un poco; pero entre sus sollozos más tardíos dirigía siempre a Enrique estas palabras.

—Sí, sí, es cierto: ya no quieres a mi mamá...

Se le sentó en su lecho, se le rodeó de todas las atenciones, y lentamente, como un convaleciente de larga enfermedad, fue recobrando la calma.

Un inmenso cariño renacía en él hacia sus padres: quería tenerlos a los dos juntos al lado de su lecho. Faustina se sometió con dulzura a este tierno capricho, concediendo una ligera tregua a sus resentimientos.

En la tarde, cuando la crisis hubo desaparecido y el niño sonreía ya, Enrique se acercó a Faustina y trató de tomarle una de sus manos, que la joven retiró bruscamente.

—¿Esto no va a terminar jamás? —dijo él con

tierno y cariñoso acento—. ¿Es posible vivir así eternamente?

—Tú lo has querido —contestó la joven recobrando su altanera actitud.

—Pero toda falta se castiga y se perdona: yo he recibido ya mi castigo. Perdona, Faustina. Perdona.

—Jamás —repitió ella tratando de retirarse.

El la detuvo con alguna violencia.

Estaba colérico ante esta resistencia tenaz, pero trataba de dominarse y sonreía nerviosamente.

—Reflexiona un momento en nuestra situación, Faustina: piensa en tu hijo, en la vida de aislamiento y de desesperación a que me condenas. Piensa que esto no puede prolongarse para siempre.

—¿No has dejado de amarme? ¿No has ido a buscar la felicidad en otra parte? ¿No me has dado por reemplazante a esas dignas mujeres con quienes pasas la vida?

—¿Con quiénes paso la vida?

—Sí, sí —repitió ella exaltada y rabiosa—. Eres un miserable.

Al oír estas palabras, Enrique, lívido de cólera tuvo un arranque de violencia que por fortuna reprimió al instante.

Faustina, frente a él parecía provocarle a un acto de demencia. Estaba inconocible: con sus mejillas cárdenas por la irritación que la dominaba, su seno hinchado y palpitante y su cabellera un poco desordenada. En ese momento, si no hubiera sido por su belleza y su traje elegante, se la habría podido confundir con una mujer plebeya: toda la gracia y distinción de su

persona habían desaparecido. Estaba ordinaria y monstruosa.

Enrique, asombrado ante esa transformación que lo hería por primera vez, tuvo miedo y trató de apaciguar con su calma la tempestad que veía venir.

Su carácter violento y débil era incapaz de dominar una escena semejante.

—Está bien, señora —dijo, al fin, con una resolución que parecía inexorable—, todo ha concluido entre nosotros. Puede usted tomar el camino que quiera. Por lo que a mí toca, juro que nada me volverá a unir a usted.

Y salió de la habitación resuelto a no ver jamás a Faustina, a alejarse para siempre de ese hogar que se había transformado en un infierno.

8 Con el corazón henchido de despecho, Enrique penetró nuevamente en los salones del club que por tanto tiempo había abandonado. Fue recibido con estrépito por sus antiguos camaradas, en cuyo centro ingresaba enfermo y lleno de hastío, resuelto a hacer la vida de un hombre soltero. Para celebrar su reaparición en el **high life**, se le dio esa noche un banquete improvisado. Pero en medio del estruendo y la alegría, estuvo triste, sin poder olvidar a Faustina, a la cual creía perdida para siempre. Su vanidad, sin embargo, estaba halagada por el espléndido recibimiento de que era objeto. Sus amigos lo querían, y esto era algún consuelo en medio de sus desgracias.

Cuando abandonó el club, el fastidio y el desencanto invadieron otra vez su alma. Se reprochaba su condescendencia y debilidad, creyendo que el mejor medio de castigar a Faustina sería continuar la vida formal y casi austera que había adoptado. Pero, ¿de qué le había servido su completo retiro del mundo, su abstinencia de seis meses? De nada. Cuando se creía digno de ser perdonado, su juez inexorable no había tenido para con él una sola palabra de clemencia, y al contrario había sido cruel, injusto y hasta grosero. Su conducta ¿era digna de tanto vilipendio? Ah, conocía a los hombres, y sabía que entre los buenos era él de los mejores.

Vacilaba sobre el camino que debía seguir, cuando llegó a su casa y sin hacer ruido entró en sus habitaciones. Eran las dos de la mañana. Todo dormía sumido en el silencio y en las sombras, pero a través de los cerrados postigos del dormitorio de Faustina veíase un ligero rayo de luz. Ella velaba esperando su regreso. Pero no velaba para correr cariñosa hacia él, como en otro tiempo, sino sólo para sentir de lejos sus pasos.

¿Cómo se explicaba esa cólera, ese odio profundo con esta vigilancia de todas las horas? ¿Era amor o celos lo que dominaba a su esposa? Su corazón se compadeció, olvidó los insultos recibidos y se abrió otra vez a la esperanza. Al fin, él era el culpable y debía sufrir las consecuencias de su conducta desleal. "Si en lugar de ser yo el infiel hubiera sido ella... —se dijo—. Oh, la habría muerto. Y sin embargo Faustina nada me ha dicho y sólo hoy ha hecho explosión su cólera. Seamos justos. Faustina tiene razón". Y resuelto a seguir esta

vez la vía recta, se acostó en su antiguo lecho de soltero, lleno su corazón de los más generosos propósitos. Al día siguiente amaneció alegre. La mañana estaba bellísima y el sol alumbraba con extraordinaria riqueza de luz el boscoso jardín de la casa. Enrique penetró por las estrechas avenidas rozando su cabeza en el ramaje de los copudos árboles y de las enredaderas en flor. Al ruido del follaje algunasavecillas se escaparon; él las hubiera querido detener; pero siendo esto imposible, se entretuvo largo rato contemplando el vuelo bullicioso de los pajarillos que revoloteaban de rama en rama. Una suave corriente de voluptuosidad y juventud llenaba su alma. Cortó algunas de las más hermosas flores e hizo con ellas un gran ramillete desordenado y sin arte, pero rico en colores y en aromas.

Oculto entre las enredaderas, que como un inmenso cortinaje cubrían el corredor, envolviendo las columnas y trepando sobre las cornisas, lo contemplaba Luchito.

Al ver por primera vez a Enrique arrancar las flores del jardín, corrió muy alarmado donde Faustina y, con voz jadeante, le dijo:

—Papá está arrancando las flores.

—Las habrá ofrecido —contestó ella.

Enrique colocó el ramillete en la mesa del comedor, junto al sitio de su esposa.

Pero, a la hora del almuerzo, Faustina no se presentó en el comedor.

Enrique, silencioso y resignado, se sentó entre su hijo y Rosalía.

Una especie de sorda cólera volvía otra vez a roerle las entrañas ante aquella resistencia tenaz que concluiría por alejarle de su casa y hacerle odioso su hogar.

Por un instante lo dominó cierta energía y, asumiendo el papel de jefe y de dueño de su casa, dijo a Rosalía:

—Di a Faustina que venga a almorzar.

Pronto regresó Rosalía con la respuesta.

—Dice que no viene y que ya no vendrá nunca más.

—Pues bien —dijo Enrique levantándose de su asiento—, yo también no vendré nunca más.

Y salió de la sala con toda la gravedad amenazante de un hombre resuelto a cumplir lo que promete, sin detenerse ante los llamados de su hijo y sin que al parecer le enternecieran sus lágrimas:

—Es imposible, es imposible —repetía Enrique apretando los dientes de rabia—. No hay propósitos que valgan. Esto no tiene remedio.

Se creía humillado y castigado hasta el exceso. Un ciego despecho, nacido de la idea de que se cometía con él una grande injusticia, oprimía su corazón, y vehementes deseos de venganza lo hacían sonreír acariciándolo en su dolor.

Pensaba que en la situación en que se le había colocado no era responsable de lo que hiciera para consolarse y distraerse, pues no estaba dispuesto a hacer eternamente el papel de anacoreta y de conciliador que con tan poco éxito desempeñaba desde hacía seis meses. Su existencia era triste y monótona. Un barniz de súbita y anticipada vejez principiaba a cubrir su rostro.

Contemplándose al espejo esa mañana, descubrió en su bigote una que otra cana, brote, no de sus años, sino de sus pesares. Una especie de ardor juvenil parecía invadirle, como invitándolo a aprovechar bien el plazo no muy largo de goces que aún le quedaban.

Distraído y dejándose guiar por sus pensamientos, caminaba sin rumbo fijo. La idea de abrir su escritorio y entregarse al trabajo, le causaba profundo fastidio. Avido de impresiones, de sonrisas, de cariños, aun cuando fueran fingidos, saboreaba con delicia el recuerdo de pasadas aventuras y anhelaba volverlas a encontrar. El grupo de los brillantes calaveras, de cuyo centro se había alejado, principió a seducirle con su inagotable buen humor, y las ocultas comidas hechas en el cerrado gabinete de un hotel o bajo el misterioso ramaje de los árboles, en las que se alternaban el champaña y la risa, despertaban en él una suave voluptuosidad.

Dominado por estos deseos que tan violentamente se despertaban en él, se dirigió a casa de uno de sus mejores amigos, por lo menos del que más le agradaba por su carácter jovial y franco. Había dejado de visitarlo desde lo desgraciados sucesos de su matrimonio. Camilo era uno de los concurrentes a la comida de la quinta, cuando Faustina hizo el gran descubrimiento, y Enrique había creído necesario separarse de él, como de los demás, a fin de tranquilizar a su esposa y de no despertar en su ánimo el recuerdo de aquella horrible sorpresa. Camilo se explicó así también el alejamiento de su amigo, y sin tocar jamás este punto desagradable, se resignó silencioso a esta separación impuesta por una dura y cruel necesidad; pero estimaba a Enrique,

prefería su amistad y su charla a la de los otros camaradas, y esperaba reanudar con él los lazos de la cariñosa intimidad que en otro tiempo los unieran. Al ver a Enrique se sonrió como si esperara su visita, y luego, señalándolo con el dedo, exclamó:

—El resucitado. ¿Cómo has podido levantar la pesada losa de tu sepulcro?

—Con mis propias fuerzas —exclamó Enrique, asumiendo la actitud de quien acaba de conquistar su libertad.

Camilo miraba a Enrique y reía, pero con una risa que no era ofensiva.

—Verdaderamente —dijo Camilo poniéndose serio—, en tu carácter, aquello debió molestarte mucho. Y al fin ¿cómo te has arreglado?

—No me he arreglado todavía.

—¿En tanto tiempo?

—En tanto tiempo.

—Has debido conducir muy mal tus cosas.

—Lo mejor que he podido.

—Yo al mes estaba arreglado. Mi mujer y yo dormíamos tranquilos.

—Eso depende del carácter de la mujer.

—No: del carácter del hombre.

—Pero ¿cuál es tu receta?

—Dejarlas tranquilas, que hagan uso de la más completa libertad de indignarse. Concederles el derecho de gritar, de llorar y hasta de insultarnos, mientras uno se hace el asombrado de que se incomoden por tan poca cosa. Pero nunca se las abandona completamente a su desesperación, ni se pierden los derechos de esposo.

Al fin de un mes, la mujer se ha desahogado, sus rabias ceden, se imagina que el esposo que le ha tocado es una bestia inconsciente y lo aceptan resignadas con este defecto. Pero el hombre que en ese crítico momento pierde su calma y se anonada, el que palidece y baja la vista dando a entender que comprende mejor que nadie la enormidad de su delito, el que entra en puntillas al dormitorio de su mujer y pregunta en voz baja por el estado de sus nervios, ése está perdido. Lo dominan y le imponen la ley del más fuerte.

—Yo he hecho más o menos lo que tú me indicas, sin obtener el menor resultado favorable.

—Más o menos no sirve: es necesario ceñirse estrictamente al programa.

—Pero si Faustina es una mujer excepcional.

—Todos los maridos dicen lo mismo de su mujer: créelo, la mía también es excepcional.

—Y luego, deben tomarse en cuenta los antecedentes, la opinión que la mujer tiene del marido: Faustina me creía un ángel.

—Esa horrorosa opinión ha sido para ti una verdadera desgracia: mi mujer siempre me creyó capaz de cometer un pecado mortal, de consiguiente, cuando supo que delinquía, su asombro no fue tan grande. Ya ves como esta mala opinión me ha sido muy favorable.

Enrique parecía entristecido. Envidiaba el carácter ligero y zumbón de su amigo, que trataba con la misma indiferencia los asuntos más graves como los más triviales.

Era éste un defecto que acusaba en él muy poco

sentimiento y muy poca moral, pero este defecto lo había salvado; y él con todas sus virtudes estaba arruinado.

Camilo comprendió lo que pasaba en el interior de su amigo y quiso consolarlo.

—¿Nos ponemos en marcha? —le dijo.

—Sí, eso me vendrá bien: necesito andar y respirar mucho aire.

—¿A dónde iremos?

—Donde tú quieras.

Camilo tomó su sombrero, y mientras pasaba a su ropa una suave escobilla, se acercó a Enrique en actitud confidencial.

—Estas situaciones son desagradables —le dijo— pero tienen para nosotros su lado ventajoso.

—¿Cuál?

—Generalmente las mujeres no engañan a los hombres que las engañan. Recorre la lista de los más grandes tunantes. La inmensa mayoría tienen una esposa de una honorabilidad a toda prueba.

—¿Y bien?

—Que es alguna compensación por lo que nos hacen sufrir.

Enrique no pudo menos que lanzar una carcajada ante aquella inmensa satisfacción que convertía en provecho propio tanto los buenos como los malos actos de la vida.

Se pusieron en marcha tomados del brazo, como dos amigos que se confían recíprocamente las intimidades de su vida.

Caminaban sin rumbo fijo, cuando Camilo se vol-

vió bruscamente y fijó una mirada curiosa en el interior de un coche que pasaba.

Era uno de esos carruajes americanos, de caja cuadrada como la de un vagón, y cuyos grandes vidrios permiten ver fácilmente a las personas que conducen.

Una sonrisa franca y amable se dibujó en los labios de Camilo.

—¿Quién es? —preguntó Enrique.

—Mira —le dijo Camilo.

Y le indicó el gran vidrio de atrás sobre el cual se agrupaban dos cabezas femeninas que parecían disputarse el sitio para observar mejor a los dos jóvenes.

—¿No es Amalia? —murmuró Enrique, aparentando no reconocer del todo a su antigua amiga.

—La misma.

—Pero está más joven.

—¿Y por qué había de estar vieja? ¿No sabes que es el corazón el que nos hace envejecer antes de tiempo? Y cuando no se tiene...

El carruaje había detenido su marcha, caminaba lentamente; las personas que conducía esperaban que ellos se acercaran.

—¿Sabes que es linda la muchacha que acompaña a Amalia?

—Ya lo creo —contestó Camilo con entusiasmo—. No hay en Santiago un rostro más interesante. Y si tú la vieras de cerca y la trataras, te volverías loco.

El carruaje se detuvo, y Camilo se dirigió a él resueltamente mientras Enrique, a alguna distancia, dirigía a su alrededor miradas intranquilas para ver si alguien los observaba.

—No hay cuidado —le gritó Camilo—, ven sin temor.

Enrique se acercó a tiempo que una mano enguantada abría la portezuela.

—Sube —le dijo Camilo.

Enrique, para abreviar aquella escena, dio un salto al interior del carruaje. Camilo imitó su ejemplo.

Cerróse la puerta con estruendo y los caballos se pusieron en marcha con velocidad, al mismo tiempo que Amalia con una risa exagerada y nerviosa, se felicitaba de tan dichoso encuentro.

9 A fines del mes de octubre, cuando los campos se hermo세aban con las galas de una exuberante primavera, Luchito, cuya existencia débil y raquítica era la de un eterno convaleciente, sufrió de improviso una grave recaída.

Desde los dolorosos sucesos que produjeron en el feliz hogar de Faustina el desorden y la ruina, el niño parecía preocupado y triste. Acostumbrado a ver alrededor de sí sólo el amor y la dicha, a ser el ídolo de sus padres, sentía ahora todas las consecuencias de tan tremendo cambio. Por primera vez veía sufrir y llorar a su madre, y a su padre adusto e indiferente. La alegría de aquella casa feliz se había cambiado en duelo, y él, tan agasajado y querido, había pasado a ser un objeto indiferente. El niño sentía sobre sus débiles espaldas el peso de aquel desplome inmenso. Sensible y

delicado como era, este cambio súbito influyó en su salud. Todas las alternativas de la nueva vida que se desarrollaba a su alrededor lo herían en lo íntimo de su corazón. Las tristezas de su madre, los disgustos violentos que tenían lugar, las ausencias prolongadas de Enrique y su actitud reservada y fría, todo le causaba profunda pena. Ya no era amado como antes y sus padres no eran felices.

Estos pesares que el niño sentía sin explicárselos, desarrollaron en él una negra melancolía. Con motivo de su enfermedad no se le mandaba al colegio, y por la misma causa se le prohibía jugar, porque se agitaba demasiado, y hasta pasear por el jardín, porque había sol y humedad. Luchito, que hasta entonces vivía a influjo del amor de sus padres, que creaban a su alrededor una atmósfera de tibias caricias, semejante ahora a una planta enfermiza, privada de calor y frío, decaía y se marchitaba. Y lo más doloroso era que nadie notaba que el niño dirigía hacia la tumba sus débiles pasitos.

Faustina, después de la violencia de sus celos, que parecía haber extenuado su poderosa naturaleza, buscaba en la religión un consuelo a sus desgracias. Cuando era feliz, sus prácticas católicas se reducían a lo menos que la iglesia exige de sus fieles: oír misa los domingos y días de fiesta y confesarse una vez en el año. Sus deberes sociales y las agitaciones de su vida de placer le impedían hacer más, pero ahora su vida entera se consagraba a Dios. Sumergíase en los éxtasis de esta nueva pasión con toda la vehemencia de que era capaz su alma ardiente y apasionada. Sentía una delicia inefa-

ble, y olvidaba su situación de mujer abandonada al escuchar las celestes armonías que subían al cielo envolviendo las columnas y la cúpula del templo con su eco vibrante. La luz rosada y azuleja que penetraba a través de los cristales de las ventanas, llevaba hasta su alma acongojada un rayo de esperanza. Cada día se sumergía más en esta vida de misticismo, pasando más tiempo en la iglesia que en su casa. Absorta en los goces ideales de su nueva pasión, no veía los estragos que hacía en su hijo la misteriosa enfermedad que le aquejaba desde su nacimiento, y la costumbre de contemplarlo siempre débil y enfermizo velaba ante sus ojos la terrible verdad.

Fue necesario una escena inesperada para que Faustina comprendiera la inminencia del peligro.

Una mañana el señor B. llegó a la casa de su hija y como de costumbre en esta última época, no la encontró, pues estaba en la iglesia. Luchito, taciturno y soñoliento, yacía recostado en un sofá. El señor B. se acercó a él silenciosamente y lo contempló un instante, entristeciéndose ante su debilidad y flacura. El niño despertó y quiso levantarse pero no tuvo fuerzas y volvió a dejar caer la cabeza sobre el almohadón. Entonces el señor B. notó el brillo extraordinario de sus ojos y las manchas rosadas que cubrían su mejillas. Muy alarmado tomó al niño entre sus brazos, a tiempo precisamente que Faustina entraba en la sala.

—Este niño está enfermo— le dijo—. ¿No lo ves? Gravemente enfermo.

Faustina, como si despertara de un sueño, abrió los ojos y fijó en su hijo una mirada llena de pavor.

—¿Qué tienes? —le dijo con profundo espanto—
¿qué sientes, qué te duele?

Y arrancándolo de los brazos del señor B., lo confundía a cariños y a preguntas.

Después, presa de un terrible presentimiento, echó a llorar.

Luchito, fortalecido por estas muestras de ternura que no veía hacia algún tiempo, sintió circular por sus venas el calor de una nueva vida.

Dominó su abatimiento y dijo con voz serena:

—Nada, mamá, nada: no me duele nada.

Esta respuesta tranquilizó a Faustina, pero su mirada de madre se fijaba con angustia en el rostro del niño.

El señor B., que sabía hay enfermedades que no duelen pero que roen secretamente, dijo a su hija que era muy posible que el niño nada sintiera pero que eso no disminuía la *gravedad* de su estado.

Ese mismo día Faustina reunió algunos médicos, los que eran mejores a su juicio y que el señor B. le indicaba como sobresalientes.

Todos, menos uno, auscultaron al niño, mostrándose intranquilos después del examen. Estaban de acuerdo respecto del diagnóstico. Y como era necesario recetar y decir algo, uno de ellos tomó la palabra y dirigiéndose indistintamente a Faustina y al señor B., que estaba presente:

—La curación de este niño —dijo— es más obra de la naturaleza que de la ciencia. No lo mantengan en el lecho, pues el calor de las sábanas lo consumiría. Necesita de una libertad que sea vigilada... que jue-

gue, que corra un poco, que ría, que se distraiga. Alimentarlo muy bien. Sobre todo el campo: un lugar a cierta altura sería uno de los medios más eficaces de curación.

—¿San Bernardo? —preguntó Faustina.

—Sí, el clima de San Bernardo le probará mejor que el de Santiago.

No era la primera vez que los médicos recomendaban a Faustina un temperamento semejante para su hijo, pero en otra época le habría sido muy difícil y molesto permanecer largo tiempo en el campo o en un pequeño pueblo de provincia, lejos de Enrique que por sus ocupaciones no podía abandonar a Santiago. Hoy esta proscripción la aceptaba con verdadero placer. La idea de alejarse de Enrique, llevando consigo a su hijo enfermo, le pareció un acto de venganza y de castigo que lo haría sufrir. La terrible herida de su corazón estaba muy lejos de cicatrizar: al menor incidente se abría y manaba sangre. Todas las desgracias las aceptaba casi con placer, siempre que alcanzasen al traidor.

Tres de los cuatro médicos que constituían la junta, se habían retirado; el otro conversaba con el señor B. en la sala vecina. El abuelo, dominado por dolorosa ansiedad, quería informarse de la verdadera situación del niño, y escogió para ello al doctor que le pareció más franco y más serio.

A las primeras palabras que se cruzaron entre estos dos hombres, el señor B. quedó satisfecho de su elección.

—Yo no quisiera ser médico —decía el doctor—

sólo por no ver a los niños enfermos. Es algo que destroza mi corazón, sobre todo cuando me creo impotente para salvarlo. Que termine la vida de un hombre que ya ha hecho su carrera, que por sus años se acerca el fin, eso es natural; pero que muera un niño, que siempre es una esperanza y en el que se ven tantas promesas, es un atentado y un crimen...

—Es verdad, es verdad —repetía el señor B.— siento lo mismo: la muerte de un niño es algo que jamás se olvida y que siempre se llora. Y en este caso, doctor, ¿qué piensa? ¿Es una enfermedad incurable la de este niño?

—¿Es usted de la familia?

—Sí, pero no soy su padre y a mi edad se pueden oír todas las verdades. Dígame francamente lo que tiene.

—Una tisis laríngea.

El señor B. palideció.

—Pero usted no lo ha auscultado como sus demás compañeros —dijo el señor B. buscando en sus propias palabras un consuelo o una esperanza.

—He creído inútil hacerlo —dijo convencido el doctor—: me ha bastado contemplar el ansia con que acaba de devorar unas frutillas y ver sus manos flacas en las que las uñas se levantan como prontas a separarse de la piel, para saber lo que tiene.

—Según eso ¿no hay remedio posible?

Y el señor B., pendiente de la respuesta, casi no respiraba.

—La edad es una esperanza —dijo el doctor.

—Lo dice usted para consolarme.

—Ya ve usted como no se puede decir siempre toda la verdad. Usted es más que un pariente.

—Sí, soy su abuelo.

El señor B. vio al doctor algo confuso, y como no le agradaba hacer dramas, se apresuró a decirle:

—Doctor, si el niño se salva lo deberá a sus conocimientos. Es usted un hombre de corazón y hará por él, o más bien dicho por nosotros, cuanto esté a su alcance.

—Tengo una desconfianza tan inmensa en mis fuerzas, que me arredra la responsabilidad.

—Nadie hará más que usted, doctor.

Y los dos hombres se estrecharon las manos como si hubieran firmado un contrato solemne, en el que la ciencia iba a entrar en lucha contra algo que era casi invencible. Era éste un detalle nimio de la gran vida de la naturaleza, pero para el señor B. tenía tal importancia que le parecía se trataba de la suerte de toda la humanidad.

El señor B. presentó el doctor a su hija, diciéndole:

—Ten confianza en él: la vida del niño está en sus manos.

—Sí —replicó ella—, después de Dios.

Se hicieron con precisión los preparativos del viaje. Toda la servidumbre debía trasladarse a la gran quinta que Enrique poseía en San Bernardo, y que la familia había visitado sólo una vez. La casa de Santiago quedaría al cuidado de una vieja llavera. El señor B. prometió a Faustina que iría todas las semanas a acompañarla por varios días.

En todos estos arreglos no se trataba para nada de

Enrique, como que desde algún tiempo hacía en la casa el papel de un huésped, de un alojado que entraba y salía por instantes. El doctor había declarado que este viaje no era necesario pero Faustina insistió ponderando las ventajas de aquel aire más puro y seco. Su oculto propósito de venganza entraba muy principalmente en esta preferencia. No creía en el estado de suma gravedad de su hijo, porque estos trajines y proyectos de paseos habían alegrado el ánimo del niño haciendo renacer su perdido apetito. Y como nada sufría y dolor alguno le molestaba, Faustina lo creía muy lejos de un gran peligro. Más que la salud de su hijo tan querido le preocupaba el golpe que recibiría su marido cuando llegara a la casa y la encontrara desierta, recibiendo al mismo tiempo la noticia de que Luchito estaba muy mal, casi sin remedio, como ella había tenido cuidado de repetirlo a la servidumbre para aumentar todavía la fuerza del golpe que le asataba. Enrique se había ido por seis u ocho días a un lugar de baños y era necesario que a su regreso no la encontrara.

A la mañana del día siguiente tomó el tren que debía conducirla a su nueva y campestre residencia, llevando consigo todo el inmenso equipaje que arrastra una familia opulenta, junto con una numerosa e inútil servidumbre. La marcha se había hecho con tanta precipitación y los preparativos tan sin orden que no se sabía cómo ni dónde iban a comer ese día y a dormir esa noche. Pero el gran pensamiento era que la casa estuviera solitaria para el día siguiente, fecha del regreso de Enrique.

Cuando llegaron a la gran quinta fue aquello una sorpresa para el jardinero y la familia que cuidaba de ella. Nada se les había comunicado sobre el arribo de la señora. Las piezas estaban sucias y no había sino una, amoblada con sobrada modestia, pero toda esta pobreza y falta de preparativos agradó a Faustina.

A pesar de las desgracias que la abatían, su marido perdido y su hijo en peligro, sentía renacer en su corazón algunas emociones juveniles en presencia de aquellos campos hermosos y cubiertos de verdura, de esas alamedas sin fin, de esos pobres suburbios transformados en vergeles, de esas fincas cerradas con bajas tapias por sobre las que caían a la calle las ramas de los arbustos floridos. Le pareció que toda la gente que vivía sin ambición y sin ruido bajo esos humildes techos era feliz, y por un instante la dicha que suponía en los demás penetró en su alma llenándola de una pura delicia.

Luchito, dejando a un lado la afectación y el estiramiento con que en Santiago se enseña a vivir hasta a los niños, marchaba solo por las empolvadas y solitarias calles del pueblo, sin querer aceptar el auxilio de nadie, libre, feliz, expansivo y creyéndose ya bueno.

La quinta, aunque muy descuidada, era bastante hermosa y extensa. La fachada tenía un solo piso; pero en el interior se alzaba un segundo afectando las formas de un pabellón. En este departamento se instaló Faustina con su hijo y Rosalía. La servidumbre tomó las habitaciones del primer piso, en el que se arregló también el comedor. Desde las ventanas del dormitorio de Faustina se tenía una hermosa vista: en primer térmi-

no el boscoso jardín de la quinta y de los huertos vecinos, y después una vasta sábana de verdura que se extendía hasta las montañas en cuyas faldas se divisaban algunos trigales, pequeños sembradíos de hortalizas y viñedos que trepaban los cerros, deteniéndose fatigados cerca de las cumbres. Un triste silencio, el silencio de los pueblos agrícolas, dominaba el extenso panorama. Sólo se oía de cuando en cuando el ruido pesado de los trenes y el silbido de las locomotoras que anunciaban su eterno viaje para el norte y para el sur, con una regularidad matemática.

Tanto agradó a Faustina este lugar, que acarició la idea de vivir siempre en él. No lejos de sus ventanas se alzaba un grupo de negros cipreses que daban sombra a un banco de piedra. Una armonía triste y soñadora envolvía este sitio. A Faustina le pareció eso una tumba, y la idea de la muerte pasó por su mente sin causarle espanto, agradándole ser enterrada ahí, en el mismo lugar en que yacía el viejo banco de piedra.

Dos días después de instalada Faustina en su nueva residencia, la visitó su padre en compañía del doctor a quien había encargado la curación de su nieto.

Era un domingo por la mañana, y al atravesar el carruaje por la plaza, vieron a Faustina que salía de la iglesia acompañada de su hijo. Detuvieron los caballos y la invitaron a subir, y todos juntos se dirigieron a la quinta.

El doctor no había fijado su atención en Faustina la primera vez que la visitó. Preocupado por los diversos incidentes a que daba lugar la junta con sus demás colegas y distraído con la charla del señor B., vio sólo

a la madre afligida y llorosa, medio oculta en un extremo de la sala. Pero ahora, sentado frente de ella, tocando casi sus rodillas en el interior estrecho del carruaje, alumbrada la escena con toda la luz del medio día, no pudo menos de asombrarse en presencia de su extraña belleza. Jamás el rostro de una mujer lo había impresionado tan profundamente.

Pasaron un día que para todos fue muy agradable. El niño, con el cambio de temperamento y algunos remedios del doctor, se encontraba muy bien: estuvo tan alegre que jugó con su médico, uniéndose a él con la amistad más estrecha.

En la tarde el doctor regresó a Santiago, dejando en todos los habitantes de la quinta la impresión más favorable.

El señor B. quedó acompañando a su hija por algunos días.

El doctor debía volver los jueves y domingos a visitar a su enfermo.

10 Cuando Enrique regresó a su casa, después de una corta excursión balnearia, encontró cerradas las habitaciones de Faustina.

—La señora se ha ido a la quinta —le dijo la vieja llavera que estaba al cuidado de la casa—: el niño está enfermo y los médicos le han recetado ese cambio de temperamento.

Enrique se alarmó al recibir esa noticia y pregun-

tó repetidas veces por la clase de enfermedad de Luchito, queriendo conocer todos sus síntomas.

La buena vieja, muy impresionada por el dolor de Enrique, olvidó las instrucciones de Faustina, diciendo que para ella el niño no estaba enfermo, que eran ardidés de los médicos para ganar plata y que, al contrario, el día de la partida lo había visto alegre como pocas veces.

—¿Y por qué no se me ha comunicado este viaje?
—preguntó Enrique.

La vieja arrugó el rostro y encogió los hombros, queriendo expresar así que ella ignoraba el motivo.

—¿El señor B. ha acompañado a Faustina?

—El señor está en su casa. La señora ha partido con doña Rosalía y los sirvientes. Sólo yo he quedado aquí.

—¿No te ha dicho algo de mí?

—No.

Enrique comprendió que nada había de serio en la enfermedad del niño y que ese viaje era uno de los muchos medios de hostilizarlo que empleaba Faustina desde algún tiempo. Sin embargo, deseó ver a su hijo e inmediatamente se habría puesto en marcha para estar a su lado a no haberse alzado de por medio su amor propio ofendido. No quiso dar a Faustina el placer de un triunfo y, al contrario, prefirió mostrarle con su indiferencia que comprendía su táctica.

A medida que Enrique meditaba en la conducta de su esposa, en los medios pequeños y ruines de que, según él, se valía para ofenderle, se ahondaba más el abismo que lo separaba de ella. Habían llegado a sus

oídos, exageradamente abultadas, las quejas de Faustina sobre su conducta y las palabras hirientes que empleaba para calificarla. Ahora, tal vez para presentarse en público como una víctima, se escapaba de su lado, llevándose a su hijo sin comunicarle una palabra.

Era esto la prueba más grande de altanería y hasta de desprecio hacia él.

Pero estaba resuelto: en esta ocasión no cedería como en tantas otras, y aun cuando la enfermedad del niño fuera verdadera, dejaría marchar libremente los sucesos, por tremendos que fueran. El no tenía obligación de saber nada desde que nada se le comunicaba.

La conducta del señor B. parecía también bastante extraña. Conocida la influencia que tenía sobre su hija, ¿cómo no le aconsejaba el olvido, el perdón, o por lo menos la clemencia hacia un hombre que la amaba, que en nada grave la había ofendido y cuya falta debía ser leve y disculpable para los hombres? Por todas partes se veía hostilizado. Su conducta débil, como se lo había observado Camilo, era la causa de su desprestigio y de su falta de autoridad en el seno de la familia. Se le trataba como a un espantajo, como a algo que no existe, o que hace reír. Era necesario probar que su falta de carácter no era tan completa y que aun quedaba en él un poco de dignidad y de altivez. Juró en su interior no ver a Faustina si no se le llamaba. Su ausencia haría sufrir a su hijo, cuyo carácter sensible y tierno, y muy amante para con él, le impresionaba dolorosamente, pero este mismo sufrimiento llegaría hasta Faustina y lo vengaría.

Durante varios días esperó Enrique con alguna

impaciencia un recado, una insinuación cualquiera de Faustina para que la visitara en su retiro. Sabía que no le escribiría pero no se imaginaba se le condenara al más completo silencio. Ni siquiera lo había visto el señor B. para darle noticias del pequeño enfermo. ¿Acaso ya no era el marido de su esposa ni el padre de su hijo? Y al verse tan combatido, él, que era sensible y amante, un rabioso deseo de venganza henchía su pecho y oleajes de caliente sangre azotaban su rostro. Hubiérase arrancado del corazón todo sentimiento noble, todo afecto amoroso hacia su familia. Hubiera querido ser malo, perverso, infame para que así se le condenara con justicia.

Esta hostilidad de que Enrique se creía víctima servía para disculpar su conducta ante su propia conciencia, pues habíase lanzado a una vida de disipación y de locura. Sus negocios descuidados lo habían hecho perder algunas sumas, de lo que culpaba a Faustina; sus gastos personales se triplicaban, a pesar de que su esposa gastaba ahora mucho menos, y para colmo de su infelicidad había elevado a la altura de una pasión uno de esos amores de cuarta y quinta mano, cuya conquista es la obra de un día.

Necesitando amar y ser amado, hastiado de la lucha de su hogar, un tanto ansioso de caricias y de placeres, encontraba un consuelo y un desquite a sus pesares en ese amor fácil, sin celos y sin molestias, que no le procuraba sino goces. Su querida tenía, como todas, una historia desgraciada, que había conmovido profundamente el sincero y poco experimentado corazón de Enrique, y al oír su relato, en el mismo lecho amo-

roso de la víctima, llegó a creer que había en el mundo muchas clases de virtud, la de la esposa honrada y fiel y la de la joven engañada, sin familia y sin defensa, que en su abandono siente el hambre y la desnudez y que, sin embargo, rechaza las ofertas de una vida abundante y cómoda.

En verdad Luisa no había resistido tanto pero la impresionable bondad del carácter de Enrique realzaba sus méritos, viendo una desgracia en cada flaqueza de la niña y una abnegación casi heroica en la defensa, débil por cierto, de su dignidad y de su pudor.

Luisa poseía con exceso las condiciones de esas mujeres que son materialmente adoradas: un rostro de contornos virginales con ojos claros, expresivos y candorosos; talle esbelto, flexible y rico en líneas, y curvas de extrema gracia. El seno un tanto abundante, revelaba que la niña se transformaba en mujer de mundo y de experiencia, a lo que se agregaba allá en el fondo, en el misterio, en el secreto de su vida, una voluptuosidad sin freno y sin rubor.

Era sobrina de Amalia, la antigua amiga de Enrique, que al descubrirla abandonada y pobre la recogió generosamente, colmándola de dádivas, con ese falso desprendimiento que es el anticipo de un gran negocio. Desde que la vio la destinó para Enrique, pensando muy cuerda y previsoramente que Luisa podría retener al hombre que se le había escapado a ella, lo que era lo mismo, pues todo quedaría en casa, es decir, el dinero.

Hacía tiempo que Amalia buscaba a su esquivo amante para deslumbrarlo con los destellos de esa joya falsa, y el día que paseando en carruaje lo encontró en

compañía de Camilo, casi enloquecida por el hallazgo, dijo al oído de Luisa que ése era el hombre a quien la tenía destinada.

Enrique aceptó la aventura con el corazón ligero, imaginándose que sería dueño de prolongarla a su arbitrio y ponerle fin cuando el hastío lo invadiera, pero la calculadora y graciosa muchacha supo retenerle a su lado más allá de toda previsión, probando una vez más el peligro que se corre en ese juego de las pasiones, en que muchos, creyéndose dueños de sí, entran seguros y risueños para salir con el corazón seco y las alas quemadas.

La situación de Enrique era muy a propósito para sumirle en este amor que lo consolaba de sus desgracias. Sin esta nueva pasión que lo distraía de sus penas, ¿qué habría sido de él? Se habría vuelto loco o convertido en un escéptico incurable. Aceptaba su situación como un eficaz y sabio remedio que lo salvaba de peores males. Es cierto que en ocasiones se despertaban en su alma escrúpulos de virtudes ya desvanecidas, pero estos destellos pálidos se extinguían fugaces ante los poderosos raciocinios de su nueva moral convencional. Su amor por Faustina se extinguía lentamente, como se hacen cenizas las brasas de un fuego que no se sopla, y de su hogar feliz y querido de otra época sólo vivía poderoso, más tierno y profundo, el cariño hacia su hijo a quien no veía.

A veces, cuando el hastío de su vulgar pasión le mordía el alma, alzabase imperioso el deseo de ver a su hijo y de estrecharlo entre sus brazos, pero las ofensas de Faustina y la vergüenza de su situación lo rete-

nían lejos, indignado y rabioso. Ya Enrique sólo iba a su casa por momentos, pues comía en el club y la noche la pasaba al lado de Luisa. Una mañana, al abrir la puerta de calle de su casa, encontró una tarjeta del señor B. en la cual se leían, escritas con lápiz, estas palabras: "Lo he venido a ver muchas veces". Pensó Enrique que tal vez el señor B. tendría algo grave que comunicarle y la idea de una desgracia oprimió su corazón.

Después de almorzar se dirigió a casa del señor B. Iba sobresaltado y temeroso, pues si nada desconsolador tendría que comunicarle, molestábale por lo menos encontrarse en presencia de ese severo juez de su conducta que todo lo sabía y con el que no deseaba tener una explicación.

El señor B. recibió a Enrique con su serenidad afectuosa de siempre.

Discreto y amable, no tocó ni por incidencia el punto que tanto temía Enrique.

Habló de asuntos comerciales y políticos, y al recordar a su hija y a su nietecito lo hizo de tal manera que Enrique llegó a creer que el señor B. ignoraba por completo lo ocurrido y vivía en el engaño de que las relaciones de ambos esposos eran como siempre cariñosas y cordiales.

Al despedirse Enrique, el señor B. le dijo con la mayor sinceridad:

—¿Por qué no comes en casa algunas veces? Comprendo que te será agradable la charla de los amigos de la mesa del club, pero no debes olvidar que es bueno y muy meritorio alegrar la soledad de los viejos.

Enrique se conmovió, pues si el señor B. representaba un papel lo hacía muy noblemente, y de tal manera le agradeció su discreción que su resentimiento con Faustina disminuyó en mucho.

Volvió esa misma semana a casa del señor B., y el próximo domingo se dirigió en su compañía a la quinta que habitaba Faustina.

Imaginábase que de esta visita saldría el arreglo de sus asuntos matrimoniales, pues era indudable que la actitud del señor B. correspondía a un proyecto de reconciliación ideado entre el padre y la hija. Pero tan gratas ilusiones se disiparon apenas se encontró en presencia de su esposa.

Es cierto que por la primera vez ella le tendía la mano, pero una mano fría e inerte que se le permitía estrechar sólo porque el señor B. estaba presente. Después no le concedió ni una palabra, ni una mirada. Reinaba en toda la casa la misma frialdad solemne impresa en el rostro de Faustina, y hasta la servidumbre, seria y casi desdeñosa, parecía mirarle como a un extraño. Su hijo, tan afectuoso y comunicativo, se le acercaba ahora con timidez, con un recelo que revelaba el temor de recibir de él algún mal.

Era esta situación respecto de su hijo la que más dolorosamente sentía Enrique y la que más lo indignaba, pues en su ciego despecho llegaba a encontrar aceptable hasta la inverosímil suposición de que Faustina hubiera puesto a su hijo al corriente de su desgracia, enseñándole la conducta que debía observar para con él, no imaginándose jamás que el niño procedía por su propia inspiración y que su fino instinto

le hacía descubrir al autor del doloroso cambio en la vida de sus padres, de la tristeza perenne que reemplazaba al sol y a la alegría de otro tiempo.

Disipadas por completo sus esperanzas respecto de una reconciliación con su esposa, ya no pensó Enrique sino en abandonar la casa en que se creía un intruso. Por consideraciones al señor B. no regresó a Santiago ese mismo día y postergó su viaje para la mañana del siguiente. En la noche no concurrió sino un instante al salón, retirándose después a su dormitorio. Más tarde, cuando todos dormían, salió a pasearse al jardín. Necesitaba ensanchar su pecho oprimido con el fresco aire de la noche, impregnado del aroma de los árboles y de las flores. Esto le haría bien, pues el viento se llevaría una parte de sus pesares. Internóse en lo más boscoso del parque, buscando el asiento de piedra, testigo de muchos idilios de sus amores con Faustina, pero al acercarse le pareció oír el murmullo de una conversación. Se detuvo y escuchó. Era el señor B. que pedía casi suplicante a su hija el olvido de todo lo pasado y la reconciliación con su esposo.

—Imposible —repetía ella con voz empapada en lágrimas—. No puedo vencer mi naturaleza, no puedo: no lo haré jamás. Cuando quiero hacer este sacrificio en obsequio tuyo, algo más poderoso que mi deseo se alza en mi corazón y me detiene. Esto es sin remedio, padre mío. Resígnate a ello como yo.

Enrique escuchó su sentencia con serenidad: su ánimo estaba preparado a ella desde tanto tiempo, que su corazón no dio un latido de más.

Un ruido de pasos sobre las hojas lo hizo ocultarse.

Faustina, del brazo del señor B., pasó frente a él. Ambos iban silenciosos y sombríos. Al verla, el corazón de Enrique se oprimió con fuerza ante el recuerdo de la que había amado y... de la que amaba siempre.

Siguió de lejos a la triste pareja, y cuando ésta se hubo cultado en sus habitaciones, entró él también a la suya, se arrojó en el lecho y se durmió, después de largas horas de desvelo, con ese sueño pesado que en las desgracias sin remedio nos aplasta como una losa mortuoria. A la mañana siguiente, antes de partir, entró al pequeño dormitorio de Luchito situado junto al de Faustina. Se acercó al lecho sin hacer el menor ruido. El niño dormía aún. Estaba pálido y dos grandes ojeras cubrían de sombras sus ojos.

Durante largo rato le contempló lleno de ansiedad, pues en esa inmovilidad del sueño su rostro se veía más flaco, como si los males de que sufría se acentuaran con más rigor. Un terrible presentimiento heló la sangre en las venas de Enrique, e involuntariamente y sin darse cuenta, iba a penetrar en el dormitorio de Faustina para interrogarla sobre la salud de su hijo. Pero la puerta se cerró con violencia y el crujir de una doble llave le hizo volver en sí y recordar que nada tenía que hacer en esa alcoba.

11 Llegó el otoño, y Faustina en vez de regresar a Santiago, continuó viviendo en la quinta, transformada por el mal tiempo en el más triste de los destierros. El invierno en el campo. Ante esta sola idea se

estremece de horror el corazón de las mujeres felices de las ciudades, pero Faustina experimentaba cierto íntimo regocijo al ver ponerse amarillento y seco el verde tapiz de los campos, mustio el follaje de los árboles, cuyas hojas se desprendían al contacto de la más ligera brisa. Aquel cielo cuyos horizontes estaban ocultos por revueltas y tempestuosas nubes, ¿no era la imagen fiel de su alma, ya para siempre sin alegrías ni esperanzas, y combatida constantemente con las borrascas de sus celos y desgracias?

El frío de la nueva estación obligó también al señor B. a permanecer encerrado en su abrigado gabinete de lectura, privado del placer que le proporcionaba la presencia de su hija, y sólo cuando el cielo se despejaba y el sol entibiaba apenas la tierra con sus rayos sin calor, el ya achacoso anciano, venciendo la pesada indolencia de sus años, se escapaba de su bufete sin clientes para ir a visitar en su destierro al nietecito enfermo y a la hija desgraciada, y por consiguiente más querida.

Sólo Guillermo, el médico de Luchito, era el puntual visitante de la abandonada familia. Aun cuando lloviera hasta convertirse las acequias en torrentes y los ríos en mares, él no faltaba a su compromiso de visitar al enfermo una o dos veces por semana, pues comprendía la situación de Faustina y le gustaba llevar el consuelo de su amistad, más que el de su ciencia, a esa madre eternamente alarmada respecto de su hijo.

Después del señor B., Guillermo era la única persona que en la quinta era esperada y recibida con placer, pues llevaba consigo un poco de ese ruido de la

vida, que, como el sol en las moradas sombrías, ensancha y alegra los corazones oprimidos. El carácter del doctor era también muy a propósito para hacerse querer y desear en el seno de una familia que sufría de esa enfermedad moral, de esa tristeza grave y profunda que causan los infortunios del corazón. Amable y serio a la vez, respetuoso y atento hasta ver a Faustina con esa especie de culto sincero que los hombres virtuosos y de corazón rinden a las mujeres desgraciadas y hermosas. Nunca se escapaba de sus labios una palabra indiscreta, y sus observaciones y críticas eran tan llenas de bondad, que ponían en transparencia su alma pura y generosa. Miraba el mundo y el desarrollo de la comedia humana desde un ideal muy elevado, extrañándose que los hombres fueran tan buenos siendo de un material tan mezquino. Tenía esa ilustración sin pedantería que no se revela sino cuando es necesario, pero cuando discutía sobre ciencias, sobre las pasiones, sobre algo noble (y más de una vez había tenido tenaces controversias con el señor B.), su rostro pálido y circundado de una profusa barba color castaño, se encendía, sus ojos negros arrojaban fugaces destellos y su voz tenía acentos tan musicales y vibrantes, que en algunas ocasiones Faustina, que seguía atenta la discusión con la cabeza inclinada sobre su costura, interrumpía su tarea para contemplar asombrada aquella transformación del doctor que de frío y metódico se convertía en entusiasta y fogoso sostenedor de sus ideas. En esos instantes estaba elocuente y se revelaba bajo una nueva faz apasionada que hacía contraste con su gravedad casi melancólica de todos los días.

Guillermo tenía sólo treinta y dos años y hacía cuatro que estaba viudo. Interrogado una vez por Faustina de por qué no había vuelto a casarse, contestó sin vacilar que sólo una vez se amaba en la vida.

Esta respuesta, que podía ser demasiado romántica para un doctor en medicina, agradó a Faustina, pues estaba de acuerdo con su terrible y egoísta moral y desde entonces lo consideró como a un hombre superior, incapaz de mancharse con los feos vicios que, según el mismo señor B. le confesara, eran comunes a todos los hombres.

Lo admiraba mientras más lo conocía. Un cariño respetuoso brotaba en su alma hacia ese hombre joven que denotaba una riqueza de erudición, un poder de reflexión y de inteligencia que harían honor a un viejo pensador. ¿Desde qué edad había principiado a sondear los graves problemas de la ciencia y del alma humana? Estaba cierta de que en su infancia, en vez de jugar, había filosofado tratando de explicarse la inmensa y sublime tragedia que hace circular la vida a través de los seres, arrastrando al mundo en un movimiento de creaciones y destrucciones sin fin. A su lado, Faustina se enamoraba del estudio y de la ciencia, pensando que tal vez las desgracias del corazón se curaran sumergiendo el alma en ese abismo misterioso y encantador del saber, que eleva y engrandece el espíritu, desprendiéndolo de todas las pequeñas miserias que anonadan y aplastan una existencia vulgar.

A veces, en medio las grandes polémicas entre el doctor y el señor B., Faustina se avergonzaba de su ignorancia y se creía humillada de representar el eter-

no papel de muda oyente. Sentía que las nuevas verdades golpeaban imperiosas en el fondo de su alma, y veía extenderse ante su vista horizontes llenos de luz y de grandeza, cuya existencia ni en sueños se imaginara: pero no encontraba la palabra, ni la frase que explicaran lo que sentía. Qué oscura y pequeña había sido su vida. Su mismo padre cuánto sabía, qué tesoros de conocimientos no revelaba en sus conversaciones, que ella habría ignorado siempre a no conocer a Guillermo. ¿Por qué el señor B. nunca había charlado así con Enrique? Y en medio de su profundo despecho hacia su marido, que llegaba a los límites en que principia el odio, sentía cierto goce en empequeñecerle y recordaba ruborosa que jamás lo había oído hablar con nadie de estos asuntos, pues sus conocimientos, sus gustos y su preocupación eterna no salían del límite mezquino del comercio, del valor de las acciones, del precio de los bonos, de la compraventa de frutos y de propiedades. Ah, no se atrevía a confesarlo en alta voz pero lo sentía en el fondo de su alma: se había casado con un hombre común y debía ser víctima de sus gustos vulgares. Se empecinaba con crueldad en juzgar a Enrique bajo esta nueva faz desgraciada, y como el que ve siempre una estatua en el fondo oscuro de una sala y la contempla después a plena luz del día, descubriendo los defectos que las sombras ocultan, así miraba ahora a Enrique con ojos impregnados con la luz de una nueva aurora y lo encontraba insignificante y defectuoso.

No pasaba inadvertido para el doctor el efecto profundo que producía en Faustina el conocimiento de

algunas verdades científicas y gozaba con sus sorpresas y asombros. A veces, cuando una revelación hería el fino y noble espíritu de la joven, abandonaba la costura, cruzaba los brazos sobre su seno y abría desmesuradamente los ojos como para que penetrara por ellos en abundancia la luz de la nueva verdad. Estaba así muy bella, inundaba su rostro un resplandor casi celestial, sus pupilas titilaban anhelantes y Guillermo veía con una especie de misterioso placer cómo germinaban en aquella alma pura las semillas de una nueva y rica naturaleza.

Sin saber cómo ambos jóvenes se acercaban y unían en la intimidad de una misma idea generosa. Cuando el doctor explicaba un fenómeno cualquiera de la tierra o del cielo o desarrollaba una teoría propia, Faustina lo escuchaba silenciosa y este interés de la joven le causaba tan vivo placer y orgullo, que no hubiera cambiado su modesta situación de maestro desconocido por la de una de esas celebridades que arrastran y electrizan a un auditorio inmenso.

Insensiblemente las costumbres de Faustina se modificaban. Ya no satisfacían su espíritu esas largas visitas al templo en que durante horas permanecía inmóvil, leyendo por la milésima vez las páginas de su libro místico, llenas de vagas visiones y de misterios religiosos que el pensamiento humano no podía penetrar. Los sermones del cura principiaban a parecerle buenos y convenientes sólo para la servidumbre de la casa, para los campesinos y gentes del pueblo cuya moralidad no es la obra de la educación y de la enseñanza sino del miedo a un eterno castigo. Ahora le gustaba

sólo orar, porque su pensamiento penetraba en una región inmensa, volaba de mundo en mundo admirando al Divino Creador de esa armonía sublime cuya grandiosidad la asombraba y conmovía. Sus ideas religiosas se hacían más puras e ideales a medida que abandonaba el pesado bagaje de supersticiones y de creencias idólatras que aplastaban su conciencia. Sentíase así más libre y feliz, y un sentimiento de ternura inmensa, de amor para toda la humanidad nacía ardiente en su alma en reemplazo de los inútiles dogmas y tradiciones que se iban. Hacer el bien, proteger a los desgraciados y consolar a los afligidos, le parecía la más sublime misión que una criatura podía desempeñar en la tierra. Indudablemente los sacerdotes y los médicos debían poseer un alma muy generosa.

Cierta mañana llegó llorando a casa de Faustina una mujer que había sido su sirvienta: iba en busca del médico que curaba a Luchito, porque su hija se moría y el médico del pueblo había partido a un fondo de los alrededores. Guillermo no estaba, ni podía esperarse su visita por ser los primeros días de la semana. Faustina, muy impresionada a la vista de esa desesperación de madre, se informó de la enfermedad de la niña y tomando su botiquín se dirigió a la casa.

Cuando llegó a la humilde habitación de su antigua sirvienta, encontró a la pobre muchacha tendida sobre la cama y casi moribunda. Las vecinas que la rodeaban se apartaron sorprendidas ante la aparición de la hermosa y elegante señora y hasta la misma enferma, a pesar de sus dolencias, le sonrió ruborizada y agradecida.

El caso era, en efecto, muy grave: una indigestión proveniente de la mala y desordenada alimentación, que se había convertido en colerina de mal carácter. La improvisada doctora confeccionó una pócima, que la enferma bebió sin resistencia, y momentos después estaba tranquila y fuera de peligro. Este triunfo científico, que la gente calificó de milagroso y debido a la virtud de la señora, dio gran fama a Faustina, la llenó de satisfacción y la hizo experimentar un goce íntimo y desconocido. Cuánto bien no podía hacer en lo sucesivo. Ahora podría dedicar al servicio de los desgraciados sus horas perezosas e inútiles, lo que sin duda le procuraría el olvido de sus propias desventuras. Pensó también que Guillermo podía ilustrarla sobre muchas cosas, enseñándola a curar aquellas enfermedades comunes y fáciles para las cuales los médicos todos no tienen sino una misma receta.

Dos o tres días después de este feliz ensayo médico, la casa de Faustina era la de un doctor a la hora de consultas. De todas partes de la ciudad le llevaban enfermos para que los sanara, y hasta personas decentes iban a consultarla sobre antiguas dolencias que los médicos no conocían o no sabían curar. En vano la joven, confundida y casi avergonzada de su audacia, se excusaba diciendo que ella nada sabía y que cometería hasta un crimen si prescribiera a los enfermos cualquier régimen. Esta explicación a nadie satisfacía, la creían hija de la modestia de la joven, y contribuía a aumentar la fe y la ciega confianza que en ella tenían. El ejemplo de la niña salvada tan milagrosamente lo oponían para vencer su resistencia.

—Dénos cualquier cosa —le decían—, estamos ciertos de que Ud. nos ha de sanar.

Pero ella temerosa de causar algún daño, sólo distribuía tónicos entre las personas que a su juicio los necesitaban. Hacía esta distribución sonriente y llena de bondad, sintiendo no poseer algunos de los secretos de esa ciencia admirable que cura y consuela a la humanidad en sus días de grandes angustias.

12 A principios del mes de septiembre, el señor B., rejuvenecido algún tanto por los primeros días tibios de la primavera, se dirigió una mañana a casa de su hija. Iba muy pensativo y por el camino parecía distraerse contemplando la campiña, cuyos huertos ostentaban las primeras hojas verdes y los primeros brotes de la nueva estación. A veces sacaba la cabeza por una de las ventanas del vagón a fin de aspirar la brisa que suponía impregnada de olores, pero aquella vegetación naciente exhalaba apenas una débil fragancia que el viento arrastraba y desvanecía sin que el olfato más fino pudiera percibirla. Entonces el señor B., contrariado en su ilusión, subía el vidrio de la ventana, lo que no era un inconveniente para que volviera a bajarlo a la vista de un nuevo parque o jardín, de un potrero más pastoso que hacía renacer su deseo. No hay duda que el señor B. estaba preocupado y nervioso, y en verdad que tenía razón para encontrarse en tal estado. Su hija tan querida parecía haberlo olvidado. Desde hacía tres meses sus cartas eran tardías y hasta un

tanto lacónicas y frías: parecían escritas de prisa y por una persona preocupada de negocios graves y urgentes, y la última, enviada por él hacía cuatro días, no le había sido contestada. ¿Qué ocurría en casa de su hija? ¿Se habría agravado la salud de su nietecito y se le ocultaba la noticia por no entristecerle? Y el señor B., no pudiendo soportar la terrible duda, aprovechó la primera mañana de sol para tomar el tren que debía conducirlo a casa de su hija.

Cuando llegó a la quinta su corazón se oprimió presagiando alguna dolorosa nueva, pero felizmente una de las sirvientas que salió a su encuentro lo tranquilizó en el acto diciéndole que la señora estaba buena.

—Pero ¿y el niño? —preguntó anhelante el abuelo.

—Está bueno y más gordo que nunca.

El señor B. respiró feliz.

Sin embargo Faustina no estaba en casa, y la sirvienta le dijo, como cosa muy natural y que era ya una costumbre, que había salido a visitar a los enfermos acompañada de don Guillermo, el doctor.

—¿A los enfermos? —exclamó el señor B. admirado.

—Sí, hay tantos en el pueblo y sus alrededores.

—¿Reina alguna epidemia? ¿Hay viruelas?

—Viruelas no; aunque también... en la otra semana murió uno; pero las principales enfermedades y las que más abundan —añadió la sirvienta con la seguridad de una persona que está perfectamente al cabo del estado sanitario de la localidad— son las pulmonías, las calenturas, los empachos y los malos partos, porque como aquí no hay matronas...

—¿Y Faustina cura todo eso?

—Ella sola no, pero cuando viene el señor don Guillermo la acompaña a ver a los enfermos y les deja recetas. En casos de apuro la señora también receta... y tiene unos aciertos prodigiosos. Todos los enfermos desean más bien curarse con ella que con el doctor.

El señor B. no preguntó más: quedó silencioso y sólo se interrumpió a la vista de su nietecito que, al saber la visita de su abuelo, echó a correr gozoso para abrazarlo.

El señor B. tomó al niño en sus brazos y después de besarle muchas veces lo sentó sobre sus rodillas.

En verdad, Luchito estaba más gordo, pero era una gordura blanda, fofa, que tenía mucho de artificial y de pasajero. El señor B. observaba al niño con esa ternura y esa alegría triste y recelosa del que goza de un bien presente y teme que el más ligero contraste se lo arrebatase. El pobre niño vivía sostenido por el bacalao y los **hipofosfitos**, y apenas se le suspendía esta alimentación por algunas semanas para dar descanso a su naturaleza, sumergíase de nuevo en el abatimiento de su vida artificial. El doctor había pretendido curarlo sin remedios, dándole apenas pequeñas dosis que lo tonificaran discretamente, sin fatigarlo. Su grande esperanza era la naturaleza. Una vida alegre y feliz en medio de un campo sano: que la rica savia de la tierra rehiciere su organismo de una manera lenta, pero segura y sin esfuerzo. Desgraciadamente el éxito era indeciso y la victoria divisábase muy lejana, y hoy el doctor, temeroso y desalentado, ocupábase en rehacer al día siguiente lo que la naturaleza destruía el anterior.

A veces, en presencia de ese mal incurable que no se dejaba vencer ni por la ciencia ni por la naturaleza, el joven médico se alarmaba presintiendo un fin trágico. Qué inmensa responsabilidad la suya si no salvaba al niño, y cómo se atraería para siempre el odio de la madre, de esa madre tan bella y desgraciada. Ante esa idea amenazadora se apoderaba de su espíritu un anhelo y una agitación impotentes: hubiera querido rehacer de un solo golpe la pobre y viciada sangre del enfermito, transmitiéndole la de sus propias venas, pero eso era imposible, y volvía a someterse resignado, pero no vencido, ante esa fuerza inexorable que crea y destruye sin hacer caso de nuestros dolores y lágrimas.

En más de una ocasión, cuando desalentado por la inutilidad de sus esfuerzos se debilitaba su esperanza de salvar al niño y se avergonzaba de su impotencia, pensó proponer a Faustina una junta de cuatro o seis de sus colegas, de los que él más respetaba, lo que atenuaría su responsabilidad el día de la catástrofe. Pero ¿cómo proponer esto a la joven madre que tan confiada vivía creyendo que su hijo estaba salvado? Eso era precipitarla del cielo de una dulce esperanza al fondo de la más tremenda incertidumbre. Y luego, si el niño sanaba (pues todo era posible a su edad), si una de esas felices y súbitas reacciones que realizan prodigios lo arrancaba de los brazos mismos de la muerte, ¿por qué iría a dividir con otros la gloria de su triunfo, y, lo que él estimaba más que la gloria, el agradecimiento de Faustina?

Algo de esta angustiosa lucha que laceraba el corazón del doctor pareció comunicarse al espíritu del

señor B. cubriéndolo de negros temores, cuando, con su mirada de abuelo y de hombre experimentado, creyó descubrir en el interior del niño los gérmenes del antiguo mal que continuaba sus estragos. Y mientras el pobre anciano sumergía su pensamiento en el sombrío porvenir con que aquella tumba medio abierta le amenazaba a él y a su hija, el niño reía indiferente sobre sus rodillas...

El señor B., con el corazón oprimido al ver esa inocente y confiada alegría del niño que nada sospechaba de su destino, quiso levantarse de su asiento para dar libre curso a sus suspiros, pero Luchito lo detuvo diciéndole:

—¿Sabes? Tengo que preguntarte una cosa.

—Bueno, todo lo que quieras.

—No, mejor es que no —dijo el niño poniéndose serio—. Mi mamá puede enojarse.

—Oh, tu mamá no se enoja por nada de eso. Sabe que entre los dos debe existir mucha confianza.

—Bueno —dijo el niño, jugando pensativo con el canoso bigote de su abuelo—. ¿No has visto a mi papá? ¿Por qué ya no vive con nosotros? ¿Por qué ya no nos quiere?

—Sí te quiere, te adora —exclamó el señor B., haciendo un violento esfuerzo para retener las lágrimas que sentía subir de su corazón a sus ojos— y si no viene es por que ahora tiene muchos negocios que le impiden moverse de Santiago.

—¿Sí? ¿Pero va a venir?...

—Iba a venir conmigo pero después no pudo. Vendrá muy pronto.

—Entonces dale este abrazo y dile que yo quiero verlo.

Y Luchito se estrechó fuertemente al cuello de su abuelo.

El señor B. no pudo más: púsose súbitamente de pie y echó a andar en dirección al jardín. Su pecho, henchido de emociones, necesitaba respirar mucho aire fresco para no ahogarse. El niño siguió tras él.

Cuando penetró en el huerto, cuyos árboles ostentaban todavía las desnudas ramas del invierno, su tristeza pareció aumentar. El jardín estaba muy descuidado, las más hermosas plantas se habían perdido y la maleza seca invadía los senderos y reemplazaba las hermosas y fragantes flores de otro tiempo.

—Todo ha cambiado —dijo el señor B.—: todo está como nuestro corazón.

Y pensó en Faustina.

—Se conoce —agregó— que ella no cuida de esto y que se contrae únicamente a vivir de su dolor.

Un ruido de voces, entre los que distinguió inmediatamente el señor B. una muy querida de su corazón, le distrajo de sus penosos pensamientos.

—Mi mamá y Guillermo —dijo el niño a media voz, sin entusiasmarse, ni correr hacia Faustina como lo hacía antes.

Eran, en efecto, su hija y el doctor que regresaban a la hora del almuerzo, después de haber visitado en compañía a los enfermos del pueblo.

El señor B. se dirigió al encuentro de su hija.

Faustina estaba encantadora. Probablemente había

hecho a pie y de prisa una larga caminata, pues su sangre, agitada con el ejercicio, encendía sus mejillas, dándole un aspecto de salud y de juventud que abri-llantaba su belleza. Cuando abrazó a su padre, un ligero rubor, algo como un tenue resplandor, la hermo-seó todavía más.

El señor B. no habría sabido explicar lo que expe-ri mentaba en ese momento al ver a su hija tan cam- biada, pero sin duda alguna le habría agradado más contemplar en su rostro las huellas de sus desgracias que las de su contento. ¿Acaso no comprendía Faustina todo lo que su situación tenía de triste y de amena- zante? ¿Había olvidado sus infortunios? El, con una sola mirada, con unos cuantos minutos que habitaba esa casa, sentía el pecho oprimido con toda la fuerza de los sucesos pasados y de las desgracias que aún se cernían en el porvenir, y ella llegaba satisfecha y des- lumbradora.

El señor B. miró al doctor y lo saludó fríamente. Horribles sospechas brotaron en su corazón de hombre de mundo, de viejo conocedor de las pasiones huma- nas, y todo lo que hasta ese momento había sufrido se desvaneció ante la inmensa desgracia que presentía. Tuvo un arranque violento de hombre celoso: pensó retirarse para siempre de esa casa y concluir sus días, que por fortuna eran pocos, en su solitario hogar, lejos y abandonado de todo lo que más amaba pero hacien- do sentir de alguna manera el peso de su indignación y de su desgracia.

Una voz secreta alzóse, sin embargo, del fondo del alma para defender a la hija.

—Faustina... ¿Sería posible?... Ella, la intransigente con el vicio, la severa, la noble, la candorosa ¿podría caer en la misma falta que tanto condenaba y despreciaba en los otros y que no había querido perdonar a su esposo, prefiriendo la ruina de su casa? Oh, no, imposible.

Y esta defensa de su hija, hecho en lo íntimo de su conciencia, le tranquilizó algún tanto. Un rayo de aurora penetraba en el oscuro fondo de su alma. Miró de frente a su hija, como si buscara en su fisonomía una frase que le advirtiera su engaño y le pareció encontrarla en el puro brillo de sus ojos, en el candor de su mirada franca y hasta en el acento firme y sincero de su voz.

—No, es siempre pura —murmuró con la energía de un juez que falla.

Pero esa maldita experiencia de los viejos, esa desconfianza ante la virtud, que sienten los hombres de mundo, volvía, al menor incidente, a morderle el alma.

—De qué no es capaz el corazón humano —se decía el señor B.— Se han visto ángeles y santos caer a la tierra o al infierno desde las puertas mismas de los cielos. ¿Quién, pues, estará libre de ser arrastrado por una pasión?

Y recordaba que él, viejo ya, las había sentido y muy violentas.

Felizmente nada contribuyó en ese día a aumentar las sospechas del señor B. Durante el almuerzo, Faustina refirió a su padre cómo había llegado a hacerse doctora en medicina y cómo la primera aventura afortunada con que inició su carrera la obligó a proseguir

en ella, viéndose rodeada de solicitudes y de exigencias a las cuales no podía resistir sin pena.

Al principio su situación le daba vergüenza y tenía miedo de cometer alguna torpeza, pero luego comprendió que podía hacer mucho bien, y que, por más ignorante que ella fuera, siempre lo haría mejor que las médicas del campo. Cuántos horrores había visto hacer a esas mujeres. El solo hecho de desterrar el fanatismo ciego del pueblo por la ciencia de sus curanderas era ya un gran triunfo. Además, ella no curaba sino las enfermedades caseras, dando un remedio conocido y razonable en vez de los mixtos estrambóticos y las brujerías de la medicina popular. Y tanto placer encontraba en estas tareas, que ahora le sería imposible renunciar a ellas. Sus días eternos de antes se deslizaban ahora sin sentirlos. Qué goce tan íntimo y tierno experimentaba su corazón cuando salía de un rancho cubierta de bendiciones y de agradecimientos, al considerar que en vez del dolor y la desesperación dejaba tras de sí el consuelo y la esperanza. Ah, no cambiaría por nada esas satisfacciones.

Después, descontenta de su obra incompleta, había obligado al doctor a visitar a sus enfermos, y cada vez que venía a la villa lo hacía recorrer la clientela. La verdadera obra de caridad era la del doctor porque al fin, para la vida ociosa que ella llevaba, sus enfermos le proporcionaban una ocupación, mientras que el doctor desatendía sus intereses, una vez por semana, en obsequio de enfermos lejanos y desconocidos.

El señor B., a fin de hacerse perdonar el saludo

frío y casi descortés que dirigió al doctor a su llegada, lo felicitó por su conducta y le agradeció su abnegación.

Guillermo declinó el honor de esas felicitaciones con fina gravedad.

A medio día el doctor regresó a Santiago en un carruaje de posta, y el señor B., desorientado, se culpaba de haber ido demasiado lejos en sus sospechas, a pesar de que algo le molestaba todavía y de que su corazón no estaba completamente libre de dudas como el día anterior. La felicidad que había visto resplandecer esa mañana en el rostro de su hija lo hería como una desgracia.

13 Era así, en verdad, tal como Faustina lo refería al señor B., como se vio obligada a desempeñar el papel de doctora en medicina sin haber obtenido título alguno universitario que acreditara sus estudios y conocimientos. Pero lo que Faustina no sabía explicar al señor B. ni a nadie, porque tal vez no lo comprendía y le habría causado horror el comprenderlo, era cómo se encontraba tan dispuesta, y casi tan preparada para desempeñar ese papel.

Habría dicho probablemente, y sin mentir, que la larga enfermedad de su hijo, que la obligaba a leer las recetas, a preparar pócimas, a conocer los tónicos, los calmantes y hasta los excitantes había desarrollado en ella gustos e instintos médicos; que una vez com-

prometida en la obra benéfica de procurar alivio a los que sufren encontró en esas tareas cierta satisfacción que la hacía feliz...

Pero ¿y nada más?

Y ese espíritu que la alentaba llenándola de fe, que convertía en goces los desagradados de contemplar en la intimidad las miserias humanas, esa exuberancia de ternura que desbordaba de su alma a la primera impresión delicada que sentía, y esa especie de rejuvenecimiento, de savia primaveral que circulaba por su sangre, atenuando los dolores de sus desgracias y haciendo renacer en su corazón la esperanza por algo desconocido y bello ¿nada le decían?

Nada. Sentía sin explicarse lo que agitaba su espíritu. Gozaba inocentemente las delicias de una nueva existencia sin comprender sus causas; y si alguien le hubiera dicho: —“tú estás enamorada”— habría descorrido el velo de su vida y reveládole un misterio horrible. Faustina, horrorizada, hubiera deseado huir a ocultarse donde viven las fieras.

A veces, cuando pensaba en su situación extraña de esposa viuda, se sorprendía de estar tranquila y de que las heridas de su corazón se hubiesen casi cicatrizado cuando se imaginaba que manarían sangre eternamente. Recordaba entonces las palabras de su padre: “no hay dolor que dure toda la vida”, y agradecía a la Providencia que hubiera extendido hasta ella los efectos de esa frase misericordiosa.

Es cierto que pensaba en Enrique y trataba de investigar su vida, pero al recordar su traición y conocer su conducta presente no sufría las crueles torturas de

entonces sino un sentimiento humillante de compasión y de desdén.

Su alejamiento de la sociedad se hizo completo durante la última época. Los primeros domingos de su residencia en la quinta, algunas familias de Santiago la visitaban con frecuencia. Llevaban a su retiro el bullicio de los salones, los chismes de alcoba, los rumores que la vida mundana deja al pasar y que el ocio recoge adornándolos con su imaginación: matrimonios hechos, deshechos y por hacer; tentativas frustradas de algunas mamás para pescar este o aquel ventajósimo partido para sus hijas; mujeres muy virtuosas sorprendidas en aventuras galantes; descripciones de trajes que habían alcanzado el mayor éxito en los últimos bailes; y todo sabrosamente condimentado con cierta salsa en que se hacía demasiado uso de la religión y de la moral, que aparecían en riña.

Esta vida no era por cierto muy deliciosa para una mujer en la situación de Faustina. Le chocaba ver a esas mujeres casadas que parecían solteras y a esas jóvenes solteras que hasta por sus trajes parecían casadas. Y luego las confidencias íntimas que le hacían con la excusa del más cordial cariño: Enrique continuaba en su vida de escándalo insolente y ruinosa; sin duda que adoraba a esa mujer, pues gastaba en ella una fortuna, la otra noche... Y como Faustina les observara que nada quería saber, la reconvenían dulcemente recordándole que sus derechos de esposa le imponían el derecho de saberlo todo para que tomara sus medidas. De otra manera su propia fortuna desaparecería. Ah, si fuera sólo su fortuna.

Hasta las más virtuosas y graves damas soplaban al oído de Faustina algún eco de la vida de su esposo. Parecía que con refinada e hipócrita maldad se gozaban en la angustia y humillación de la amiga que poco antes veían rodeada de envidiable ventura. Ellas sabían las cosas por sus maridos. Como los hombres se lo comunican todo entre sí y murmuran como las mujeres...

Una de esas discretas y benévolas amigas llegó un día a emitir juicio tan exagerado respecto de Enrique, que Faustina, ofendida en lo íntimo de su dignidad, tomó la defensa del esposo, y dijo con calor:

—No creo que esté tan desacreditado puesto que lo recibes en tu casa.

—Oh, lo hago por ti, querida, lo hago por ti.

—Gracias, pero si es así, puedes excusarte de ese sacrificio. Yo no lo necesito.

Y de esta manera, perdiendo una vieja amiga por día, Faustina quedó reducida a su vida solitaria. Sólo una que otra amiga, que se encontraba en peor situación que ella respecto de su marido, la veía de tarde en tarde, cada vez que tenía algún buen acopio de desgracias que referirle, consolándose así con estos desahogos y explosiones del mal lote que le había tocado en suerte en el reparto de los maridos infieles. El resto de sus brillantes relaciones, enjambre alegre de blanco y dorado plumaje, ni siquiera tendió una sola vez su vuelo hacia la morada distante y sombría de la mujer en desgracia. En este número se encontraban las mujeres indiferentes, eternamente felices, que toman el matrimonio filosóficamente, pensando que la infidelidad

de un esposo no vale una arruga en el rostro, las que, a pesar de todo, siguen gastando en terciopelo, en blondas y en brillantes el patrimonio de sus hijos, bailando en los salones como chiquillos y conservándose siempre jóvenes y hermosas. Este era el tipo que le recomendaban imitar para ser dichosa. Y como Faustina observara a las consejeras que ellas no habían imitado a su vez el modelo, decían en su descargo que estaban ya demasiado viejas y cargadas de hijos cuando descubrieron este secreto.

El secreto. Es decir la infidelidad de los maridos. Hablaban de este verdadero delito como de cosa natural, infalible y hasta necesaria. Aceptaban su situación de víctimas como algo lógico en su naturaleza y en su destino. Protestaban por despecho, por hacer ruido, por inferir al culpable algún castigo, pues hasta los inocentes se chamuscan las alas por el pecado de sus padres.

Faustina llegó a conocer con horror que existían mujeres tan indiferentes o hábiles que anhelaban la posesión del secreto para obtener ventajas positivas, pues manteniendo a sus esposos pendientes de la amenaza y del castigo de sus faltas eran más atendidas y obsequiadas por ellos. Una debía a esta feliz casualidad la posesión de un palco en el teatro Municipal, otra un amoblado espléndido, otra la valiosa diadema de brillantes que lucía en el último baile, y otra hasta la linda casa de ladrillos que habitaba, pues de otra manera su avaro marido no la hubiera adquirido. Y así los ejemplos eran numerosos y consoladores para las víctimas, de tal manera que las novicias, todavía en la luna de miel, no se aterraban demasiado ante la perspectiva.

Todas estas miserias y revelaciones humillantes pasaban sobre Faustina sin modificar en lo menor su carácter altivo e intransigente. A su juicio, una mujer que aceptaba las faltas de su marido, que las permitía siquiera de pensamiento en su propio hogar, que dejaba dormir tranquilo al delincuente en su sagrado lecho de amor, era una mujer digna del marido y expuesta a seguir sus aguas. Ella prefería la muerte a semejante bajeza.

Además, no era verdad que esa falta fuera común a todos los hombres. Existían algunos dignos y puros, y al afirmar esto el pensamiento de Faustina se posaba seguro, sereno y engrandecido sobre la frente de Guillermo. Estaba cierta de que él no había manchado jamás la castidad de su amor, puesto que aun en su viudez conservaba a la dichosa muerta la fidelidad consagrada a la esposa viva: y al pensar así un sentimiento de envidia o de celos agitaba su corazón.

—Qué dichosa —pensaba Faustina, alzando como ideal de su existencia la vida de la joven muerta que rodó a la tumba de entre los brazos de su fiel esposo—, qué dichosa la mujer que ama y es amada sin que la más leve duda la atormente, que vive orgullosa de poseer para sí sola un alma sin mancha, que ve extinguirse su juventud siendo siempre amada y reposa su vejez entre los mismos brazos amantes que la estrecharon el día de sus bodas nupciales, y cuyos lazos no se rompen ni con la muerte, porque su viejo esposo, desesperado, llevará hasta la tumba el santo y eterno amor de toda su vida.

Y Faustina lloraba al ver que sus ideales locos ha-

bían caído despedazados, y que el hombre que pudo realizarlos no se encontró con ella en su camino.

Sufría y gozaba al pensar en esto. Si había errado el sendero de su vida tenía siquiera la fortuna de haber encontrado la encina protectora y cariñosa a cuya sombra su fe y su moral se engrandecían. No era, pues, tan desgraciada. Había hallado un alma huérfana, hermana de la suya, y gozaría de su contacto en el secreto misterioso de sus pensamientos. Sus veladas ya no serían tan solitarias.

La pureza de estos deseos impedía que Faustina comprendiera cuánto había de inconveniente y peligroso en consagrar sus pensamientos a un hombre que no era su marido, pero este principio de inmoralidad, que en otra mujer podía conducirla a su perdición, en ella ejercía sólo una influencia ideal. Tenía repugnancia a la carne, y sus escándalos eran tan cándidos como esas desnudeces virginales de los niños.

¿Comprendía Guillermo lo que pasaba en el corazón de Faustina? En verdad vivía desorientado, sin poder atribuir a un sentimiento de amor o de amistad el tierno y confiado afecto que la joven le demostraba. Tenía tan respetuosa opinión de su carácter y virtud, que estimaba sus actos como manifestaciones de la gratitud que la madre sentía por el hombre que era considerado como el salvador de su hijo. Recordaba estas palabras de Faustina:

—Mientras usted viva, doctor, estoy cierta de que mi hijo no morirá.

Pero otras veces se confundía, y sin ser vanidoso

llegaba a creer que Faustina sentía por él una de esas pasiones serias que las mujeres virtuosas, ligadas a otro hombre por santos deberes, sepultan en el fondo del alma, pero que no hay esfuerzo humano que la impida revelarse en la voz, en las mejillas o en los ojos.

No estaba el doctor verdaderamente enamorado de Faustina, pero sentía por ella un cariño delicado y noble que bien podía convertirse en una pasión profunda. Había en la joven tanta hermosura unida a una fuerza moral tan poderosa que no inspiraba una pasión súbita y violenta. El efecto ardiente y seductor de su belleza lo atemperaba el respeto que infundía su carácter. Estas cualidades eran mucho más peligrosas, y el doctor, hombre de una vida correcta, estudioso y tranquilo, aunque apasionado y vehemente en el fondo, se espantaba al imaginarse los escándalos y las luchas de una gran pasión. Además, ¿podía Faustina llegar a ser su querida? Imposible. Menos podía ser su esposa. ¿A qué lanzarse entonces en aventuras que habían de tener un fin trágico? Apenas principiaba a sospechar la existencia de esta pasión y ya sufría las amarguras que eran su consecuencia en la visible impresión de desagrado que su llegada con Faustina produjo en el señor B. No, no contribuiría él a desarrollar esa pasión desgraciada. Prefería las delicias apacibles de una amistad noble y pura a los ocultos goces de un amor criminal, que sería su ruina y la de la mujer amada. Y al pensar así experimentaba un goce extraño, superior a los del amor: algo que comunicaba a su espíritu grandeza y fuerza, y lo disponía a realizar prodigios.

Desde ese instante, el doctor, confiando tal vez de-

masiado en el dominio que ejercía sobre su corazón, se entregó sin recelo al placer de cultivar con Faustina una noble y sincera amistad.

14 Transcurrieron algunos meses sin que suceso alguno alterara la vida en apariencia tranquila de Faustina y del señor B., el cual había decidido pasar con su hija todo el verano y en consecuencia se hallaba instalado a firme en un departamento de la quinta. Las primeras violentas sospechas respecto de su hija se habían desvanecido, quedándole un amargo recuerdo que se traducía por un exceso de cariño hacia Faustina. Ahora comprendía que entre su hija y el doctor sólo existía un noble y recíproco aprecio, y aun cuando los viera charlar en la intimidad, ya no se producían en su ánimo las indignaciones y las alarmas celosas que experimentó a su llegada. Sólo Luchito, con más instinto que el viejo decrépito, parecía dominado por oculta aversión hacia el extraño que reemplazaba a Enrique en las atenciones y hasta en el cariño de su madre. Las simpatías que en otro tiempo le profesara se habían cambiado en una repulsión odiosa que sólo disimulaba el respeto. ¿Por qué Faustina odiaba a Enrique y parecía querer al doctor? Esto debía de ser malo: y el niño callaba y ocultaba estos pensamientos en el silencio de sus sueños. Su misma madre no era la de antes, pues, distraída en ocupaciones que no tenía, lo descuidaba algún tanto y no lo acariciaba con esa efusión apasionada y tierna de otros días. ¿Sería por-

que ya no estaba tan enfermo? Sólo su abuelito era cada día más afectuoso y condescendiente con él. ¡Lo cuidaba con una atención tan solícita! Y lo que era más agradable, lo sacaba a paseo todas las mañanas y después de hacerle tomar leche se echaban a andar por las solitarias y boscosas calles de la villa hasta llegar a los baños o a alguna casa amiga cuyo jardín recorrían tomando algunas flores o ramas que Luchito venía cimbrando por el camino.

Conocían las casas de los enfermos de Faustina, entre las que descollaba un rancho situado junto a una grande acequia sombreada de verdes sauces. Había en el interior una viejita enferma de parálisis que movía eternamente sus manos con profundo asombro de Luchito. La primera vez que la vio preguntó por qué era eso, y la hermana que la cuidaba, también muy vieja, le contestó que antes tejía calcetines y se había quedado con la costumbre como si tuviera todavía los palillos entre sus manos y la lana sobre sus rodillas.

—¿Y no se la puede sujetar? —dijo el niño.

—No le gusta que la sujeten. Lloro.

—¿Y no se cansa?

—No se cansará, cuando no quiere descansar —dijo la vieja hermana con indiferencia.

Luchito quedó muy convencido, aunque extrañado de un capricho tan perseverante, pero al señor B. se le hizo escrúpulo engañarle y le explicó que aquello era una enfermedad.

Faustina solía visitar a la paralítica llevándole algunos socorros.

Tal era la vida del señor B. y de su nietecito.

Por lo que hace a Faustina, un gran cambio se había operado en su corazón. Ya no era posible engañarse ni confundir su pasión con otra clase de sentimientos. Amaba, y no se horrorizaba de sí misma. ¿Cómo había caído en el abismo, a pesar de sus cuidados, de su moral, de su alejamiento de la vida? ¿Era un castigo del cielo por sus severidades para con Enrique y su tenaz resistencia a perdonarle? ¡Y ahora se encontraba también ella en situación de ser perdonada! Es verdad que no había cometido la más leve falta y que no era culpa suya que semejante sentimiento se hubiera adueñado de su corazón: pero estas consideraciones no tranquilizaban su conciencia y comprendía que ya no era la esposa inmaculada de antes.

Su grande empeño era detenerse y retroceder de la senda peligrosa por la que avanzaba, desechando todos los pensamientos con que hasta hace poco y sin saberlo se deleitaba, sumergiéndose su espíritu en una vida ideal. A veces pensaba que para ponerse al abrigo de todo peligro y de toda sospecha, para castigarse a sí misma debía regresar a Santiago y no resistir por más tiempo una reconciliación con su esposo: pero no tenía fuerzas para realizar este sacrificio. Se encontraba ahora más lejos que nunca de su marido. Antes la separaban sólo el despecho, el odio, una sed de venganza y de castigo, y ahora una indiferencia helada, mortalmente fría, como algo que no ha existido jamás o concluido para siempre.

El mismo doctor contribuía, sin quererlo, a agravar esta situación, pues su propósito de no dar pábulo a la llama que ardía en el corazón de Faustina y en el

suyo, sólo servía para avivarla. Presentándose sincero, respetuoso, modesto y sin pretensiones, realizaba sus méritos. A veces, cuando el doctor visitaba a algunos de los graves enfermos de Faustina y regresaban juntos a la quinta, viviendo un instante en esa intimidad deliciosa de dos corazones que se aman, ellos sentían recíprocamente la influencia del uno sobre el otro, podían escuchar el latido de sus corazones temiendo que el menor pretexto los hiciera estallar. El peligro pasaba, sin embargo, pues el mismo goce profundo y silencioso de que disfrutaban el uno al lado del otro, y el deseo de prolongarlo para siempre, sofocaba la explosión. Ah, una palabra tal vez sería el fin de ese mudo idilio que los hacía tan felices.

Hubieran vivido así eternamente, hablando de todo menos de su amor, pero una mañana, después de un largo paseo en que la conversación fue más íntima, pues sin hablar de sus propios sentimientos trataban de otros muy semejantes a los suyos, llegaron a la quinta visiblemente conmovidos. Era la hora de almuerzo. Faustina se dirigió a su dormitorio, mientras el doctor quedó esperando en el costurero, pequeña habitación en la que también se recibía a las personas de confianza. Reinaba en la salita una semioscuridad, pues la ventana que caía al jardín estaba cerrada y el doctor no quiso abrir uno de los postigos, agradándole esa luz algo misteriosa que correspondía al estado de su ánimo. Un gran ramo de flores frescas, recogidas esa misma mañana y colocadas en un grueso jarro chino, esparcía una fuerte fragancia que, reconcentrada en la pequeña sala, casi mareaba. El doctor esperó

largo rato. Sin saber por qué estaba agitado y nervioso. Se paseaba y sentaba alternativamente como quien presente algo inesperado, un gran peligro o una inmensa dicha.

La puerta que comunicaba el costurero con el dormitorio de Faustina se abrió de improviso y apareció ella, ligera y radiante, pidiendo excusas por su retardo. El doctor, que estaba de pie, la tomó suavemente de los brazos y atrayéndola hacia su pecho la besó en las mejillas, en la frente y en los ojos. Faustina parecía dominada por deliciosa sorpresa: no hizo la menor resistencia y sólo cuando él la soltó, dándose cuenta de su acción, le dirigió una mirada de tierno y severo reproche.

—Perdóneme —le dijo él inclinándose y con acento profundamente conmovido—. Soy un loco: la amo.

Temblaba como un criminal. Estremecimientos nerviosos, que no podía dominar, lo agitaban con violencia.

—No la he ofendido... la he besado a usted como se besa a una imagen adorada, a algo santo o divino.

—Sí —dijo ella tristemente—, pero me ha hecho perder la confianza y tal vez el aprecio que sentía por usted. Después de lo que ha hecho ¿cómo podremos continuar cultivando nuestra dulce amistad?

El doctor cayó de rodillas pidiendo perdón: quería besar sus manos, pero ella lo levantó con dignidad.

—Sé —dijo él con sinceridad— que cuando se tiene la dicha y a la vez la desgracia de amar a una mujer como usted, se deben dominar todos los impulsos del corazón. Lo he hecho así durante mucho tiempo, pero

hace un instante sentí con tal fuerza el encanto de la belleza, de la bondad, de la gracia y de la pureza de usted, Faustina, que no pude resistir y caí en las vulgaridades de los que aman, olvidando que usted no era libre como yo para amar y dejarse amar.

—Pero un doctor debe curarse mejor que nadie sus propias enfermedades.

El doctor creyó ver en estas palabras de Faustina una burla cruel, un sarcasmo a su pasión. Quedóse inmóvil y helado, pensando que había confundido como un imbécil las deferencias de una hospitalidad benévola con los sentimientos del amor.

—Ah, señora —dijo, cambiando de tono—, no podía usted haber inventado un castigo más cruel que el de burlarse de un hombre desgraciado y manifestarle que nunca ha sido para él más que una cliente agradecida.

Y saludó respetuosamente para retirarse. Pero Faustina le tendió la mano y lo detuvo con una mirada de tan profunda ternura que la felicidad inundó de nuevo el corazón del doctor.

—Somos amigos, y bien sabe usted cuánto se le aprecia y se le quiere en esta casa, pero ¿puedo ser yo para usted otra cosa que una amiga afectuosa y sincera? ¿A qué pensar en sueños irrealizables? Vivamos estimándonos sin degradarnos. Si usted me ama ¿puede acaso desear que sea una mujer criminal y que acepte, en mi situación, los homenajes de usted?

—Jamás —replicó él con firmeza y estrechando la mano que se le tendía.

Y como se escuchara la voz del señor B. que pre-

guntaba desde el patio si su hija había regresado, Faustina abrió la ventana, y la luz que llenó la pieza pareció disipar las ilusiones y los sueños que ahí se anidaban, reemplazándolos por la realidad de la vida con todos sus sacrificios.

Después del almuerzo, el señor B. tomó gravemente el brazo del doctor y lo invitó a pasear por el jardín. Tenía algo importante que comunicarle.

El doctor palideció. Una voz secreta le decía que su dicha había terminado para siempre. ¿Se conocían sus secretos? ¿Se lo iba a despedir?

El señor B. principió por dirigirle palabras muy afectuosas: había estudiado a fondo su carácter y sentía por él un aprecio que en su larga vida había profesado a muy pocos hombres. Por eso iba a dar una gran prueba de confianza y de estimación.

Y el señor B. sacó de su bolsillo una carta de Santiago en que se le anunciaba que Enrique trataba de realizar sus propiedades con el propósito de dirigirse a Europa para siempre.

El señor B., comprendiendo que la situación de su hija era de todos conocida, no hizo de ella el menor misterio y reveló al doctor la causa de la ruptura matrimonial, pidiéndole al mismo tiempo su cooperación y el servicio de la influencia que ejercía con Faustina a fin de impedir esa desgracia y volver a unir dos corazones que indudablemente se amaban. El viaje de Enrique sería la ruptura del matrimonio de su hija sin esperanza alguna de arreglo, el escándalo de una mujer abandonada por su marido, la ruidosa revelación de asuntos que las conveniencias sociales medio habían

ocultado. No hacía cuestión de intereses, sino de honra. Nada le importaba la fortuna de su yerno: podía derrocharla a su antojo. Su hija poseería siempre lo necesario para vivir con holgura. Pero la sospecha vergonzosa que ese abandono arrojaría sobre la honra de Faustina sería el golpe más cruel que podía recibir en su vejez. Si moría, con qué intranquilidad no abandonaría la vida pensando que dejaba a su hija sola en la tierra, apenas con un niño cuya existencia era tan incierta.

Y el señor B. miró al doctor con atención, como para que le confirmara o desmintiera esta última dolorosa sospecha: pero Guillermo no dio respuesta alguna.

Un pensamiento criminal pasaba por su mente: el de ser dueño, el de apoderarse de Faustina, reemplazando al hombre que la abandonaba.

¡Qué inmensa dicha!

Y saboreaba en un instante los goces que le procuraría esa posesión. Pero cuando volvió de su sueño, se avergonzó de haber podido abrigar semejante pensamiento en presencia del señor B.

¿Es que existe en el fondo de todas las naturalezas algo de miserable?

Rebelóse indignado contra su flaqueza y, a fin de sofocarla y de castigarse, se apresuró a asegurar al señor B. que toda la influencia que se le suponía la pondría al servicio de tan noble empresa.

El señor B., muy agradecido, le observó que era necesario obrar con rapidez a fin de resolver tan grave asunto antes de que Enrique realizara sus negocios y

sus propiedades. Como el doctor debía regresar a Santiago esa misma tarde y no volvería a la quinta sino antes de cuatro o cinco días, es indudable que se le exigía iniciara inmediatamente sus negociaciones.

Una vez obligado a dar principio a su delicada comisión el doctor se vio rodeado de dificultades. ¿Cómo procedería? Al aceptar su papel de mediador con tan generosa precipitación esperaba aprovechar una de esas felices oportunidades que facilitan los arreglos y constituyen la mitad de su éxito. Además, su corazón se resistía. ¿Iba él mismo a lanzar a Faustina en los brazos de su esposo? Al pensar en esto se oprimía su corazón y le parecía que la sangre dejaba de circular por sus venas. No tenía las pretensiones de un seductor ni las esperanzas e ilusiones de un enamorado. Sabía que su amor era algo imposible, porque ni él intentaría mancharlo con un crimen ni ella faltaría jamás a sus deberes; pero no se resignaba a aceptar la separación eterna, el olvido y la muerte. No la vería nunca si era necesario a su reposo y a su honor, pero tenía, en cambio, una aspiración: que ella lo amara siempre, que lo amara desde el fondo de su alma.

Los instantes pasaban y el señor B., impaciente, insinuó de nuevo al doctor que era necesario hablar a Faustina. El pobre viejo se imaginaba divisar en alta mar la nave que conducía a Enrique, separándolo para siempre de su familia, y cada minuto que transcurría lo sentía como una eternidad, como un obstáculo que malograba sus proyectos. No intentaba realizar él mismo la reconciliación, porque había fracasado tantas veces en la empresa. Quería que otro, que bien podía

ser más afortunado y más hábil, la intentara, y nadie como el doctor se hallaba en mejor situación para alcanzar el triunfo. Pero el doctor vacilaba todavía. ¿No era inconveniente esta intrusión de un extraño en los asuntos íntimos de un matrimonio? Sin embargo su misión era generosa, y visible era también el sacrificio que hacía en obsequio a la felicidad de Faustina. Esta idea le dio valor. Le pareció que la joven no olvidaría jamás su abnegación y que este acto de su vida, tal vez más que su propio amor, lo conservaría para siempre en su recuerdo.

Fortalecido con esta esperanza se dirigió hacia la pequeña sala en que poco antes había tenido lugar su escena apasionada con Faustina. Qué distinto papel representaba ahora. Iba grave y casi sombrío.

La joven lo observó un instante con cierta sorpresa, pero acostumbrada a su gravedad y atribuyéndola a un resto de resentimiento por lo que había ocurrido, se tranquilizó y lo recibió sonriente.

—Faustina —dijo él con expresión solemne e irónica—, el señor B. se imagina que tengo la fortuna de ejercer un poco de influencia en usted, la influencia de los médicos que inspiran confianza a sus clientes. ¿Será esto verdad, Faustina?

—Tal vez —replicó ella, un tanto desagradada u ofendida.

—Y cree el señor B. que esta influencia, puesta al servicio de una causa noble, puede realizar algo muy provechoso para usted, como por ejemplo, el arreglo de sus asuntos matrimoniales, la unión de usted con su marido.

—Y usted, en obsequio a mi felicidad y a la suya, se ha decidido a servir de mediador... Es curiosa la embajada.

—Piensa usted, Faustina, lo mismo que yo había imaginado: que tal vez doy un paso inconveniente, pero después de una lucha seria he vencido las resistencias de mi corazón, pensando que todo debía sacrificarlo a la dicha de usted.

—Gracias.

—El señor B. cree, Faustina, que la situación de usted no puede prolongarse por más tiempo.

—Y usted participa de la misma opinión y viene a manifestarme un deseo de mi padre y de usted, ¿no es así?

—Exacto, Faustina.

Ella se mordió los labios y en sus ojos brilló un rayo de ira, pero dominándose al instante dijo con penosa altivez:

—No necesito juntarme con mi marido para saber resguardarme y dominar mi corazón.

—Lo sé —dijo el doctor— y por eso admiro a usted, Faustina, pero no se trata de esto: el señor B. está desesperado porque ha sabido que su yerno se ausenta de Chile para siempre, y quiere detenerlo y reconciliarlo con usted.

—Esa reconciliación es imposible —dijo ella; y fijando en el doctor una mirada penetrante, agregó—: Y ahora más imposible que nunca.

El doctor no tenía nada que observar a esa firme y decisiva respuesta. Su misión estaba terminada. Dio

a la conversación otro rumbo, y poco después salía de la sala para comunicar al señor B. el fracaso de su negociación.

Más tarde el doctor partía para Santiago. Sumido en un sillón del vagón parecía abatido por inmensa tristeza. ¿Todo había terminado entre él y Faustina? ¿Qué significaba la frialdad de muerte con que le dio la mano al despedirse? La tentativa de reconciliarla con su esposo ¿la había ofendido en su amor viendo en ella una proposición de olvido de sus sentimientos? ¡Ah! Faustina no comprendía lo generoso y cruel de su sacrificio y lo había tratado de una manera desdeñosa y hasta hiriente. No debía hacerse ilusiones: no era sino el médico de esa casa, y por consiguiente no volvería a ella si no se le llamaba.

Y firme en esta resolución de hombre enamorado y ofendido, apenas llegó a Santiago se lanzó de lleno al trabajo y al estudio, como para buscar en ellos el olvido de su pasión.

15 La tenaz resistencia de Faustina para perdonar a Enrique, produjo en el ánimo del señor B. un profundo abatimiento y una sorda irritación contra su hija, que se manifestó en una extrema frialdad en sus relaciones. El pobre anciano pasaba silencioso la mayor parte del día, y a no detenerle el cariño de su nietecito, que en nada era culpable de lo ocurrido, hubiera regresado a Santiago en compañía del doctor.

Faustina no se explicaba este enojo sino como un capricho de padre que se disgusta porque no se le obedece, como si se tratara de un asunto cualquiera en que el corazón y la dignidad no estuvieran interesados. ¿En obsequio de qué gran propósito se la quería sacrificar? Ella vivía bien así. Su hijo y su padre le bastaban. Además, esta repulsión a unirse al hombre que la había ofendido era ya algo encarnado en su naturaleza, y la insistencia en que ella se convirtiera en un objeto sumiso, de fácil arreglo, en obsequio de algún interés social, la indignaba despertando la energía de su altivo carácter.

Pero todas estas contrariedades, si bien molestaban a Faustina, no la hacían sufrir. Lo que la preocupaba y abstraía por completo su pensamiento, era la conducta de Guillermo y el recuerdo de los últimos sucesos. Al partir el doctor para Santiago ¿se alejaba de ella para siempre? En un día, en unas cuantas horas había experimentado las más violentas emociones: la dicha de sentirse amada por el hombre a quien ella amaba también en secreto, y el disgusto de aquella proposición de arreglo con su marido hecha por el mismo que momentos antes le confesaba su amor. No se sabía explicar una conducta tan contradictoria, pues si realmente la amaba ¿cómo podía conciliarse este sentimiento con el deseo de verla unida a su esposo? ¡Ah! su amor no era tan grande cuando se resignaba a perderla para siempre: era un capricho, una pasión cualquiera.

Durante muchos días Faustina vivió con el pensamiento fijo en esta idea, y como a la semana siguien-

te el doctor no volviera a la quinta, se apoderó de ella una inmensa tristeza, esa pena negra y profunda de los que aman sin esperanza. A veces pensaba, después de repasar en su memoria una a una todas las palabras de Guillermo, que había querido sacrificarle su amor. ¿No le había dicho ella misma que era un crimen amarla y que se contentara con su amistad? El había aceptado, e instantes después le daba una prueba de sumisión a sus deseos tratando de unirla a su esposo. Sin duda alguna que esta conducta era noble, era generosa, pero esta nobleza y generosidad la hería en el alma, pensando que un amor verdadero no se resigna fácilmente a tan enorme sacrificio. Su egoísmo de mujer enamorada la ofuscaba de tal manera que no comprendía ni aceptaba que el doctor tuviera una moral idéntica a la suya.

Transcurrieron varias semanas sin que el doctor volviera a la quinta. Faustina estaba verdaderamente indignada de su conducta: no era caballeresca ni humana. ¿No tenía el compromiso de atender a su enfermo? Si tenía con ella algún resentimiento debía sofocarlo y no olvidar por eso sus deberes de médico. Además, esos días había notado que Luchito estaba muy decaído: era, pues, una falta de atención y de cariño, una verdadera crueldad abandonarle a su triste suerte. ¿Habría necesidad de buscar a otro médico? Y pensaba que semejante cambio sería una desgracia, pues nadie como Guillermo conocía la enfermedad y la naturaleza del niño.

En verdad el niño no estaba peor que antes pero Faustina, viéndolo abandonado por el doctor, confun-

día su desgracia con la de su hijo, y tanto se preocupaba de su salud que realmente llegó a creerlo muy enfermo. El señor B., cuyas antiguas sospechas respecto a los ocultos sentimientos de su hija habían renacido en presencia de sus visibles tristezas, la tranquilizaba y aun llegaba a burlarse de sus temores.

Extrañaba también el señor B. la prolongada ausencia del doctor, y no sabiendo si atribuirle a enfermedad insinuó a Faustina la idea de escribirle preguntándole por su salud. Y al hacer esta indicación el señor B. parecía esperar en la respuesta de su hija algo como la resolución de un problema.

Faustina se turbó y aun palideció al escuchar estas palabras, y dijo confusa que ella no le escribiría, pues no creía que estuviera enfermo.

El señor B. no volvió a tocar semejante asunto. Comprendió que existía algo de misterioso en esta ausencia del doctor y que tal vez era mejor que no viniera.

Los días transcurrían penosos, y la quinta, a pesar de encontrarse en la época de su más exuberante vegetación, parecía como abandonada. Reinaba en ella ese silencio triste de las casas visitadas por la desgracia o en la que ha habido un reciente duelo. Sólo el señor B. se paseaba después de almuerzo algunos instantes por el huerto, llevando abiertos algunos diarios de Santiago, recibidos esa misma mañana, y que apenas leía, preocupado de asuntos que le interesaban más que las noticias políticas o los sucesos locales. No se resignaba con su suerte, y aun cuando creía haber hecho en obsequio de la felicidad de su hija todo lo que su deber y cariño de padre le aconsejaban, insistía buscando al-

gún medio que sirviera para reconciliar a Faustina con su esposo, a fin de que la dicha y el amor volviesen a unir esa pequeña familia deshecha.

Sólo Luchito obtenía ventajas positivas de esta situación desgraciada, pues era objeto de los mayores cuidados y caricias de su madre. Una inmensa ternura hacia su hijo se despertaba en el corazón de Faustina. Comprendía que él también había sido abandonado y trataba de reemplazar con su amor el afecto y las atenciones que ya no le prodigaba su médico, y en esta explosión de su ternura, en esta intimidad de una desgracia común, encontraba un alivio a sus propias desventuras. A veces se consideraba feliz pensando que no debía pretender en la tierra otra dicha que este puro amor de su hijo, y algo tremendo la confirmó en su creencia.

Una noche que acababa de acostar a Luchito en su lecho y cuando ya se retiraba después de haber depositado en su frente el beso de la madre que desea para su hijo felices sueños, el niño la detuvo con una mirada. Ella quedó de pie aguardando que algo le dijera, y con la luz que tenía en la mano iluminaba su bello rostro sonriente.

—No te vayas —le dijo Luchito—, voy a decirte una cosa. Acércate.

Faustina acercó su cabeza a la del niño, pero él quedó silencioso.

—Di —murmuró Faustina.

—No —contestó él, volviéndose en su almohada—, mañana, ahora no.

Pero como Faustina insistiera, sacó él sus bracitos,

y enlazándolos al cuello de su madre, muy apretados, le dijo al oído:

—No quiero que venga más el doctor: no lo llames nunca.

—¿Por qué? —preguntó Faustina asustada.

—Porque cuando él viene, tú no me quieres.

—¡Qué tontito! ¿Pero de dónde sacas eso?... ¿Conque yo no te quiero? —dijo Faustina ruborizada y con voz que temblaba por la emoción.

—Sí: no me quieres cuando viene el doctor.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Porque cuando el doctor venía tú no me besabas ni me acariciabas como ahora.

—¡Ah! —dijo ella buscando en su imaginación una excusa a sus faltas— es que si te acaricio demasiado no tomas los remedios que te deja.

El niño quedó silencioso, y Faustina, temblando a la idea de que su explicación no lo convenciera, le arregló precipitadamente la ropa del lecho, lo besó en la frente, y se alejó diciéndole con voz profundamente conmovida:

—Duérma, mi hijito, duerma tranquilo: yo lo adoro.

Se encerró en su alcoba muy agitada. Un sentimiento, mezcla de terror y de vergüenza, le oprimía el corazón, haciéndola sentir las angustias de sus grandes faltas. Su hijo había leído en el fondo de su alma. Su criminal pasión era tan visible que hasta el inocente niño la conocía. ¡Qué castigo tan cruel le deparaba el cielo! El juez severo, el juez tremendo de sus actos, que con una mirada y una palabra podía con-

denarla a las más atroces torturas, estaba ahí a su lado para siempre, era su propio hijo.

Era cierto, el mismo Luchito se lo recordaba en la más tierna y dulce de las quejas. Durante algún tiempo había vivido enajenada, sumida en sus éxtasis, sin ver lo que pasaba a su alrededor, olvidada de sus deberes y dejando en el abandono o en la indiferencia a su pequeño hijo enfermo. Era casi tan criminal como su marido. ¿Qué otras faltas podía cometer ella? Era ahora digna de vivir a su lado.

El exceso de su propio abatimiento la hizo recobrar su dignidad. Un grito de su conciencia inocente le devolvió la calma e irguió su altiva cabeza, por la que sólo habían pasado sueños inconscientes, que no manchaban su castidad y su pureza. Se encontraba fuerte, casi más fuerte que antes, porque había salido victoriosa de las pruebas a que la había sometido su corazón. No se explicaba cómo ese cariño natural por un hombre lleno de bondades se había convertido en una pasión. Eso había ocurrido sin su consentimiento: ahora todo estaba terminado para siempre. Y al pensar así se escapó de su pecho un suspiro que semejaba al gemido causado por el dolor de una herida abierta, advirtiéndole que su amor era más serio y grande de lo que pensaba. ¡Ah! la curación sería larga y dolorosa.

Luchito, como persona de experiencia y muy discreta, no volvió a pronunciar el nombre del doctor, ni a repetir sus quejas, ni a recordar incidente alguno que se relacionara con su pasado abandono. Era ahora muy feliz, pues volvía a ser el único objeto de las preocupa-

ciones de Faustina, la cual lo atendía con el cuidado que merecía un niño inteligente y observador que penetraba los sentimientos más ocultos de su madre. Cuando Faustina estaba al lado de su hijo y el recuerdo del doctor venía a su mente, experimentaba los terrores de una persona que puede ser descubierta en una falta. Le parecía que ese recuerdo era como un sacrilegio, como algo que manchaba a su propio hijo, y trataba de ahuyentarlo de su imaginación, de borrarlo de su memoria.

Faustina vivía ahora constantemente al lado del niño. Si bordaba o dibujaba estaba él ahí, siguiendo con curiosidad las curvas del lápiz, entretenido al ver cómo aparecían sobre el blanco papel rosetones, triángulos o caladas ojivas que formaban en conjunto un gran cuello o un modelo cualquiera. Pero más le gustaba ver bordar con seda de diversos colores, porque entonces le parecía que brotaban de la tierra prados de flores vivas que germinaban con el sol.

Para Faustina estos ratos eran deliciosos y la hacían olvidar sus penas. A veces reía sorprendida ante una observación original o extraña, pero siempre exacta, y que no se le habría ocurrido a un grande. Ah, cómo había perdido ella, durante algún tiempo, estas dulzuras, estas delicadezas, estos finos y exquisitos goces que nos procuran las sorpresas de un alma que nace a la vida y ve y siente muchas cosas por la primera vez. Así, confundiendo su vida con la de Luchito, volvía a encontrar Faustina un poco de la dicha y del reposo perdidos y cuando la asaltaban los recuerdos, buscaba contra ellos una protección o un refugio en el seno de

su hijo, ya que todo se desvanecía ante la pura satisfacción de sus caricias.

El señor B. tomaba parte con frecuencia en estos idilios de madre e hijo, haciendo al niño preguntas que revelaran su talento. Una noche, una hermosa noche de luna, tibia y fragante como son todas las de noviembre, la escena terminó con lágrimas. Estaban los tres en el costurero de Faustina. No había en la habitación más luz que la de la luna que entraba por la ventana abierta que caía al jardín.

—¿Qué te gusta más, Luchito —preguntó el señor B. a su nieto—, el día o la noche?

—El día.

—¿Por qué?

—Porque la luz me alegra.

El señor B. pareció satisfecho; pero Faustina observó:

—En las noches de luna, como ésta, también hay luz.

—Yo te diré —dijo el niño con su plateado acento—, el cielo me gusta más de noche y la tierra de día.

Al señor B. le parecía todo esto encantador. Estas respuestas gráficas revelaban un talento que era necesario cultivar con esmero, y como la enfermedad del niño fuera una pesadilla que nublabá sus dichas, la idea de perderlo pasó por su imaginación. Su cabecita pálida se destacaba de entre la blanca luz de luna que llenaba la pieza, y el señor B. creyó ver en ella algo como una mortaja que lo envolvía.

Dominado por supersticioso terror, cerró inmediatamente la ventana.

—No es conveniente —dijo— este aire frío de la noche.

Y paseándose agitado por la habitación trataba de disipar los terribles presentimientos que lo asaltaban. Faustina comprendió lo que pasaba en el corazón del señor B. y sus antiguos temores, un tanto desvanecidos, renacieron con espanto. Agitada y nerviosa llevó al niño a su lecho, como arrancándolo de entre los brazos de esa visión que ambos habían creído entrever.

16 La residencia en la quinta era cada día más triste para el señor B. Le parecía que en el momento más inesperado todo cuanto en la tierra le quedaba se iba a derrumbar aplastándolo bajo el peso de sus desgracias. Tenía miedo de mirar a su alrededor. Sin embargo, era necesario luchar e ir de frente contra la adversidad. Si se tratara sólo de él, se dejaría arrastrar por la corriente, pero era la felicidad de su hija y de su nietecito lo que peligraba.

Para el señor B. toda su dicha y la de las personas que le rodeaban consistía en la unión de su hija con Enrique. Si se obtenía este gran triunfo, todo lo demás, hasta la salud del niño, vendría fácilmente. No pensaba, pues, en otra cosa que en encontrar el medio de llevar a cabo esa reconciliación.

Cierta mañana el señor B. amaneció muy contento. Parecía rejuvenecido y radiante, y lo primero que hizo, al salir de su habitación, fue dirigirse a la de

Luchito e invitarlo a dar su paseo de todos los días. Era demasiado temprano y el niño estaba soñoliento, pero el señor B. lo hizo levantar y él mismo lo ayudó a vestirse, y con una agilidad nerviosa e impaciente se echó a andar con su compañero por las avenidas ya tantas veces recorridas de la villa.

La alegría del señor B. era perfectamente justificada. Después de varias noches de insomnio, pensando cómo arreglar los asuntos matrimoniales de su hija, había encontrado el remedio seguro e infalible, y este descubrimiento, que lo hacía tan feliz, era para el señor B. más grande que todos los que la ciencia y el arte habían inventado en el presente siglo.

El procedimiento era por demás sencillo: consistía sólo en hacer sentir a Luchito el deseo de esta reconciliación, que él exigiera de su madre con esa infantil y suave dulzura de los niños ante la que se desploman las voluntades más tenaces. ¿Podría resistir Faustina a las súplicas perseverantes de su hijo? No era creíble: él, en semejante situación, cedería en el acto. Y el señor B. meditaba la manera más oportuna y acertada de realizar su propósito: sin precipitación, tomando todas las precauciones convenientes a fin de evitar un nuevo fracaso.

Fatigado por la rápida marcha que distraído había hecho, se sentó a descansar sobre el tronco de un árbol derribado, que los leñadores parecían haber abandonado a los transeúntes.

—Hay aquí una hermosa vista —dijo el señor B., dirigiendo sus miradas al abierto y amplio panorama que le circundaba—: ¿te gusta este sitio, Luchito?

—Sí —dijo el niño indiferente—, pero más me agradan los sauces que están en el otro camino, junto al rancho de la viejecita enferma, porque por ahí pasa esa grande acequia con el agua tan clara.

—Nos volveremos por ahí para que veas correr el agua.

En ese instante se dejó oír la ruidosa y cansada respiración de un tren que pasaba.

—¿Va para Santiago? —preguntó el niño.

—Viene.

Un fuerte silbido y un ruido de cadenas que se chocaban anunció que el tren se había detenido en la estación.

—¿Te agradaría ir a Santiago?

—Oh, sí —dijo el niño con entusiasmo—, no me gusta esta ciudad. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Entonces ¿por qué no nos vamos?

—Si tu mamá quiere... —dijo el señor B. con fingida indiferencia—. Esta noche, cuando te lleve a acostar, puedes decirle: "Mamá, yo quiero ir contigo a Santiago: yo me muero aquí, yo quiero ver a mi papá". Ruégale y llora, si es necesario, hasta que consigas que se vaya: pero todo esto ha de ser como que sale de ti. Veamos ¿cómo le vas a decir?

Y el niño, entusiasmado con la esperanza de ver a su padre y tal vez con el papel que iba a representar, repitió muy bien la lección.

El señor B., satisfecho y muy confiado en el éxito de su obra, echó a andar de regreso a la quinta.

—Nos vamos por el camino de los sauces —dijo el niño—, voy a despedirme de la viejecita.

Iban muy alegres como si les sonriera una gran fortuna inesperada. El niño creíase ya en Santiago y el señor B. veía a su hija reconciliada con su esposo, olvidada del pasado y dichosa como lo era hacía tres años.

Cuando el niño divisó la pajiza vivienda de la paralítica echó a correr con velocidad. El señor B., contento al verlo tan alegre, lo siguió con la vista. De improviso el pobre viejo dio un grito y echó a correr a su vez.

Luchito, al pasar corriendo el angosto y movable puente que enfrentaba a la puerta del rancho, había caído a la acequia.

El señor B., pesado y viejo, llegó jadeante al sitio del accidente. La hermana de la paralítica que había oído el ruido del cuerpo al caer en el agua y los gritos del niño, corrió también precipitadamente y se dirigió sin vacilar al sitio en que el borde de la acequia desaparecía, pudiéndose penetrar en ella muy fácilmente. Ahí llegó el niño andando y arrastrado por el agua, y la mujer lo tomó en sus brazos y lo salvó.

Todo no había pasado de un gran susto, pues no existía el menor peligro. La acequia, por fortuna, no arrastraba un gran caudal ese día, pero el señor B., casi aterrado, temía las consecuencias de lo ocurrido a ese niño enfermizo a quien el más leve accidente postraba en cama. El traje del niño estaba empapado y no había con qué reemplazarlo, y ni un carruaje para conducirlo a la quinta, que estaba a ocho cuabras de dis-

tancia. Sin vacilar, el señor B. desnudó al niño, lo secó como pudo, lo envolvió en los pañuelos de las dos mujeres y en la gruesa frazada del lecho y lo condujo en brazos hasta su casa, sin querer confiar a nadie por el camino esa carga adorada, ese tesoro que valía mil veces más que su propia vida.

Llegó a la quinta temeroso, presintiendo la escena que tendría lugar cuando Faustina viese a su hijo en semejante estado. Felizmente estaba en la iglesia y el señor B. aprovechó su ausencia para vestir al niño y hacerle beber unos cuantos traguitos de coñac. Luchito, ya repuesto del susto, reía nerviosamente, y su alegría efímera tranquilizaba al abuelo que lo creía a salvo de una recaída. ¿Contarían a Faustina la aventura? Tal vez convenía ocultársela por el momento, hasta que pasara todo peligro, evitándole de esta manera las impresiones y temores de todo un día. Así se hizo, y ya todo parecía salvado, cuando en la mesa, a la hora del almuerzo, Faustina notó el nuevo traje que vestía Luchito. ¿Qué significaba ese cambio? El niño dejó que contestara su abuelo, y éste, sorprendido ante lo inesperado de la pregunta, explicó el hecho diciendo que iba a pasear a Santiago con el niño.

Luchito aplaudió entusiasmado la respuesta.

—¡Sí, a Santiago, a Santiago! —exclamó palmeando.

—Pero ¿por qué te alegras tanto? —dijo Faustina—. ¿No lo sabías?

Y atrayendo hacia sí la cabeza del niño le besó en la frente, diciéndole:

—¡Me abandonas y estás contento!

Pero luego, muy sorprendida, exclamó:

—Has bebido coñac. ¿Por qué?

Luchito volvió a mirar a su abuelo.

—Yo le dí un poco —respondió el pobre viejo algo turbado—, tenía frío.

—¡Frío en este tiempo y en este día de ardiente sol!

Y Faustina fijó en su hijo una de esas miradas de madre en que revelaba su eterna alarma.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—Sí —dijo el niño palideciendo—, me duele la cabeza.

Y una convulsión violenta lo agitó un instante.

—Este niño se ha resfriado, tiene fiebre —dijo Faustina, posando su mano en la frente del enfermo.

Fue necesario referirle lo ocurrido. Entonces Faustina alarmada, presintiendo algo muy grave, lo llevó inmediatamente a su lecho, le hizo fricciones con alcohol y le dio de beber una taza de flores sudoríficas, tilos y violetas.

El señor B. insinuó la idea de llamar por telégrafo un médico a Santiago, pero el niño se incorporó en su lecho diciendo con energía que no quería médicos.

Faustina muy ruborizada, pues comprendió la causa de esa resistencia, lo tranquilizó asegurándole que no se llamaría a ningún médico, pues confiaba que Dios lo sanaría con los remedios que acababa de suministrarle.

Durante algunas horas el enfermo estuvo tranquilo, pero al venir la noche, la fiebre, que parecía

vencida, fue aumentando por grados, y una agitación nerviosa externa alarmó profundamente a Faustina y al señor B. Era indispensable llamar médicos: pero cuando esto se decidió ya era tarde y la oficina telegráfica estaba cerrada. Se pensó enviar a Santiago un sirviente en un carruaje de posta, pero ¿vendría algún médico a esas horas? Sólo uno, pero a ese jamás lo llamaría.

Así, llenos de vacilaciones y dominados por esa esperanza fatal que sólo nos abandona en presencia del cadáver, la madre y el abuelo pasaron toda la noche velando junto al lecho del pequeño enfermo, suministrándole remedios que calmaran su fiebre. Esperaban la venida del día para conducirlo a Santiago en el primer tren que pasara. Era necesario llevarlo al centro de todos los recursos fáciles y rápidos.

Al amanecer todo estaba preparado: un carruaje transformado en cómodo lecho para conducirlo a la estación y blandos almohadones de plumillas y de pelusas de seda para instalarle en un carro especial. El enfermo, profundamente abatido, fue colocado sucesivamente en uno y otro lecho como un cuerpo inerte. Su fiebre había acrecentado y principiaba el delirio. Cada palabra que el niño decía en medio de su sueño febril desgarraba el corazón de Faustina, pues eran quejas doloridas y expresiones de sentimiento oculto que sólo manifestaba en su delirio. ¿Qué había hecho él para que se le separara de su padre? En Santiago no se habría caído a la acequia y por consiguiente no se habría muerto.

—¡Ah, se cree muerto ya! —dijo Faustina, leván-

tando al cielo sus brazos. Y su corazón, que hasta entonces había resistido sereno, estalló en sollozos.

Así, lleno de angustias, fue todo el viaje hasta llegar a Santiago.

La instalación en la casa, después de una ausencia tan larga, ofrecía a cada momento una dificultad; y aun cuando Faustina había traído consigo toda la servidumbre, a cada instante una necesidad cualquiera la distraía de su dolor y la alejaba del lecho del enfermo.

Enrique no estaba en la casa, como no almorzaba ni comía en ella, todas las mañanas salía y sólo regresaba a altas horas de la noche. El señor B. quiso hacerlo buscar en el club, pero Faustina no lo consintió.

—¡Todavía, aun en este momento resistes a una reconciliación! —le dijo el señor B. con la expresión de severo reproche.

—En este instante es cuando necesito de más tranquilidad: su presencia haría renacer en mí nuevos pesares. ¡Que venga cuando ya todo esté concluido!

—Lo que dices es espantoso —exclamó desesperado el señor B.

Faustina no contestó.

Ambos se dirigieron al salón contiguo, donde esperaban dos médicos que habían sido llamados.

Uno de ellos parecía extranjero. Era de regular estatura, rubio y de fisonomía encendida. Usaba anteojos. Era uno de los médicos chilenos más ilustres, tan respetado y querido por su ciencia como por su filantropía. Los niños lo adoraban porque una bondad y una ternura infinitas parecía desprenderse de sus palabras y de todo su ser. Se llamaba el doctor Allende

Padín. Su compañero era más joven, alto, moreno y de fisonomía inteligente.

—Una gran desgracia, doctor —dijo Faustina, dirigiéndose a Allende Padín—, mi hijito se muere y sólo usted, sólo ustedes —agregó mirando al otro doctor— pueden salvarlo.

En ese instante se dejó oír un gemido tan lastimero que Faustina se estremeció. Allende Padín puso atento oído y cuando el lamento se hubo apagado dijo a su colega.

—Es una meningitis tuberculosis.

—Así parece.

Y todos pasaron a la pieza del enfermo.

Apenas vieron los doctores la expresión angustiada del rostro del niño confirmaron el diagnóstico: era, en efecto, una meningitis tuberculosis, enfermedad rápida, que en pocas horas se desarrolla y termina, sobre todo cuando encuentra condiciones tan favorables como la naturaleza debilitada del pobre Luchito.

Mientras los doctores hacían su examen profesional, al parecer por pura fórmula, pues la cuestión estaba resuelta para ellos desde el primer momento, la madre y el abuelo fijaban en los facultativos miradas llenas de angustiada ansiedad procurando descubrir en alguna leve muestra de emoción la terrible verdad que tal vez se les iba a ocultar.

Debieron descubrirla en algún gesto doloroso o compasivo, en el silencio helado como la muerte que reinó un instante, en el respeto casi solemne con que hablaron a la madre y que parecía decir: “Señora, sois muy desgraciada: aprontaos para sufrir”. Así lo com-

prendió Faustina y así también lo comprendió el señor B. y ambos salieron de la pieza del enfermo, acompañando a los doctores, con esa expresión muda, con esa especie de petrificación de todo nuestro ser, que causan las grandes e inexorables desgracias.

¡Ah! ¡Todo estaba perdido! ¿No habría alguna fuerza misteriosa, algún remedio desconocido que se escapaba a la ciencia, o que los doctores no recordaban en ese instante, capaz de salvar al niño? Y el pensamiento de Faustina voló hacia Dios, pensando que sólo El podía conservarle a su hijo. Oró con el alma llena de ternura y de fe. Un tanto aliviado su corazón con la plegaria que había elevado al cielo, recobró su serenidad, su invencible fuerza, y como quien responde a una voz secreta, murmuró estas palabras:

—¡Hágase tu voluntad!

Las horas de ese día transcurrieron lentas y dolorosas, y en medio de la angustia que oprimía el corazón del señor B., vivía siempre imperioso su propósito de reconciliar a su hija con Enrique. Tal vez la inmensa desgracia que los amenazaba iba a servir a ese objeto. El dolor, que predispone a la ternura, arrojaría al uno entre los brazos del otro. Y el señor B. esperaba este final: pero Enrique no aparecía. Decidióse, al fin, a hacerle buscar, contrariando las órdenes de Faustina, e inmediatamente se presentó la oportunidad de realizar su deseo.

Un amigo de Enrique que había visto estacionados frente a la casa los cupés de algunos doctores y notado en el interior de ella esa agitación que producen las catástrofes violentas, entró a informarse de lo que

ocurría. El señor B. lo recibió como a un enviado providencial, satisfizo su curiosidad o interés, y en seguida le rogó comunicar a Enrique lo que ocurría, pues habiendo llegado esa misma mañana ignoraba todavía la enfermedad de su hijo.

El amigo buscó a Enrique con ese anhelo del que tiene una noticia importante, buena o mala, que comunicar, pero no lo encontró en ninguno de los conocidos sitios en que con frecuencia se presentaba.

—¿Para qué lo necesitas?— le preguntaban.

Pero él, deseoso de conocer la impresión que la noticia iba a producirle, no reveló a nadie el objeto de sus trajines. Sólo a las once de la noche lo encontró jugando *baccarat* en el club y después de saludarlo lo llamó discretamente fuera de la sala. Enrique continuó jugando, pues, como desgraciado en amor que era, había ganado alguna suma y no le parecía decoroso abandonar su asiento. Pero lo hizo precipitadamente al leer estas líneas escritas con lápiz que le envió su amigo: “Ven: noticias graves”.

—¿Qué ocurre? —preguntó Enrique asustado.

—¿Sabes que tu mujer ha llegado?

—En verdad, lo ignoraba, pues no he vuelto a casa desde la mañana de hoy.

—Así lo presumía.

—¿Y bien?

—Esta tarde pasé por ahí y me llamó la atención ver estacionados frente a la puerta de calle los cupés de algunos doctores. Probablemente ha llegado enferma, o es el señor B.

—¡O mi hijo...!

—Tal vez.

—¿Nada más sabes?

—Nada más...

Enrique salió precipitadamente del club y subió a uno de los carruajes que siempre esperan frente a su fachada, y en pocos minutos estuvo en su casa. Al ver la puerta de calle junta, un presentimiento horrible le heló la sangre. Atravesó casi corriendo el patio apenas alumbrado y se encontró en la sala con el señor B. y otras personas, todos silenciosos, dominados todavía por el dolor y el espanto de una muerte casi súbita.

Al ver a Enrique, el señor B. se dirigió hacia él, y tomándole dulcemente de los hombros, le dijo con expresión benévola y triste:

—Llegas tarde, hijo mío.

El prorrumpió en sollozos.

—¡Mi hijo, mi hijo! —gritó con la expresión de un dolor tan profundo que desgarró todos los corazones.

Y corrió a la pieza del niño. El señor B. y algunas de las personas de su más íntima amistad lo siguieron en silencio, comprendiendo que en ese instante era inútil toda palabra y todo consuelo.

Hacía una hora que Luchito había muerto, y reposaba todavía en su blanco lecho de ángel y de mártir, conservando en su rostro enflaquecido los rastros bien marcados de sus sufrimientos. El día antes de la víspera de su muerte había cumplido ocho años y ya algunas arrugas surcaban su frente.

Enrique se precipitó como un loco sobre el cadáver de su hijo.

Faustina, que todavía lo contemplaba llorando en silencio, se hizo a un lado del lecho para dar paso a su marido.

—¡Oh mi Luchito adorado, oh mi desgraciado hijo! —gritaba abrazando el cadáver y cubriéndolo de besos, como si quisiera darle vida con su aliento.

Todos los gemidos, todos los alaridos de los grandes dolores se escapaban del pecho de Enrique desesperados y coléricos. ¡Ah! qué inmensa injusticia... ya no vería nunca a su hijo... a lo que más amaba en la vida... ¿Qué iba a ser de él? ¿Qué lazo, qué afecto lo ligaría a la tierra?... ¡El también quería morir!... ¡Sí, que lo sepultaran con su hijo en la misma tumba...!

Y como si todavía dudara de que fuera cierto lo que veía, estremecía al pequeño muerto con más angustia que si se estremeciera su propio cadáver.

Todos lloraban. Sólo Faustina, de pie, contemplaba la escena, fría e inmóvil como una estatua de mármol.

—¡Oh, la miserable! —exclamó Enrique cubriéndola con una mirada de mortal odio—. ¡Ha querido vengarse y me arroja sobre el corazón el cadáver de mi hijo!

Todos, menos Faustina, se imaginaban que Enrique había perdido la razón.

—Es Dios que te castiga —dijo ella— y no quieres creerlo.

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho? ¿Qué crimen he cometido?

Esa escena de recriminaciones parecía un sacrilegio junto al cadáver de un ángel.

El señor B., lleno de majestad, y con su hermoso rostro ennoblecido por el dolor, se acercó a Enrique, y le dijo con solemne dulzura:

—No hay aquí ningún culpable, hijo mío, y si existe no está al alcance de nuestra censura. Resígnate, querido Enrique: tu dolor es noble y muy natural, pero no es más grande que el que sienten la madre y el abuelo.

Enrique, sollozando siempre, inclinó la cabeza más tranquilo y resignado.

—Salgamos de aquí —dijo el señor B. tomando a Enrique del brazo con infinita ternura—, necesitas de calma, como que el golpe por lo inesperado, ha sido para ti más tremendo.

El señor B. condujo a Enrique a sus habitaciones y permaneció a su lado silencioso y atento, como si cuidara de un enfermo. De cuando en cuando pronunciaba afectuoso una de esas frases de consuelo y de esperanza que engrandecen nuestro espíritu y nos dan fuerzas para soportar resignados y serenos las más grandes desgracias. Sin duda que Enrique sentía los benéficos efectos de esa palabra amiga y bondadosa, pues sus sollozos eran más tardíos y un abatimiento casi inerte reemplazaba a la desesperación violenta y colérica de los primeros momentos. Al fin sus lágrimas llegaron a correr silenciosas y pudo interrogar al señor B. sobre la enfermedad de su hijo. Quería conocerlo todo en sus más mínimos detalles.

El desgraciado abuelo refirió a Enrique, sin ocultar nada, ni siquiera sus deseos y proyectos de unir el roto matrimonio de sus hijos, la triste historia de los

últimos días, y cuando hubo terminado su narración era él y no Enrique quien necesitaba de consuelo, pues el pobre viejo lloraba con esa angustia del que siente rodar sus últimas lágrimas sobre sus últimas ilusiones.

La noche se deslizó entre sollozos, y ya las primeras luces de la mañana penetraban a la pieza de Enrique haciendo inútil el gas. Algunas personas que los acompañaban principiaron a retirarse, recomendando a Enrique y al señor B. el reposo, y más que todo, la resignación. Todos habían pasado por estos trances dolorosos de la vida, perdiendo a sus hijos, a sus padres o a sus esposas, y al fin se habían resignado ante esa fuerza inexorable y tremenda, igual para todos, que a nadie respeta, ni a los poderosos, ni a los débiles.

—¡Ah, cada uno se cree el único en su dolor! —decía una señora viuda que había perdido también a sus hijos— y en este instante ¡cuántos no sufrirán el mismo golpe y llorarán al lado de otros queridos muertos! Así es la vida: y bien mirada, los que se van son los dichosos... ¿Para qué este empeño por retenerles? ¿Tenemos muchas felicidades que ofrecerles? ¡Ah! lo hacemos por puro egoísmo, por evitarnos el dolor que nos causa su separación; pero están mejor allá... y la prueba es que nadie querría volver para andar el mismo camino.

Enrique parecía más tranquilo. Tal vez principiaba a estar de acuerdo con el fondo de esta filosofía natural y humana. El, con tantas condiciones para ser feliz ¿lo había sido alguna vez? Lo dudaba. Indudablemente, su hijo tampoco lo habría sido. No tenía ni salud. Estaba condenado desde la cuna...

Sin sentirlo penetraban en el alma de Enrique los primeros razonamientos de la resignación.

—No tenemos sino un camino que seguir —dijo el señor B.— para ser en la tierra lo menos desgraciados...

—¿Cuál? —preguntó Enrique con dulzura, y como dispuesto a andar.

—Ser buenos y no hacer sufrir a nadie.

Reinó un largo silencio, que Enrique interrumpió expresando el deseo de ver a su hijo: quería darle el último beso.

—Sí —dijo la abnegada señora que los acompañaba—, pero prométeme que también abrazarás a Faustina. ¡Ella te ama y es tan buena! Que la desgracia que lloramos traiga en compensación este gran bien. Estoy cierta de que Luchito se estremecerá de alegría al ver que sus padres se aman...

El señor B. miró a Enrique con expresión casi suplicante. Un rayo de esperanza penetraba en su sombrío corazón.

—¡Vamos! —dijo Enrique con resolución.

Cuando penetraron en la pieza de Luchito todos se estremecieron ante la escena dolorosa que se presentó a sus ojos: Faustina, sentada sobre el pavimento y apoyada en algunos almohadones tenía en sus faldas el cadáver de su hijo y le acariciaba como si estuviera vivo, pasaba sus dedos por entre las madejas de sus rubios cabellos y se inclinaba a besarlos en los labios, en los ojos y en la frente. Toda la noche la había pasado así, velándolo entre sus brazos, abrigándolo con el calor de su seno. Cuando vio a su marido, a su padre y

a su amiga levantó el rostro pálido y demacrado y sonrió tristemente. El señor B. se arrodilló junto a su hija, con más respeto y más fe que si lo hiciera frente a un altar, y besó el rostro de su nietecito.

Enrique permaneció de pie, mudo e impasible.

Parecía que Faustina era un obstáculo para que él se acercara a su hijo. Ella tampoco le dirigió una sola mirada.

El señor B. se alzó con mucha dificultad. Su corazón estaba despedazado ante este nuevo y último fracaso de sus esperanzas.

—¡Ah! —murmuró con espantosa amargura— ¡todo está concluido para siempre! Hay en ellos un resentimiento invencible.

Y salió de la habitación seguido de Enrique y apoyado en el brazo de su buena amiga, que le decía:

—¡Es que ya no se aman...! Hay que saber conservar el cariño... El amor que se extingue es como el fuego que se convierte en cenizas: nada ni nadie es capaz de reanimarlo.

.....

A la mañana siguiente, cuando el señor B. regresó del cementerio, Faustina, echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Sólo tú me quedas en la vida: me voy contigo.

—Soy yo el que se viene a tu lado —dijo el señor B. haciendo esfuerzos para que las lágrimas no brotaran de sus ojos—. ¿No me recibirán en esta casa? Créeme, hija mía, todavía puedes ser feliz. Muchas mujeres

son madres, a tu edad, por primera vez: puedes tener nuevos hijos que hagan revivir en su imagen al que has perdido... Toma la vida con todas sus nobles amarguras y con todas sus nobles dichas, y te aseguro que las últimas no serán escasas.

—Para esa nueva vida sería necesario que lo amara como en otro tiempo... No, no —repitió como aterrada—, todo ha concluido para mí.

El señor B. guardó silencio, pensando que no era ése el momento de insistir.

Además tenía fija en su mente una idea que lo tranquilizaba y abría su corazón a una nueva esperanza. Se alejó de su hija murmurando pensativo:

—Sí: ése será el momento oportuno... en el instante de mi muerte... Ni ella ni Enrique resistirán a los ruegos del que los abandona para siempre. Se arrojarán a mi lecho y los bendeciré. Será como la celebración de un nuevo matrimonio. Esperemos...

F I N

BIBLIOTECA POPULAR NASCIMENTO

En un gran esfuerzo editorial lanzamos esta colección destinada a divulgar los grandes valores de la cultura universal y nacional en ediciones económicas de bolsillo. Gran parte de los títulos de la colección corresponden a textos auxiliares de educación para la enseñanza del castellano, pero son, al mismo tiempo, obras literarias de indudable interés general.

TÍTULOS EDITADOS

1. Alejo Carpentier: "Viaje a la Semilla y otros relatos".
2. Eduardo Barrios: "El Niño que Enloqueció de Amor".
3. Horacio Quiroga: "Sus Mejores Cuentos".
4. Nicanor Parra: "Poemas y Antipoemas".
5. Nicolás Guillén: "Antología Clave".
6. Antonio Gramsci: "Maquiavelo y Lenin".
7. Miguel de Unamuno: "San Manuel Bueno, Mártir".
8. Manuel Rojas: "El Vaso de Leche y sus Mejores Cuentos".
9. Sor Juana Inés de la Cruz: "Antología Clave".
10. Varios: "Narrativa de la Joven Cuba".
11. Hernán Cortés: "Relaciones de la Conquista de México".
12. Efraín Barquero: "La Compañera y otros Poemas".
13. F. Scott Fitzgerald: "El Gran Gatsby".
14. Baldomero Lillo: "Relatos Populares".
15. Varios: "Poesía Chilena 1907-1917".
16. Ramón del Valle-Inclán: "Tifano Banderas".
17. Alfonso Alcalde: "El Auriga Tristán Cardenilla y otros cuentos".
18. Pablo Neruda: "Crepusculario".
19. Vicente Grez: "El Ideal de una Esposa".
20. Gustavo Canihuante: "La Revolución Chilena".

TÍTULO POR APARECER

21. Carlos Sepúlveda Leyton: "Hijuna ..."